
LUISA MARÍA LINARES
EN PODER DE BARBA AZUL
Una polizona, un capitán resentido y un océano de emociones.
SAGA
EGMONT

Luisa María Linares

# En poder de Barba Azul

NOVELA

Saga

En poder de Barba Azul

Cover image: Shutterstock & Midjourney

Cover design: Rebecka Porse Schalin
Copyright © 1952, 2025 Luisa María Linares and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727241968

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

# I

—¿Va a llevar perlas o brillantes en el momento de la ceremonia, miss Barlett?

Myriam Barlett disimuló un gesto de fatiga, que armonizaba mal con las caras radiantes de quienes la rodeaban, y repuso a la *première* de la casa «Dux», que le probaba el vestido de novia:

—No sé, miss Dale. Mi prometido decidirá.

La modista contuvo a tiempo un imperceptible gesto de sorpresa y arregló un pliegue del maravilloso tejido blanco marfil que cubría a la afortunada mortal que míster Canfield —de la «Canfield Trust Corporation» —había elegido por esposa.

«La suerte escoge a quien menos sabe apreciarlo —filosofó la oficiala —. Miss Barlett, que ya es bastante rica gracias a su señor papá, verá centuplicada su fortuna cuando se case. Y en vísperas de boda, está fría como el cuero de un sillón.»

La encargada de la casa de modas suspiró levemente, extendiendo la larga cola por el suelo alfombrado. Cierto que míster Canfield no era precisamente un Apolo. Pero no sólo hacían felices a las mujeres los hombres guapos. Quizá Myriam Barlett, con su linda cara y su espléndida figura, ambicionase una pareja adecuada físicamente.

Contempló de reojo la imponente reunión que formaba la familia de la novia.

«Si a mí me mirasen tanto, creo que me sentiría molesta», opinó por último.

Tan molesta como Myriam Barlett, terriblemente incómoda bajo la nube de tul y los metros de raso blanco que la aprisionaban.

—¿Qué opinas, Archie? —preguntó—. ¿Estoy a tu gusto?

Del grupo familiar destacóse la delgada figura de Archibald Canfield —director de la «Canfield Trust Corporation» —y contempló a su prometida con gesto de persona consciente que no da su opinión sin firme conocimiento de causa. Dio dos vueltas alrededor de ella y al fin habló con voz inexpresiva:

—Estás bastante aceptable. La felicito, miss Dale.

Toda la familia Barlett pareció ponerse de acuerdo para lanzar a coro un hondo suspiro de satisfacción. La voz de Archie rompió el obligado silencio extático en que se hallaban hacía media hora, y las dos hermanas de Myriam y el propio Barlett sintieron gran bienestar al volver a hacer uso de la palabra sin el temor de que Archibald Canfield —de la «Canfield Trust Corporation» —los reconviniese por importunos.

—Eres una fiesta para los ojos... —ponderó Marjorie, la menor y la más impulsiva de las tres hijas, besando a su hermana—. Las damas de honor quedaremos completamente oscurecidas a tu lado.

—Ése es mi deseo.

Todos callaron en el acto para que se oyera bien la voz de Archie, que acababa de tomar la palabra.

—Quiero que se hable de la boda de Archibald Canfield en todas partes.

Dirigióse ampulosamente a la oficiala de «Dux» e indicó:

—Respecto a su pregunta anterior, sobre si se adornará con perlas o brillantes, he de hacer constar que mi prometida ostentará ese día el aderezo de perlas negras que perteneció a mi tía abuela Catalina.

Dirigió una mirada en derredor, recreándose en el efecto causado.

—¡Tienes una suerte loca, Myriam! —envidió Alina, la que seguía en edad a la novia. Poseía dos hoyuelos deliciosos en las mejillas y el único cabello negro de la familia—. Las perlas de los Canfield son famosas en todo el mundo. ¿No estás satisfechísima?

—Lo estoy. —Intentaba convencerse a sí misma—. ¿Podría desnudarme ya? —interrogó.

Fue míster Barlett quien contestó, dándole una amistosa palmadita en un hombro.

—Si Archie opina que es suficiente...

—Opino que sí —concedió el opulento prometido —, y, ultimado ya todo cuanto concierne a Myriam, lo mejor que podemos hacer durante las veinticuatro horas que faltan para el acontecimiento social más importante del año —así designaba el director de la «Canfield Trust Corporation» lo que otros denominaban «mi boda» y los jóvenes vehementes y enamorados «el día más feliz de mi vida» —es dejar tranquila a la novia, reposando en su cuarto, lejos del ajetreo que supone una ceremonia de tanta importancia. —Cogió su mano, gesto que él consideraba enormemente expresivo—. Me encargaré de que todo resulte perfecto y te evitaré toda clase de molestias. Ya conoces mis deseos. Calma, reposo, alimento sano, sin nada de picantes que pueden alterar tu cutis. Tienes que amanecer bella y sin mácula el inolvidable día de *tu boda.* — Miróla luego de repente, con expresión acerba —: ¿Qué es eso rojo que hay en tu mejilla? Por favor. ¿No será un grano?

Contemplóse rápidamente la novia en el espejo que ocupaba toda una pared, aterrada ante la idea de que fuese un granito importuno. Archie se enfadaría y sería capaz de retrasar la boda, lo cual supondría más días de destierro en sus habitaciones curando a fuerza de cremas el malvado forúnculo.

—¡No...! No es un grano —dijo con un suspiro de satisfacción—. Es el beso que me ha dado Marjorie hace un momento y que ha dejado una marca de *rouge.*

—¡Ah! —se tranquilizó el macilento director del Trust. Y lanzó una mirada aviesa a la culpable—. Perfectamente. Sigue mis instrucciones y todo irá bien.

Saludó con una elegante inclinación de cabeza, que hizo que el monóculo le resbalase del ojo derecho, y salió del salón, seguido por Lloyd Barlett, transformado en tierno corderillo ante su futuro yerno.

Viéndole marchar, Myriam contempló a su padre, en la imaginación, con un lazo rosa en el cuello y una cadena de oro, de la cual tiraba Archibald Canfield, de la «Canfield Trust Corporation».

«Papá ha sido quien se obstinó en este matrimonio —pensó —, y quisiera sentirme feliz y alegre como antes de mi compromiso.»

Se despojó rápidamente del aparatoso vestido nupcial y despidió con amable sonrisa a la oficiala.

—A primera hora recibirá este traje y los catorce de noche. Buenas tardes, miss Barlett.

Cerró Myriam la puerta, conteniendo su impaciencia, y se dejó caer en un sillón repleto de almohadones.

—¡Huy! Es demasiado —fue su exclamación.

Miráronla sus hermanas y rompieron a reír.

—Fatiga preparar una boda, ¿verdad? —preguntó Alina.

—Depende de la clase de boda —aclaró la prometida, cuyo retrato publicaban las revistas del gran mundo—. Casarse con Archie es más difícil que ganar las regatas de Palm Beach.

—Si tuviera yo que vivir tan pendiente de mi persona, acabaría por odiarme —alegó Marjorie, que decía siempre lo que pensaba—. Archie cuida de tu físico con el mismo interés con que conserva las perlas de su «tía abuela», o de su «tía nieta» Catalina... Vivir con él debe de ser terriblemente incómodo.

—Calla, Marjorie —atajó la mediana —; si desanimas más a Myriam, va a comprender todo Nueva York que no está enamorada de Archie.

—¡Enamorarse de él! —criticó la novia, con desesperación—. Tantos muchachos agradables como conocemos, y haberme hecho cargar con esa especie de...

—Faquir —apuntó Marjorie, que aborrecía cordialmente a su futuro cuñado—. Me recuerda a un faquir. Es un manojo de huesos y pellejo.

—No exageréis —reconvino Alina—. No es un gran tipo, pero tampoco está mal. Es alto...

—Se inclina hacia delante...

—Tiene «distinción» —abogó su hermana—. Por mi parte, no tendría inconveniente en casarme con él. ¿Sabes la vida que te espera? Posee dos yates. Podrás viajar, invitando a tus amistades. Serás la «envidiada mistress Canfield», y papá se sentirá satisfecho cuando Archie cumpla lo ofrecido de nombrar al Trust «Canfield and Barlett».

—Eso está muy bien —aceptó la novia—. Pero en el matrimonio no todo es vida exterior. También hay besos...

—¿Besos...? —Marjorie rompió a reír—. No creo que tu marido sea muy cariñoso. Archie sólo te dará ósculos en la frente... Por mi parte, me escondería en el fondo de la tierra antes que ligarme para toda la vida con «míster Trust».

Detúvose asustada. En el umbral de la puerta, su padre escuchaba la perorata. Avanzó unos pasos, fingiendo no haber oído.

—Canfield encargó que la dejaseis sola. Bajad y cercioraos de que el policía sigue aún en su puesto, en el salón de los regalos.

Obedecieron sin proferir palabra. Barlett continuó:

—Archie está satisfecho. Piensa hacerte la mujer más dichosa del mundo. Tienes sobrados motivos para estar contenta... —Tosió levemente —. Han llegado numerosos invitados; entre ellos tu tía Gwendolina con sus dos hijos. —Esperó algún comentario, y, al no oírlo, prosiguió —: Ya sabes que son gente distinguidísima y están encantados de poder emparentar, por tu mediación, con los Canfield.

Myriam asintió. Recordaba con horror a los dos hijos de su tía Gwendolina, estirados e inaguantables, orgullosos de su apellido «De Beaufort», que, en unión de un título de conde, fue el único patrimonio que llevó su padre, francés de nacimiento, al casarse con Gwendolina Barlett.

—Espero —concluyó —que estarás a la altura de las circunstancias. La vida no es tan romántica como dicen esos libros que lees. Hay que ser prácticos. Mi conciencia está tranquila confiándote a Canfield. Reúne todas las condiciones que puede apetecer una mujer sensata.

Dirigióse a la puerta. Al salir dijo:

—Reposa, como él ha ordenado. Nadie vendrá a interrumpirte.

… … … … … … … … … … … … …

«Resultaría cómico si no fuese tan trágico para mí —pensó Myriam al quedarse sola—. Es ridículo que en el siglo veinte se case nadie a la fuerza. Pero... ¿me caso yo a la fuerza? ¿Quién puede impedirme que en el momento de la ceremonia dé un *no* rotundo en lugar del *sí* caluroso que Archie espera? —Lanzó un suspiro de desaliento—. Ya es tarde para volverse atrás. Debí rechazar toda sugerencia de matrimonio la primera vez

que papá habló de ello. Y no lo hice porque la pretensión de Archie me halagó. Me abrumaba, además, con sus atenciones.»

Recordó el formidable balandro que puso a su disposición durante todo el verano en Palm Beach y su sorpresa cuando al regresar a su casa encontró su habitación transformada en jardín.

«*¡Dinero!* — se dijo—. Papá también lo tiene, pero no tanto como para malgastarlo a manos llenas. Ésta fue la causa de que no supiera decir que no... Ahora, cuando ya la boda es inminente, empiezo a fijarme en que "la primera fortuna de América" tiene la nariz demasiado larga y los ojos excesivamente pequeños. Ya es tarde. Me está bien empleado, por ambiciosa. Cargaré con un marido al que tendré que pedir permiso para mover la mano derecha. Si por lo menos se hubiera fijado en Alina... El dinero habría entrado en la familia y yo sería libre... Pero tenía que enamorarse de mí precisamente...»

Alcanzó con gesto inconsciente un pequeño espejo con marco de plata.

Era comprensible que el director de la «Canfield Trust Corporation» la hubiese elegido de entre el numeroso plantel de neoyorquinas bonitas. Myriam Barlett, hija de norteamericano y de argentina oriunda de españoles, reunía las mejores cualidades de la raza de sus padres.

Como su progenitor, era alta y esbelta, tenía el cabello rubio, y en todos sus movimientos advertíase una armonía poco vulgar. De su madre heredó los grandes ojos negros, las manos y los pies pequeños y finos, y una gracia expresiva. No era extraño que Archie la considerase lo suficientemente bella como para formar parte de los objetos preciosos e impecables que coleccionaba Su Alta Personalidad.

Habían vivido muchos años en Buenos Aires, donde Lloyd Barlett conoció a su esposa y donde nacieron las tres hijas. A la muerte de la bella criolla, trasladáronse a Nueva York, y la vida fue cambiando para las tres muchachas, conforme se acrecentaba la fortuna del financiero. Se educaron en el mejor internado de los Estados Unidos, y cuando Lloyd consideró oportuno presentarlas en sociedad, lo hizo con gran brillantez, surgiendo en seguida la petición de Archibald Canfield, que colmaba sus aspiraciones. Barlett, acostumbrado a que sus hijas obedecieran sin titubear, habló a Myriam de los deseos del pretendiente:

—Eres *una elegida de la suerte.* Archibald Canfield, director de la «Canfield Trust Corporation», te ama. *Tienes* que aceptarle.

Y ella aceptó, aturdida por el número de exageradas felicitaciones que le hizo toda la *élite* norteamericana. Pero ahora rechazaba la idea con horror.

Anochecía, y la soledad y el silencio producíanle un invencible sopor. Oyó a la camarera golpear la puerta, pidiendo permiso para introducir la cena.

—Pase, Dundley, y encienda las luces. No creí que fuera tan tarde.

—Mister Barlett ha ordenado que empiecen a servir la cena abajo y que se la suba a usted aquí, para que no interrumpa el reposo. Los invitados le envían sus más afectuosos saludos —recitó la doncella mientras colocaba grandes bandejas de plata sobre la mesa.

—¿Hay mucha gente?

—Cerca de veinte personas. La señora condesa de Beaufort, con sus cinco hijos; toda la familia de míster Graham...

—Basta —interrumpió—. No me interesa mucho. ¿Qué me ha traído?

—Lo que dejó ordenado míster Canfield. Puré de legumbres, un vaso de jugo de tomate, y toronjas —repuso la doncella con una sonrisa. Si su «chico» le impusiese los menús, le enviaría a paseo.

—Lo mismo que ayer y que hace seis días —se lamentó Myriam, indignada—. No me apetece en absoluto. Puede llevárselo.

—¿No va a tomar nada...? Míster Canfield insistió en que...

—¡Al diablo míster Canfield! Estoy harta de necedades.

Guardó silencio mientras Dundley la miraba indecisa. Preguntó después, repentinamente:

—¿Tiene usted novio, Dundley?

—Soy casada, miss Barlett —respondió, un poco asombrada por lo inusitado de la pregunta.

—¿Casada...? ¿Y su marido? ¿No le ve nunca?

—Todos los días. Quedo libre en cuanto se ha servido la cena. Trabaja en una fábrica de automóviles, pero no gana bastante aún —explicó, halagada por el interés de su señorita.

—¿Le quiere usted mucho? —inquirió Myriam tras una pausa.

—Por supuesto —rió, estirándose el delantalillo de encaje y pensando por qué le haría tales preguntas.

Hubo otro largo silencio. La camarera empezó a recoger el servicio, creyendo perdido todo interés por sus asuntos. Sobresaltóse cuando la oyó de nuevo preguntar:

—Cuando usted se casó... ¿tuvo que pasar por todas estas... incomodidades?

Dejó oír una risita divertida.

—¡De ningún modo, miss Barlett! Yo no hubiera podido soportarlo... —Corrigióse, temiendo haber dicho alguna inconveniencia—. Es decir..., entre nosotros, la gente trabajadora, todo es más sencillo. Bill me dijo un día (Bill es mi marido): «¿Qué te parecería si nos casáramos la semana próxima?»

—¿Sólo dijo eso? —se asombró Myriam—. ¿Y se sintieron felices, como en las novelas? —Cogió un libro y lo hojeó al azar, leyendo un párrafo —: «Cuando Joe le declaró su amor, sintióse desfallecer de dicha. El cielo azul, los árboles, todo cuanto les rodeaba, desapareció de su vista. Sólo le vio a *él*.» —Cerró el libro y preguntó a Dundley, que escuchaba con la boca entreabierta —: ¿Fue así exactamente lo que a usted le ocurrió?

—¡Pero mi marido no se llama Joe! —comentó la aturdida doncella.

Myriam suspiró.

—Veo que no me ha comprendido. —Hizo otra pausa y preguntó —: ¿Va a verle esta noche?

—Sí, miss Barlett.

—¿Ya qué espera para marcharse?

—A que no necesite mis servicios —declaró.

—¡Pobre Dundley...! Debo de haberla fastidiado reteniéndola con mis preguntas.

Recordó, con remordimiento, las múltiples veces que la había fastidiado ocupándola en menudos detalles, mientras estaría loca de impaciencia por reunirse con su Bill.

—Váyase y diviértase mucho —le deseó.

—Eso espero, miss Barlett. Es mi cumpleaños. Vamos a bailar con una pandilla.

—¿De veras? —Cogió de un cajoncito dos billetes de diez dólares y se los tendió —: Tenga, Dundley. Cómprese lo que más le agrade.

—¡De ningún modo, miss! No lo dije por esto...

—Me daría un placer aceptándolos. —Se los introdujo en el bolsillo del delantal, contenta de ver la alegría de la muchacha—. ¿Cuántos años cumple?

—Veinticinco, miss Barlett.

«Aún soy más joven», pensó la novia de la Primera Fortuna de Norteamérica, profundamente hastiada.

Por primera vez en su vida envidió algo que otra tenía: felicidad y amor.

Al quedarse sola, la sensación de abandono se hizo más aguda e insoportable. Su mirada se posó al azar en el montón de cartas sin abrir colocadas sobre la mesita. No había tenido tiempo de enterarse del contenido del correo, ocupada en la interminable prueba de vestidos.

La mayoría eran de felicitaciones y anuncios de regalos. Sobresaltóse de improviso, al advertir un grueso sobre gris, con su nombre garabateado por una letra menuda e ilegible. Membrete de la Argentina. No cabía duda... ¡Aunque pareciera imposible, era una carta de la «Imponente Abuelita»...!

Llamaban así a su abuela materna, la anciana española, que tenía el carácter más difícil del mundo, y que, en diez años de separación, jamás se molestara en escribirles, porque, según decía, el escribir cartas era un sacrificio excesivo.

Hacía una larga temporada que estaba terriblemente ofendida con Lloyd Barlett, porque éste no había seguido uno de sus consejos. Suegra y yerno eran incompatibles.

Vivía en una preciosa estancia, rodeada de gatos, perros, papagayos y toda clase de animales domésticos. Había hecho de su gran finca un verdadero paraíso terrenal. Poseía una regular fortuna, con la que vivía independiente, ajena a todo lo que ocurría en el resto del mundo. «Cuando me ocurra algo, ya lo sabréis. Mientras no tengáis noticias mías, es señal que todo va bien.»

Tres años antes, Myriam padeció una fuerte bronquitis, y su padre la envió allá, para que se repusiera.

Los seis meses que pasó con la abuela fueron los más felices de su vida. Toda la aparente dureza de carácter de la anciana desapareció en la intimidad, y Myriam aprendió a conocerla y a amarla. Cuando dejó la estancia, hízolo con verdadero sentimiento.

Desde entonces, la «Imponente Abuelita» no volvió a dar signos de vida.

Abrió el sobre con enorme curiosidad y leyó, asombrada, la original prosa de la anciana:

*«Niña: Supongo que no irá en serio eso de tu boda con una anguila... Casualmente ha caído en mis manos una revista ilustrada, donde he contemplado tu bello rostro, al lado de otro macilento y desgraciado. Creo que tal noviazgo tiene que ser una idea genial del majadero de tu padre, cuya cabeza sólo está llena de tantos por ciento.*

*»Niña: En nombre de tu madre, te aconsejo que no entregues tu adorable juventud a esa facha cargada de años y de millones. En cuanto recibas ésta, toma el primer barco que salga para acá y déjalos que chillen. Yo te defenderé. Nada tendrás que temer.*

*»Hace sesenta años me casé locamente enamorada de mi marido. Mi vida fue un paraíso hasta que él murió. Quiero que conozcas eso... ¿Oyes, tontita? ¡¡No cedas!! Te espero.*

»Abuela.»

Myriam dejó caer el pliego. A distancia, la «Imponente Abuelita» había comprendido... Con femenina intuición diose cuenta de que tal boda era una locura... La carta, fechada quince días antes, llegaba con inexplicable retraso que hacía imposible el que pudiese tomar ninguna decisión. Era demasiado tarde... Tan sólo faltaban veinticuatro horas para convertirse en la mujer de Archie. ¡Su mujer...! Un escalofrío recorrióle la espalda y gruesas lágrimas deslizáronse por sus mejillas.

Era su última noche, sus últimas horas de libertad... para toda la vida...

Tuvo un impulso de sorda rebelión. Sintió deseos de sublevarse contra su orden de enclaustramiento. Hacer algo que no fuese lo de siempre y que sirviera como despedida de su vida alegre y dichosa.

Tocó el timbre, movida por un impulso.

—¿Ya no está Dundley? —preguntó a la vieja camarera que entró en la habitación.

—Creo que acaba de marcharse, miss Barlett.

—Por favor. Si aún no se ha ido, ¿quiere decirle que suba un minuto?

Esperó con impaciencia. Por fin oyó ante la puerta el paso menudo de la esposa de Bill.

«Parece otra», pensó, viéndola sin el uniforme, con un abrigo azul marino y un sombrerito de fieltro.

—Dundley —habló en voz baja —, quiero pedirle un favor...

Dundley sonrió amablemente, recordando los billetes nuevecitos que guardaba en el bolsillo.

—¿Un favor a mí, miss Barlett?

—Va a parecerle absurdo, pero le ruego que acceda a mi petición —suspiró la novia del millonario—. Deseo que me admitan en su pandilla esta noche... Me encantaría ir al baile con ustedes.

Un prolongado silencio acogió la petición. Sólo se oyó una entrecortada exclamación de asombro.

—¿Venir con nosotros? —preguntó temiendo oír mal.

—Sí. Acompañarlos y divertirnos juntos —puntualizó.

Otro silencio. Al fin, Dundley lanzó una carcajada.

—Pero... miss Barlett... —titubeó.

—¿Les molestaría mi presencia?

—De ningún modo. No se trata de eso... Es que... me infunde respeto..., no sé, pero no me atrevería a llevarla a los salones baratos a donde nosotros vamos...

—Eso es lo más agradable. ¿No ve que estoy cansada de fiestas solemnes...? Voy a casarme mañana con un hombre un poco... un poco aburrido..., y tengo veinte años...

«¿Un poco aburrido? ¡Qué bien trata a ese mochuelo!», pensó la camarera.

—Quisiera alegrarme por unas horas. Entre su pandilla irá algún joven que pueda servirme de pareja, ¿no?

—Estamos citados en «La Caverna», con un grupo muy bullicioso.

—¡Estupendo! —se entusiasmó Myriam—. Puede presentarme como a su compañera Myriam Smith. No dirá nada a su marido... hasta que no haya pasado todo. Los hombres no saben disimular.

—Sería una broma colosal. Pero... ¿y si se entera míster Barlett? —dijo aterrada—. ¿O míster Canfield...?

—Nadie vendrá a molestarme hasta mañana. —Mientras hablaba despojóse de la bata de terciopelo—. De prisa, Dundley... Elija un vestido apropiado en mi guardarropa... A propósito, ¿cuál es su nombre de pila?

—Jane, miss Barlett.

—Pues bien, Jane. Vamos a pasar una noche ideal.

# II

«La Caverna» era una especie de *boîte*, cuya concurrencia componíase exclusivamente de empleados de poco sueldo, que, por un precio bastante módico, podían cenar, ver algún número de revista, cantado y bailado por diez semidesnudas *girls*, y dar unas vueltas por la pista encerada. Las paredes estaban pintadas de naranja chillón, y las mesitas, cubiertas con mantelillos del mismo color, lucían un florero con plantas artificiales.

Un vaho caliente hirió el olfato de Myriam cuando entró por la puerta giratoria escoltando a Dundley, que había adoptado una graciosa actitud de misterio, acorde con la situación. La atmósfera enrarecida por el humo de los cigarrillos, la orquesta tocando desaforadamente, multitud de parejas empujándose en el espacio limitado para el baile, producían una impresión de alegre bullicio. Aquella gente, que había pagado dos dólares por divertirse, tenía que conseguirlo fuera como fuera.

—¡Ahí está mi chico! —gritó Jane Dundley, agitando la mano en respuesta al saludo de otra que sobresalía por entre las cabezas de los bailarines—. A ver cómo conseguimos pasar.

Sumergiéronse en el oleaje humano dando codazos y disculpas para aproximarse a la otra «orilla», junto al grupo que se sentaba alrededor de una mesa.

Nunca olvidaría Myriam las fisonomías de toda la pandilla, y muchas horas después, cuando lo imprevisto había sucedido, aún pasaban por su imaginación la cara colorada del gordo Pick, la voz aguda de Pansy —la dependienta de un almacén de loza, con su pañuelo de gasa morada arrollado al cuello —, el pecoso Bill, marido de Dundley, con un rojizo mechón de cabellos sobre la frente; la rubia Peggy, que continuamente exclamaba: «¡Colosal!», y, por último, Jim y Shirley, dos mecánicos compañeros de Bill, bastante elegantes con sus trajes de fiesta, siendo este

último —su pareja durante toda la velada —quien le sugirió la locura que Myriam decidió poner en práctica.

Un coro de exclamaciones las acogió. Dundley hizo la presentación de la recién llegada:

—Espero que os portéis amablemente con mi compañera. Ha llegado el mes pasado de Detroit. Ésta es la primera fiesta a que asiste.

Myriam tuvo que bailar, en menos de media hora, con el gordo Pick, comerciante en pastas para sopa; con Jim y Shirley, y con el propio Bill, que masticaba chicle y olía a agua de colonia barata.

Más tarde, las graciosas discusiones para elegir el menú de la cena.

—Algo que no sea lo de siempre. —Opinión de Dundley.

—Fiambres variados y lechuga tierna. —Opinión de Bill.

—¡Colosal! —Ésta fue Peggy.

—Por mi parte, voto por un pollo asado en su propio jugo. —Idea de Shirley.

—Lo que queráis, que no sea sopa. —El gordo Pick.

—¿Y si nos «hinchásemos» de pasteles? —Pansy, la de la *écharpe* morada.

—A mí me encantan las salsas picantes. —Jim.

—Yo, cualquier cosa que resulte alimenticia. —Proposición de Myriam, tras los prolongados ayunos exigidos por Archie.

Después de la cena —animadísima, con bromas a costa de Pick, a quien eligieron como cabeza de turco; risotadas estridentes de Pansy, vinos fuertes y baratos, orquesta ruidosa, gente hablando y gesticulando a la vez, piropos de Shirley —todos se emparejaron de nuevo, y Myriam bailó con éste, que la acaparó durante el resto de la velada.

Dejándose llevar por el muchacho, que era alto y fuerte, con un diente de oro —primer detalle que se advertía en su persona —, pensaba en si todo aquello no sería un sueño, del cual se despertaría de repente, encontrándose en el diván de su cuarto. Deseaba aturdirse y olvidar, y casi lo estaba consiguiendo, aunque de vez en cuando dos ideas acudían insistentemente a su imaginación: la de que faltaban ya muchas menos horas para lo inevitable, y la frase de la carta de la «Imponente Abuelita»: «¡¡No cedas!! ¡Te espero!»

Shirley la distrajo de sus pensamientos.

—No sabía que Jane tuviese amiguitas como tú. Eres encantadora. ¿Dónde y a quién se le puede pedir tu mano?

—Sólo a mí, y yo la necesito para trabajar.

—Tengo una moto —dijo repentinamente—. ¿Te alegras?

—¡Con locura!

—Por lo general, las chicas suelen ponerse contentas cuando sus amigos tienen motos. ¿Te gustaría que te fuese a buscar un domingo para irnos al campo?

—Ya lo creo —aseguró con fingido entusiasmo—. Hace tiempo que no veo un poco de verde. ¿Llevaríamos tortilla, *sandwichs* y todo eso...?

—Conozco un restaurante, en las afueras, donde sirven una sopa de almejas como para morirse —fue su original expresión.

Rió Myriam impulsivamente.

—¿De qué te ríes?

—De que debe de ser poco vulgar morirse sobre una sopa de almejas.

—Todo depende de cómo se resistan las emociones fuertes. Yo siempre me llevo la cuchara a la boca con cierto temor, lo mismo que me emociono en las regatas de los equipos universitarios y con los partidos de pelota base. También me emocionaría si tú me dieras un beso.

«Es vulgar y un poco zafio —pensó Myriam —, pero siquiera se da una cuenta de que baila con un hombre.»

—Tiene gracia que compares mis besos con un plato de sopa —dijo en alta voz.

—Emociones, niña... Todo son emociones, aunque sean de distinto género. ¿No te gustan?

—Creo que... no las he tenido nunca.

«¡Ni las tendré!», se dijo, recordando con repentina angustia lo que sería su vida desde el día siguiente. Contempló con pena el incesante ir y venir de parejas. Caras jóvenes y alegres en su mayoría, sofocadas por el calor, luciendo trajes de guardarropía... pero ¡felices...!

—Bailas muy bien —aseguró Shirley—. ¿Has aprendido en academia? Yo fui a una clase, seis meses.

—¿Aprendiste mucho?

—Olvidé lo poco que sabía y perdí la afición a fuerza de bailar con el profesor, que tenía bigotes y barba.

—Tiene gracia.

—No lo creas. Me costó carísimo. Tuve que vender mi *Ford*.

—¡Un verdadero desastre! —lamentó por seguirle la corriente.

—No tanto. Luego me compré la moto, y me gusta más.

Mientras volvían a sentarse, Myriam pensaba en que aquel hombre encontraba siempre el lado bueno de la vida.

—Voy a sorprenderos un poco —dijo Bill, secándose los labios con la servilleta de color naranja y buscando algo en las profundidades de un bolsillo. Sacó un paquetito envuelto en papel de seda y se lo entregó a su mujer.

—Toma, preciosa. Te deseo un sinfín de felicidades.

Dundley sacó de la cajita un lindo brazalete.

—¡Pero, Bill...! —gritó palmeteando—. Esto es precioso. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—¡Cómo no había de ocurrírseme! —repuso el marido con adorable modestia.

—Me encanta. Pero es una locura. Debe de haberte costado un dineral.

—Diez dólares y dos centavos —fue su contestación—. No tiene importancia.

—¡Chico! ¡Ni que fueras un Canfield! —exclamó Shirley, causando un sobresalto a Myriam y otro a Dundley, que se ruborizó intensamente.

—No quisiera ser Canfield por nada del mundo —aseguró el marido a la doncellita.

—Aunque tenga millones como yo tengo novias —corroboró Shirley.

—¿Le conoces? —se atrevió a preguntar la novia de la Primera Fortuna.

—¡Que si le conozco! —Shirley hizo un gesto de suficiencia—. Fui chófer suyo hace cuatro años.

—¿De veras...? ¿Y por qué le quieres tan mal?

—No le quiero mal. Era un buen amo, y generoso. Dejé el empleo por exceso de agitación. ¡Aquella temporada corrió cada juerga! Jamás nos acostábamos antes de la madrugada.

—*¿Juergas...?*

Myriam creó oír mal.

—Sí. Juergas. Le había cogido por su cuenta un francés, un tal Robert D'Izières, un tío muy simpático, que le sacaba el dinero a todo el mundo. Conseguía arrastrarle a las francachelas a pesar de su fama de hombre severo y recalcitrante.

—¡No es posible!

—¿Que no? La última farra acabó tan mal que estuvo a punto de echar por tierra su buen nombre. Entonces abandonó las amistades perniciosas y volvió a sus severas costumbres, pero más severas que nunca. Creo que es director o miembro de una porción de «Sociedades contra el vicio». Si a la mitad de aquellas viejas cotorras les contase yo algunos detalles, se desmayarían.

Myriam escuchaba boquiabierta. ¿Archie, un libertino...? No podía creerlo.

—No critiques, Shirley; hablemos de otra cosa —suplicó Dundley, que cambiaba de color—. ¿Qué os parecería si fuésemos al cine a concluir la velada?

—¡Colosal...!

Todos se pusieron en pie a la vez, y la bulliciosa pandilla salió a la calle, abrigándose, porque la noche estaba fresca.

—¿A qué cine vamos?

—¡Que elija Myriam!

Shirley extendió la hoja del periódico donde figuraban los programas.

—Al «Royal» —eligió al azar la muchacha.

Y con aquel sencillo gesto varió el curso de su vida.

… … … … … … … … … … … … …

En la oscuridad de la sala, colocáronse por parejas en los blandos sillones.

Contemplaron primero un documental de Tahití, y rieron después ante las payasadas de Bob Hope.

—¿Qué ponen ahora? —preguntó Pansy.

—*La huida*, por Ava Gardner —leyó el gordo Pick en el programa.

Guardaron silencio ante los «¡chist!» insistentes de una vieja señora de la fila de atrás, a quien por ser vieja y fea molestaban las parejas jóvenes y

alegres.

Empezó el filme. A las primeras escenas, Myriam pensó que estaba viendo reflejada su propia vida. Trataba de una muchacha que iba a casarse con un viejo rico, sacrificando su juventud al brillo de los dólares.

—Ya me estáis preparando la jaula de oro —decía Ava Gardner a sus damas de honor, que le prendían el velo de novia, minutos antes de ir al altar—. Allí he de vivir encerrada lo mismo que un pájaro raro.

Myriam sintió que un nudo de angustia se le hacía en la garganta sin poder evitarlo. ¡Y el marido viejo era un actor que, a pesar de no ser joven, no resultaba desagradable! ¡Qué carcajada habría lanzado el público al ver salir en la pantalla la inmensa nariz y el monóculo de Archie! Y no sólo era feo, sino que, según Shirley, también sabía ser libertino. ¡Horror! Un Archie serio y ascético era relativamente tolerable. Pero apasionado..., ¡el infierno...!

Escuchó el grito de repugnancia que ahogaba la novia cuando su prometido intentaba abrazarla antes de la ceremonia. A punto estuvo de gritar también, compenetrada con la artista. Con la respiración entrecortada siguió las nuevas escenas.

La novia tomaba una súbita determinación: huir. Marcharse lejos. Myriam la envidió cuando se despojaba de los atavíos nupciales para escapar por una ventana y marchar a la estación.

—¡Qué suerte! —murmuró para sí—. ¿Por qué no podría yo hacer otro tanto? La abuela me espera. Podría ocultarme en algún sitio, en cualquiera de sus estancias, hasta que mi familia se cansase de buscarme. Pero... ¿cómo ir hasta allí?

La idea de su posible fuga púsole las manos frías. ¿No sería ya demasiado tarde...? Podría tomar por la mañana un avión e ir hacia el Sur... Pero no era posible... No la dejarían sola ni un minuto al día siguiente... Sólo podía contar con aquella noche. ¿Dónde ir a tales horas? Ya no salían trenes ni barcos, y además apenas llevaba dinero en el bolsillo. Sin embargo, estaba segura de que si no aprovechaba la ocasión, luego le faltaría valor.

Cuando las luces se encendieron, dando por terminado el espectáculo, estaba decidida a hacer algo. No sabía qué. Algo que la librase de las garras

de Archie.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Peggy en el vestíbulo.

—Yo me iré a casa —decidió Myriam, deseando quedarse sola para pensar. Sus planes fracasaron ante la galantería de Shirley, que se ofreció a acompañarla.

—¿Vendrás otro día con nosotros?

—¿Te has divertido?

—¿Te han gustado las fiestas de Nueva York?

Respondió a todos amablemente, y tras de cambiar apretones de mano separóse del animado grupo.

—¿Quieres que tomemos el metro o un taxi? —sugirió el muchacho.

—Preferiría andar un poco.

—Como quieras. ¿Qué día podré ir a buscarte, chiquita?

—¿Buscarme?

—Sí. Para pasear en la moto. ¿Te agradaría el domingo?

¡El domingo! Ya estaría casada con Archie, si antes no encontraba un medio de escapar. En alta voz repuso:

—No podrá ser. Si me dejas el número de tu teléfono, ya te indicaré el día oportuno.

Hablaba sin prestar atención a lo que decía, torturando la imaginación en busca de una salida. ¿Y si le pidiera dinero a Shirley...? Se lo devolvería cuando llegase a la Argentina. Pero quizá no lo tuviera, y, de todos modos..., el pasaporte... No la admitirían sin documentos en ningún barco de pasaje. Y si lo llevaba la policía la detendría en el primer puerto, por ser menor de edad, en cuanto su padre la reclamase.

—¿Sale algún barco para la Argentina? —oyóse decir repentinamente.

—¿La Argentina...? Eres la segunda persona que me la nombra hoy. ¿Para qué quieres saberlo? ¿Piensas viajar?

—No... Quería enviar un regalo a mi abuela, que vive allí...

—Envíalo por avión. En barco tardará un siglo. Además, no te sirve ese barco, porque es particular y no lleva correo.

—Pero ¿hay algún barco?

—Un yate de un español que zarpará esta noche. Ya debe de haber zarpado. Me ofrecieron un puesto de camarero porque va allí un

contramaestre primo mío. Pero yo no tengo el menor interés en ir a la Argentina.

Hubo un minuto de silencio, que rompió Myriam preguntando con obsesión:

—¿Y dices que se ha marchado ya?

—Me lo figuro. Podemos verlo. Estaba anclado aquí en el río esta mañana.

Cogióla del brazo para cruzar la calle y atravesaron la distancia que los separaba del agua negra y de las lucecitas de algunos barcos pequeños.

—Si te interesa la Argentina, ¿qué te parecería que nos marchásemos juntitos? —dijo Shirley bromeando.

—No podríamos —respondió Myriam en el mismo tono—. Ninguno de los dos tenemos tanto dinero.

—Ni ese barco admite pasajeros —corroboró el joven echando una ducha de agua helada sobre las ilusiones de la infeliz novia—. Pero podemos ir, a pesar de ello.

—¿Cómo?

—¡De polizones, chiquita! Ya lo hice una vez, con excelentes resultados —dijo riendo.

—¿Quieres decir... que podríamos meternos sin que nos vieran?

—Eso mismo. Luego, en alta mar, saldríamos a cubierta y le diríamos al comandante: «Somos jóvenes, nos amamos, nuestras familias se oponen y hemos decidido "vivir nuestra vida" en la Argentina.»

—Toda una novela —comentó Myriam con los nervios en tensión—. ¿Qué nos diría el comandante?

—Nos echaría un rapapolvo..., pero nos llevaría a la Argentina... Mírale. Ahí está el barco. Ese yate blanco. Aún no se ha ido. Deben de estar preparando la maniobra.

Myriam distinguió el pequeño navío, con algunas luces encendidas, y a los marineros atareados en cubierta.

«La Providencia lo pone a mi alcance... No puedo desperdiciar esta ocasión», pensó resueltamente. Pondría en práctica la idea que Shirley le acababa de sugerir. Si el dueño del barco era un caballero, se entenderían mejor. Ella le explicaría la verdad y...

¿Cómo zafarse de Shirley? Mientras seguían andando, dejando atrás el barco salvador, ocurriósele una idea. Lanzó una exclamación y se detuvo.

—¿Qué te pasa? —interrogó el joven.

—Se me acaba de partir el tacón. No voy a poder dar un paso. ¿Querrías buscar un taxi, por favor?

—Desde luego. ¿No te asusta quedarte sola en esta oscuridad?

—En absoluto. Lo encontrarás en seguida, por esa calle.

—Espera aquí. Lo traeré de la parada próxima.

Echó a correr. Apenas le perdió de vista, Myriam corrió también en dirección contraria.

Latía su corazón apresuradamente, temblando por la locura que iba a cometer, y se detuvo anhelante junto a la escalerilla que unía el yate con tierra. Respiró fuerte y, mirando a todos lados, se lanzó escalerilla arriba. Aprovechando el instante en que los marineros se reunían en la parte de popa, buscó una sombra protectora. Junto a ella se abría la boca de una claraboya. Asomó la cabeza, no oyendo el menor ruido que le indicase que abajo había alguien. Bajó resueltamente, encontrándose en un pequeño pasillo; por fortuna estaba vacío. Empujó la puerta más próxima de un pequeño camarote. Con angustia buscó donde ocultarse. Su mirada se detuvo en una litera, cubierta por la cortinilla de cretona.

… … … … … … … … … … … … …

En la popa, con letras negras destacando sobre fondo blanco, el velero ostentaba un nombre, que Myriam no pudo distinguir. Un título singular: *Barba Azul.*

# III

— Infame y frívola...

—No te excites, Juan María. Sé razonable.

—¡Razonable! ¿Quieres que sea razonable cuando esa mujer se ha burlado de mí con tal desfachatez?

Guillermo Iradier intentó inútilmente calmar la furia de su amigo, que se paseaba furioso por la amplia habitación que ocupaba en el hotel «Waldorf», de Nueva York.

—Has sido un loco si te figurabas que Sonia Nachtesca podría obrar de otro modo. De ella hay que esperar siempre un comportamiento semejante.

Juan María de Lezea, conde de Lezea, se detuvo en seco y desahogó su mal humor en un cojín, al que propinó un puntapié.

—Ahora lo veo. No me di cuenta de qué clase de mujer era.

Efectivamente, nada hubiera podido predecir que la novela amorosa del joven diplomático con la bailarina que había deleitado al público durante toda la temporada de invierno destrozase el corazón del vehemente muchacho.

Sonia era una mujer complicada. Complicada y lista. Y lo que para Juan María hubiera sido solamente un capricho pasajero, trocóse en algo más violento, incitado por sus coqueterías y por su fingida indiferencia.

—Comprendo que estés un poco despechado —continuó Guillermo Iradier, otro agregado de embajada que, por llevarle un buen número de años, podía permitirse el lujo de dar consejos—. Sonia no es solamente bella, sino endiabladamente atractiva. No habrás cometido la insensatez de enamorarte en serio, ¿verdad?

Su interlocutor lanzó una risa sarcástica y tiró lejos de sí el cigarrillo que acababa de encender.

—¿Y si lo estuviera? —advirtió.

—No lo creo —rechazó su amigo, imperturbable.

—Pues bien. Para que te rías un tanto, te diré que estaba loco por ella.

—Querrás decir «locamente encaprichado».

Juan María encogióse de hombros.

—¿Sabes que he pedido la excedencia?

Guillermo tuvo un sobresalto y quedó repentinamente serio.

—¿Que has pedido la excedencia? ¡Estás loco!

—Una excedencia temporal. Estoy harto de Washington y de la Embajada. Y me marcho.

—¿A España?

—A ningún lado.

—No sé qué país es ése.

—A un sitio donde esté solo.

—¿Piensas descubrir una isla desierta?

—Desgraciadamente, nada habría demasiado desierto para mi gusto. Voy a pasar cuatro o cinco meses sin ver a una sola mujer.

Hubo una pausa, que Guillermo rompió al fin.

—Eso es más difícil que subir andando el edificio de la Paramount. ¿En qué parte de la tierra no hay mujeres?

—En la tierra, no. En el mar, sí.

—¿Te vas en el yate?

—Todo lo tengo preparado para marchar esta noche. Llevo víveres para muchas singladuras y una marinería escogida. Pasaré el tiempo leyendo y descansando.

Se dejó caer en un sillón lanzando un suspiro de fastidio. Aproximóse Guillermo y le puso una mano en el hombro.

—Lo has tomado demasiado en serio. Vas a malograr tu carrera pidiendo ese retiro cuando más podrías hacer destacar tus méritos. Eres... excesivamente impulsivo.

—Tengo motivos para no estar satisfecho. Llegué a sentir por Sonia tal interés, que hasta me pareció que no le sentaría mal el título de condesa de Lezea.

—¡Estás loco!

—Lo estaba. Ya no lo estoy. Fui tan necio que deseaba hacerla mi esposa, creyendo que merecería tal honor... Teníamos proyectado un viaje a la Argentina y durante este tiempo pensaba hacerle mi proposición.

—Pero, esta vez, Sonia se ha pasado de lista, ¿no es eso? —interrumpió su amigo.

—¿Por qué lo dices?

—Me consta que su máxima ambición era llegar a ser condesa. Pero sin duda creía no tenerte lo bastante enamorado y pensó que dándote celos conseguiría algo. No contaba con que los españoles somos diferentes.

—¡Naturalmente! Que me haya dejado plantado, marchándose a Filadelfia con toda esa pandilla loca que capitanea el estúpido de Hugues...

—Que, dicho sea de paso, también le hace el amor...

—No se lo perdonaré jamás. Para mí ha muerto. Ella y todas las de su sexo. Las mujeres son... —contuvo el epíteto demasiado rotundo y dejó la frase sin concluir—. Jamás en lo que me resta de vida volveré a tomar en serio a ninguna... ¡Pobres de las que se crucen en mi camino! ¡Se acordarán de Juan María de Lezea...!

Guillermo no pudo evitar una sonrisa ante tan juvenil indignación.

—Creo que es preferible que todo haya ocurrido así. Casarte hubiera sido una locura. Es una gran idea que te vayas a navegar. —Levantóse y cogió su abrigo—. ¿Nos decimos adiós ahora?

—Saldré de madrugada. Prefiero que nadie me vea partir.

—Entonces, adiós. Que el mar te cure de tu hastío y de tu odio. Hasta la vista, muchacho.

Juan María le acompañó hasta el ascensor y volvió a su habitación, donde el criado preparaba el equipaje.

—¿Qué guardas ahí? —interrogó viendo el marco de plata con una fotografía.

—El retrato que el señor lleva siempre en la maleta —aclaró el criado, con sobresalto.

Arrancóselo el conde y echó una ojeada a las facciones, irregulares aunque atractivas, de Sonia Nachtesca. Tentado estuvo de tirarlo al cesto de los papeles. Sin embargo, se lo devolvió diciendo:

—Sí, guárdalo... Su vista renovará mi indignación... Me las ha de pagar todas juntas esa coqueta y todas las miserables mujeres con quienes tropiece...

# IV

Myriam Barlett, oculta en su escondite, en la oscuridad del camarote, sólo iluminado por la débil luz de un portillo, escuchó todos los ruidos de cubierta que precedieron a la maniobra de levar anclas.

Con la mano apretada sobre el corazón, temiendo que se oyeran sus latidos, sintió los primeros balanceos que le probaron que el velero iniciaba su viaje.

—¡Por fin! —murmuró.

La gran aventura acababa de comenzar. Lejos quedaban Nueva York y la «Canfield Trust Corporation», sus regalos de boda, la tía Gwendolina y todo aquel maremágnum de cosas que ensombrecían su vida.

Empinóse sobre la litera y por el portillo abierto, que le traía el frío aire de la noche, divisó las luces de la ciudad, con sus inmensos edificios y su hirviente tráfico. Allí estaría Shirley con su taxi, buscándola. Rió nerviosamente, pensando en la desagradable sorpresa de todos. Alegrábase de haberse decidido. Dentro de pocos días estaría contándole lo ocurrido a la «Imponente Abuelita».

Contuvo el aliento, oyendo pasos que se detenían ante la puerta, y escuchó horrorizada una voz que hablaba español.

—¿Lo dejaste todo en mi camarote?

La sangre subiósele a la cabeza, temiendo ver moverse el picaporte. Pero otra voz respondió a la primera:

—Sí, señor conde. Allí lo tiene todo.

Pasaron de largo.

Temblábanle las piernas, por la emoción y por la incómoda postura. Suspiró, continuando un gran rato en silencio, sin saber qué decisión tomar. ¿Iría a presentarse inmediatamente a aquel a quien llamaban «señor conde»? Figurábaselo como un hombre bondadoso, de cierta edad, amable

y educado, un auténtico caballero español. ¿O debería aguardar a que se alejasen más de la costa, para no correr el peligro de que la volvieran a dejar en tierra? Sería catastrófico.

Se puso de rodillas en la litera y volvió a mirar por el portillo. Aún navegaban por el río, y se oía la sirena de otras embarcaciones y la del piloto que los guiaba. Silenciosamente, descendió, sintiendo gran alivio de poder estar de pie y estirar sus miembros doloridos. ¿Qué hora sería? ¿La una o las dos...?

De puntillas cruzó la limitada estancia que la separaba de la puerta y tanteó buscando la cerradura. Afortunadamente, la llave estaba puesta por dentro, y la cerró sin hacer ruido. Así, si alguien intentaba entrar, lo oiría en seguida. Se despojó del sombrerito y conservó puesta la chaqueta, porque hacía frío. Cerró el cristal del portillo y se sentó en un sillón, esperando los acontecimientos.

Pasó mucho rato sin variar de postura. Un fuerte balanceo la hizo comprender que acababan de salir al mar. Con alegría se envolvió más en su chaqueta gris. Los diversos ruidos desconocidos, el crujir de cadenas y otros que no sabía de dónde provenían la iban adormeciendo.

«Si me tendiera en la litera, descansaría», pensó.

Las emociones habíanla rendido, y maquinalmente volvió a subir a su antiguo escondite. La colchoneta era dura, pero le pareció deliciosa.

«No me dormiré —decidió —, por lo que pueda ocurrir.»

Pero a los cinco minutos se quedó profundamente dormida.

… … … … … … … … … … … … …

Un rayo de sol, hiriéndola en el rostro, la hizo despertar sobresaltada.

Creyó seguir soñando al hallarse en un lugar inesperado. Recordó su aventura y sintió un frío de emoción recorrerle el cuerpo. Miró el reloj de pulsera y lo vio parado en las seis; el sol estaba demasiado alto para que fuera tan temprano.

Miró por el portillo. No divisaba ya la costa. Estaban en alta mar.

El camarote resultaba confortable. Tenía un lavabo en un rincón, una mesita escritorio, una butaca y un pequeño armario. Sobre el tocador, un espejo, en el cual se contempló, pálida y demacrada. ¡Si Archie la hubiera

hallado así, aquel día de su boda! ¡Qué mirada de reconvención le habría echado!

Sacó un peinecito del bolsillo y se peinó. De ordinario, agradábale su cabello rubio y fino, que le caía hasta cerca de los hombros, donde las puntas se volvían hacia fuera, graciosamente. Pero aquella mañana, apenas se lo supo recoger hacia atrás, con el menor arte posible. Temblábanle las manos. Abrió un grifo del lavabo y regocijóse al ver que vertía un agua helada, con la que se lavó. Tuvo que secarse con la florida cortinilla de cretona.

«No tengo más remedio que salir y afrontar la situación —decidió—. No es posible pasarme el tiempo encerrada, a riesgo de morirme de hambre.»

Aproximóse a la puerta y escuchó.

Había gran movimiento de personas que subían y bajaban por la escalera. Se oían muchas pisadas en cubierta. Con mano helada agarró el picaporte y dio vuelta a la llave. Se santiguó.

El pequeño pasillo estaba vacío. Llegaba un ruido de platos y cubiertos de la habitación de enfrente, a través de cuya cerrada puerta salía un agradable olor a café y a jamón frito. Con mano trémula golpeó la madera.

—Adelante.

Se encontró en un camarote algo más suntuoso que el que había abandonado. En el centro, y ante una mesa, se desayunaba un hombre, al cual sólo veía de espaldas. Observó su negro y brillante cabello, ligeramente ondulado, y sus anchos hombros, cubiertos con un suéter azul marino de cuello alto. No volvió la cabeza, creyendo que se trataba de un marinero.

—Bu... bu... buenos días —saludó en correcto español, idioma que le era tan familiar como el inglés.

El hombre se volvió en redondo, y tuvo tal sobresalto que se levantó a medias, derribó la silla y estuvo a punto de tirar la cafetera que tenía en la mano. La contempló de hito en hito, sin que el asombro le dejase proferir palabra. Por fin tartamudeó:

—¿Quién... es... usted...? ¿Qué hace aquí...?

Su tono no era amistoso. La angustia se apoderó de Myriam.

—Soy..., estoy aquí... —le falló la voz.

El rostro desconocido reflejó ira y asombro. Reaccionó antes Juan María de Lezea que la aturdida Myriam Barlett.

—¿Qué hace en mi barco? —preguntó en un tono iracundo.

—He... venido... porque... quería ir...

Imposible hablar. Detúvose de nuevo, llevándose impulsivamente la mano a la garganta.

Juan María miró de arriba abajo aquella figura de mujer, blanca como la cera, mal peinada y confusa, y repitió secamente:

—Serénese y haga el favor de explicarme por qué se halla en mi barco. Soy Juan María de Lezea, y éste es mi yate. Sin duda ha padecido una lamentable confusión.

—No..., nada de eso... —respondió ella, que notaba sus ojos húmedos de lágrimas—. Soy... un... ¡polizón...!

No se le ocurrió otra palabra que la que Shirley le había sugerido.

—¡Un polizón!

El moreno rostro del conde de Lezea adquirió un tinte ceniciento al preguntar por segunda vez:

—¿Ha dicho... un polizón...?

Myriam asintió, intentando sonreír débilmente y logrando un completo fracaso.

—Anoche oí por casualidad que su barco partía para la Argentina... Yo necesitaba imprescindiblemente marchar...

Esperó un gesto de aliento. Pero el inconmovible Juan María no la miró siquiera.

—Tenía que marchar —repitió obsesionada.

—¿Sí, eh? —El joven lanzó una risita sarcástica—. ¿Y qué más...?

—Pues me metí dentro... y aquí estoy...

Hubo una pausa. Los dos se contemplaron fijamente. Myriam bajó los ojos aterrada ante la mirada de hielo.

—¿Conque... a la Argentina? —rugió más que habló el enemigo de las mujeres, soltando una carcajada cruel—. Es divertido... Usted creerá sin duda que vamos a la Argentina... —Regocijóse contemplando la pálida carita de la muchacha—. Pues sepa, señorita aventurera, que vamos camino

de Europa para navegar por aquellas costas, y que no pienso desviar mi ruta en su honor.

La novia de Archibald Canfield tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—¡A Europa...! —murmuró—. ¡Me dijeron que este barco iba a la Argentina...!

—Era la orden que yo tenía dada, para desorientar a mis amigos. ¡La ha hecho usted buena, señorita polizón...!

Cruzóse de brazos contemplándola como un juez implacable. Ella se pasó una mano por la frente.

—¿Qué voy a hacer? —dijo a media voz.

—¡Yo se lo diré! La meteré en una lancha con unas latas de sardinas y la dejaré abandonada a su suerte.

Myriam contuvo un grito.

¡No hará eso! —suplicó.

—Claro que no lo haré —repuso secamente—. No soy un asesino ni un monstruo de maldad, aunque usted y todas las mujeres merezcan el peor trato del mundo. Tendré que volver al primer puerto americano, para dejarla en poder de la policía.

Myriam sintió que la palidez de su cara era reemplazada por la sangre agolpada en la cabeza.

—¡Si me lleva a Nueva York, me tiraré al agua!

—¿De veras? ¡Qué buena actriz dramática es usted...!

—¡No se burle, por favor...! —Sacó fuerzas de flaqueza y continuó —: Me ha llamado aventurera, y está en su derecho... Pero no lo soy...

Hizo él un gesto de incredulidad.

—No lo soy —repitió—. Soy sencillamente... una chica desgraciada. Mi nombre es Myriam Smith —puntualizó pensando que no era el momento de descubrir a aquella fiera su personalidad—. Vivía en Nueva York con mi familia.

—¡Qué bonito! ¿Y qué más?

Fingió no oírle.

—Todo iba bien, hasta que papá decidió casarme. Me presentó a un novio que no era de mi gusto. Un hombre odioso... seco... inaguantable... —

Detúvose para tomar aliento—. Anoche comprendí que no podría casarme con él. Me repugnaba. Mi idea fija era huir a la Argentina, donde vive mi abuela. Supe lo de este barco, y subí a bordo.

La primera pregunta de Juan María resultó sorprendente:

—Y... ¿su novio?

—¿Mi novio? —No comprendía lo que este detalle pudiera interesarle —. Debía casarme mañana —explicó—. Por eso tomé anoche esta decisión. Él no sospechaba nada.

Esperaba que la historia le moviese a compasión y dulcificase su tono. Pero produjo el efecto contrario. La miró con furia contenida, increpándola:

—¡¡Huida!! ¡Usted también ha huido, dejando a un hombre sumido en la desesperación...!

Dejó la cafetera sobre la mesa con un golpe seco y siguió hablando, iracundo:

—Parece que Dios la ha hecho caer en mi poder para vengar en usted a todos los hombres y castigar a todas las mujeres. Se pasó una mano por el cabello, echándoselo hacia atrás.

—¿Sabe una cosa, señorita Smith? —Repitió dos veces el nombre—. ¡Smith! Es el apellido que eligen los ladronzuelos cuando quieren ocultar el suyo verdadero.

El insulto hizo enrojecer a Myriam, que intentó atajarle con un ademán. Pero él continuó sin hacerle caso.

—Puesto que se ha metido aquí por su gusto, fastidiando mis planes, va a pasarlo mal. Soy el peor enemigo que pueda tener en la Tierra el sexo femenino.

Myriam le miró sobrecogida.

—Yo... yo no he hecho nada malo —dijo con un hilo de voz.

Tamborileó él en la mesa, impaciente.

—Ha estropeado mis proyectos. Al emprender este viaje, mi deseo era descansar de la odiosa vista de las mujeres... Puse en regla mis asuntos, preparé este pequeño velero, y cuando ya creí haber conseguido lo que deseaba, aparece usted tranquilamente y me dice: «¡Soy un polizón...!»

Myriam bajó la cabeza, desconcertada. Su aventura no podía empezar peor. Podía esperarlo todo menos aquello... ¡Meterse en un barco, creyendo

que iba a la Argentina, y encontrarse con que había caído en poder de un... Barba Azul, que aborrecía a las mujeres y que iba navegando en dirección contraria a la ciudad donde vivía la «Imponente Abuelita»!

En aquel momento casi añoraba la ganchuda nariz de Archie, el puré de legumbres y la confortable soledad de su habitación. Las aventuras sólo agradaban en las novelas. La realidad era muy distinta. En lugar del anciano caballeroso que esperaba encontrar, hallaba aquel muchacho feroz, que le hablaba en el tono más duro que oyera en su vida.

«¿Será capaz de tenerme a pan y agua en la bodega, con una cadena al tobillo, hasta que lleguemos a puerto?», pensó observando el ir y venir del joven por la menguada extensión del camarote.

Juan María rugía de justa indignación. ¡Aquel impedimento a última hora! Ganas le daban de ponerle un salvavidas y arrojarla al agua, con sus melenas rubias y sus labios descoloridos. Mientras estaba allí, con cara de mosquita muerta, creyendo, la muy ladina, que así conseguiría aplacarle, en Nueva York un hombre desesperado la buscaría sintiendo la muerte en el alma. Como la sintió él días antes en el hotel vacío de Sonia Nachtesca...

El recuerdo hizo vibrar sus alterados nervios. Detúvose mirándola cara a cara.

—¿No se le ocurre nada para arreglar lo que ha hecho?

Tragó saliva la novia que había despreciado un aderezo de perlas negras y murmuró ingenuamente:

—¿Por qué no me lleva a la Argentina?

—¡A la Argentina! Es usted absurda y ridícula. Pretende que varíe el rumbo de mi barco y la lleve a un país que en la vida volveré a pisar.

Rió de su loca pretensión. ¡Ir a la Argentina, donde pensaba haber vivido unas horas maravillosas con la Nachtesca, sólo para dar gusto a... Myriam Smith...!

—Lo mejor será que se quite de mi vista —dijo bruscamente—. ¿En dónde ha estado escondida hasta ahora?

—En ese camarote del extremo del pasillo —tartamudeó la desfallecida muchacha.

—Vuelva allí hasta que decida lo que voy a hacer. Me saca de quicio verla ahí como un pasmarote.

Abrió la puerta para que saliera. Sus manos chocaron al agarrar el picaporte. Notó que estaban heladas y sintió algo parecido a la compasión.

Sin mirarla y dulcificando el tono, le gritó mientras se alejaba por el pasillo:

—¡De todos modos, no tema que la eche al agua con una piedra al cuello!

Entró después en su camarote y cerró dando un portazo.

# V

Myriam no podía calcular cuántas horas pasó en su primitivo escondite aguardando la decisión del capitán «Barba Azul». Su reloj estaba parado, pero el estómago le indicaba que llevaba más de doce horas sin comer. Sentía la ansiedad de un reo que esperase la sentencia. Parecíale que la fantástica situación en que se hallaba era una terrible pesadilla. Inconscientemente, recordó todas las escenas de su vida, desde su niñez, pasada en la Argentina con su madre.

«¡Si ella hubiese vivido, nada de esto habría pasado! Jamás me habría obligado a casarme con un hombre que me desagradase...»

Por sus mejillas corrieron gruesas lágrimas, que pronto degeneraron en entrecortados sollozos. Mordió el pañuelo, temiendo que sus gemidos llegasen hasta el tipo feroz del cual dependía su suerte.

«¡Sería capaz de amordazarme!», pensó temblando.

En el mismo momento sonaron unos golpecitos en la puerta. Vaciló antes de preguntar:

—¿Quién es?

Una voz que no era la de su temido verdugo indicó:

—Traigo una carta del señor conde.

Abrió, no sin cierto temor. Encontróse con un marinero, vestido con una camiseta rayada y unos pantalones pardos, que le entregaba un sobre cerrado.

—Esperaré aquí fuera la respuesta —dijo el hombre con voz sonora.

Abrió la carta, temblorosa. Con ojos asombrados, leyó las condiciones del capitán «Barba Azul»:

*«En vista de que la locura que ha cometido tiene difícil arreglo, he pensado lo siguiente. Le doy a elegir entre dos oportunidades:*

*»Primera: Hacer el sacrificio, que me fastidia extraordinariamente, de volver otra vez a América, y dejarla en poder de la policía.*

*»Segunda: El crucero que he emprendido durará aproximadamente dos meses, sin que durante este tiempo toquemos puerto más que para aprovisionarnos.*

*»Como mi deseo al emprenderlo ha sido no ver ni recordar nada de lo que a las mujeres se refiera, si elige el continuar aquí, tendrá que olvidar radicalmente sus costumbres, perder toda coquetería y apariencia femenina y alistarse a bordo como un marinero más. Desaparecerá Myriam Smith, desaparecerán esos cabellos largos, esos tacones altos y esas faldas cortas, para dar paso al marinero John, Jack o Jacobo, que empezará a trabajar a las órdenes del cocinero y hará las faenas que se le encomienden, apropiadas para sus fuerzas.*

*»Como no acostumbro explotar a nadie, cobrará un sueldo idéntico al de los otros muchachos.*

*»Entienda bien que la transformación ha de ser tan completa que si alguna vez tengo la desdicha de tropezar con usted llegue a considerarla como un grumete exacto a los demás.*

*»En caso de que no me satisfaga la realidad de su actuación, la desembarcaré en el puerto más próximo, dejándola en manos del cónsul norteamericano.*

*»Yo me encargo de advertir a la marinería, gente honrada y escogida, que adopte acerca de usted una actitud correcta, amenazando con partir personalmente las narices al que no lo haga. Si su adaptación al tipo de grumete es tan imperfecta que sus coqueterías alborotan a mis muchachos, me veré obligado a poner en práctica mi amenaza de desembarcarla.*

*»Dormirá en el camarote que se apropió sin permiso de nadie, y el resto del día vivirá la misma vida que los otros.*

*»A1 cabo de un par de meses volveremos a Nueva York, donde podrá marcharse definitivamente a paseo.*

*»Lo que decida póngalo debajo de ésta y devuélvamela con el marinero. Así me evitaré la molestia de verla.*

»Juan María de Lezea.

*»Posdata: Me quedo con la desagradable impresión de ser excesivamente magnánimo con usted.»*

Myriam pareció convertirse en piedra después de la lectura de aquella carta fantástica y absurda. Por último hizo algo inesperado: lanzó una carcajada de alivio.

Sacó un lápiz de oro del bolsillo, con sus diminutas iniciales »M. B.» incrustadas en diamantes, y escribió bajo la firma del conde de Lezea:

*«Todo antes que volver ahora a Nueva York. Acepto agradecido. — Jacobo.»*

Y por último, con letra más grande y en el centro de la cuartilla, estampó una nueva súplica:

«*¡Por favor...! ¡Me muero de hambre...!*»

# VI

— ¡No es posible que alguien me encuentre atractiva!

Myriam pronunció esta frase a media voz, a tiempo que contemplaba en el espejo su figura cubierta con el traje más estrafalario que jamás pensara llevar.

La tarde anterior dedicóla a adaptar a sus medidas todo el equipo de ropa que le había llevado un marinero, envuelto en un gran pañuelo de colorines y rematado por un grueso nudo, como si se tratase de un obsequio de Navidad. Habíase divertido, sacando unos pantalones oscuros, un grueso jersey rojo, pero bastante descolorido, y un sinfín de objetos heterogéneos, cuyo uso casi desconocía. Después de probárselo todo, vio que le estaba excesivamente grande y que con ello, más que un marinero, semejaba un espantapájaros, cuya vista provocaba carcajadas.

—Si me ve la fiera, dirá que se nota a la legua que soy una mujer disfrazada y tendrá derecho a desembarcarme.

Con mirada escrutadora, enumeró los defectos de su atavío. Los pantalones eran anchísimos y largos. A las mangas del jersey le sobraban un palmo y dentro de las botas le bailaban los pies. Este último defecto la desconsolaba, porque no encontraba el medio de poder arreglarlo. Resignóse a ellas, y se dedicó a reparar el resto del equipo. Habíasele pasado el día así. Por la noche, un marinero le llevó la cena, con la orden de que al día siguiente empezase su servicio.

Aquel «día siguiente» llegó. Habíase despertado muy tarde, quedándose aterrada al contemplar el reloj.

Viéndose con aquel atavío, se acordó de los pilluelos que viera en los alrededores del puerto. No se decidió a cortarse el pelo. Limitóse a subirlo hacia arriba, sujetándolo con una boina negra, que se hundió hasta las orejas.

—¡Estoy horrible...! ¡Si me viera Archie...!

Por su propia voluntad se ponía aquel traje que apestaba a tabaco, en lugar del delicioso vestido nupcial, diseñado especialmente para ella.

—¡Ni el hombre de peor gusto me encontraría atractiva! —repitió—. Creo que «Barba Azul» no tendrá que romper las narices a nadie por mi culpa.

Abandonó el camarote, sintiéndose avergonzada de enfrentarse con alguien. La farsa le resultaba grotesca, aunque también algo divertida.

Las botas armaban un ruido infernal sobre la madera de cubierta, en contra de los deseos de su poseedora, que se esforzaba en no llamar la atención.

Los marineros con quienes se cruzaba ahogaban una exclamación involuntaria, de sorpresa y risa, rápidamente contenida. Dirigióles un saludo inexpresivo, sintiendo sus mejillas rojas de vergüenza.

«No es un papelito agradable —pensó mientras atravesaba la cubierta sin saber a punto fijo a dónde dirigirse—. Barba Azul ha sabido castigarme.»

Miró al mar, que continuaba tranquilo. El barco apenas sufría el balanceo. Llevaban todas las velas desplegadas, para ahorrar combustible. Era el medio más hermoso de navegar.

«Lo horrible sería que me marease y me convirtiera en una especie de fardo durante todo el viaje», volvió a pensar, siguiendo su camino, con los ojos fijos en la lejanía, no queriendo advertir los cuchicheos y exclamaciones que provocaba su presencia. Por todos lados había marineros, entregados a distintos menesteres. Abrían la boca con asombro, para volver a cerrarla inmediatamente, según las órdenes de su capitán.

«Es ridículo que me esté paseando sin rumbo, como una pasajera elegante, mientras los demás trabajan. No creo que Barba Azul me pague para que me exhiba como atracción cómica.»

Deseaba ir a la cocina, ya que tendría que ayudar al cocinero. Pero... ¿dónde estaría?

Detúvose ante un muchacho que resultó ser el mismo que le había llevado la carta.

—¿Querrías decirme dónde están las cocinas?

El interpelado la miró con divertido asombro.

—¡Sí, hombre...! ¿Tú eres... «el nuevo»?

—Sí... soy el nuevo —afirmó.

—Muy bien, chico. —Subrayaba ligeramente las terminaciones masculinas—. Pues yo soy Jack. Espero que seremos buenos amigos.

Un par de muchachos se acercaron atraídos por la curiosidad. En seguida el grupo fue engrosado por quienes deseaban contemplar de cerca aquel «caso» asombroso de chica que había apostado una enorme cantidad de dólares asegurando que haría un largo viaje alistada como marinero. Era parte de la historia que el conde de Lezea había hecho circular, con la severa prohibición de molestar lo más mínimo a la joven y de tratarla de modo diferente, lo que le haría perder su apuesta. Una apuesta era algo sagrado para la tripulación, que solía apostar hasta por quién movería antes el pie derecho. Aceptaron con interés apasionante aquella historia tan poco vulgar.

Myriam asustóse de su atención desmesurada. Si el capitán lo viera, diría que ella estaba alborotando. Dirigió a todos una sonrisa y volvió a interrogar a Jack:

—¿Quieres llevarme a la cocina?

Jack interrumpió su muda observación e indicó amablemente:

—Baja por esa escotilla. En seguida la encontrarás. ¡Buena suerte y que nos prepares ricas comidas!

Alejóse Myriam todo lo de prisa que le permitían la holgura de sus ruidosas botas, y encontróse en seguida en el sitio que buscaba.

Había un enorme fogón, en el que se asentaban unas grandes marmitas que despedían olor agradable. Inclinándose sobre ellas, con mirada escrutadora y una gran espumadera en la mano, se hallaba un hombre bajito y regordete, de nariz anchísima y ojos pequeñitos y vivarachos, que Myriam supuso sería el *cordon bleu* de a bordo.

—Buenos días —saludó lo más alegremente que pudo—. Soy Jacobo.

El hombrecillo volvióse en redondo y miróla rápidamente de arriba abajo, con la espumadera en suspenso, chorreando caldo.

—¿Que... eres... Jacobo? —Lanzó un gruñido singular y se inclinó de nuevo sobre las cacerolas, lanzando su exclamación predilecta —:

¡Demonio de demontres!

—Vengo a ayudarle. El capitán ha dicho que me ponga a sus órdenes.

—¿Conque a mis órdenes? —Los ojillos del cocinero brillaron divertidos—. Bueno, Jacobo. Está bien. Yo soy «Calamar».

Myriam soltó una carcajada irreprimible.

—¡Calamar!

—Ése es el nombre que me dan los chicos, por ser tan moreno. —Volvió a mirarla con viva curiosidad—. ¡Demonio de demontres! —repitió—. Hay personas que son de la piel del diablo.

Hubo un momento de silencio, y al fin ella preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

Calamar no acababa de salir de su aturdimiento encontrándose con un ayudante tan singular. Tardó un rato en responder:

—Puedes poner la mesa para los chicos. Coge los platos de ese armario y los colocas en la mesa larga que hay en la habitación de al lado. Es la hora del almuerzo.

—¿Tan tarde es ya?

—Cerca de las once. Somos quince y contigo dieciséis. El capitán de máquinas come en su camarote, lo mismo que el señor conde.

—No creí que se necesitase tanta gente en un barco como éste.

Cogió un montón de platos de porcelana irrompible y los llevó al sitio indicado, un comedor largo y estrecho, con una mesa interminable y bancos alrededor de ella. Los portillos tenían cortinas de cretona con gatos de color verde y árboles de color rosa. En un rincón, un tiesto con una pequeña palmera, y un gramófono. Clavadas en las paredes con chinches de dibujo veíanse fotografías recortadas de alguna revista, representando a varios ases de la pelota base y conocidas artistas escasamente vestidas. Sonrió Myriam a la vista de lo que era en realidad el sollado de un barco. Habíaselo figurado más tétrico y con más personalidad. Aquello, con pequeñas variaciones, lo mismo podía ser el comedor de la marinería que el refectorio de un colegio.

Colocó los cubiertos con esmero y las servilletas de cuadros blancos y verdes, dobladas artísticamente sobre el plato. En el centro puso la maceta y se alejó unos pasos para contemplar su obra.

Rápidamente quitó el tiesto, deshizo los dobleces de las servilletas y lo colocó de cualquier modo. Se había dejado llevar por su gusto femenino. No podía ser. Notábase demasiado la huella de una mano de mujer. Era «un muchacho» y debía actuar en todo momento como tal, si no quería echarlo todo a perder.

Un grupo de marineros entró en el comedor, riendo y charlando en voz alta. Quedaron instantáneamente en silencio a la vista de la joven, que fingió no ver algunos gestos indiscretos que se cruzaban entre sí, seguidos de risas. Sentíase enrojecer hasta la raíz de sus rubios cabellos ocultos bajo la boina.

Calamar agitó desde la cocina una campana e inmediatamente empezaron a acudir comensales, que se sentaron alrededor de la mesa. A cada nueva entrada, Myriam tuvo que soportar más miradas curiosas. Dio gracias a Dios cuando Calamar apareció con una olla de potaje, empezando a repartir la comida con un gran cucharón.

—¡Siéntate ahí, pequeño!

Myriam obedeció, instalándose al lado de un marinero alto y grueso con patillas recortadas en punta, que la miró de soslayo y le dio con el codo a su compañero, felicitándose de la compañía. Hundió Myriam la cuchara en el apetitoso plato de potaje, sin atreverse a levantar los ojos. Diose cuenta de que a su derecha se situaba otra persona y levantó la cabeza al oír el saludo que le dirigían.

—¿Qué tal te ha ido?

Reconoció al llamado Jack y le sonrió muy amable, como si se tratase de un antiguo amigo.

—Poca cosa he tenido que hacer. Solamente poner la mesa. No me matará el trabajo.

—Mientras hace buena mar y se navega bien, todo marcha perfectamente. Ya verás cuando venga una marejada grande. Hay veces que a Calamar le da por marearse, y entonces tendrás que guisar para todos.

—¿Se marea Calamar?

—Ya tendrás ocasión de verlo.

Jack sonrió mientras se llevaba a la boca una cuchara repleta de garbanzos.

—No le gusta que lo notemos y empieza a ponerse muy triste, diciendo que se acuerda de su mujer y de sus hijos. Su tristeza aumenta por instantes, hasta que se marcha al camarote a «llorar», aunque yo creo que para otra cosa.

Rió la muchacha, mirando al rechoncho cocinero, que comía a dos carrillos, presidiendo la mesa.

—Debe de ser muy bueno —comentó.

—Aquí todos lo somos —bromeó Jack—. A propósito, ¿cómo te llamas?

—Jacobo.

Jack no hizo el menor gesto de sorpresa, como si considerase natural la situación.

—¿Os conocíais hace tiempo?

Myriam volvió la cabeza para atender a su vecino de la izquierda, que hizo la pregunta.

—¿Por qué? —interrogó.

—Como os veo hablar... —repuso el hombretón de las patillas en punta.

—No tiene nada que ver, También hablo contigo y con cualquier compañero —dijo. E, imitando el tono de Jack, añadió, deseando parecer desenvuelta —: A propósito, ¿cómo te llamas?

Su interlocutor, con sonrisa indefinible, respondió:

—Me llaman «Sinatra», porque canto bastante bien, y puedes darme ese nombre.

—¿De veras cantas? —preguntó, fingiendo interés.

Por toda respuesta dio él un berrido bastante afinado, al cual nadie prestó atención, como si estuviesen acostumbrados a tales desahogos.

—Ésta, es mi nota más grave —explicó—. La más alta nunca la doy en sitio cerrado, para no volveros sordos a todos.

Canturreó los primeros compases de un *fox* de moda, con voz de trueno.

—¡Cállate, Sinatra! —gritó un marinero, que explicaba algo sin hacerse oír.

—Ya te cantaré algo esta tarde, si te gusta la música y entiendes de arte —prometió, prestando de nuevo atención a su plato.

Jack guiñó un ojo a la muchacha, diciéndole a media voz:

—Es su chifladura. Alguien le ha hecho creer que canta bien, y nos da unas latas espantosas.

Rióse Myriam y, al levantar la cabeza, su mirada cruzóse con la de un marinero que comía frente a ella y que la miraba sin pestañear.

Era un muchacho de pelo rubio y rizado, tez morena y ojos oscuros y grandes, excesivamente grandes para un hombre, en opinión de la joven. Era el tipo que sin duda volvía locas a las camareras y modistillas, pero que a Myriam le desagradó siempre.

Se sabía guapo y tenía un aire de superioridad bastante cómico. Hizo un amistoso saludo con el tenedor, en el que había pinchado una rodaja de huevo duro de los que Calamar acababa de servir.

—¡Qué suerte que se te haya ocurrido alistarte, a bordo! —declaró con una sonrisa que dejaba ver dos hileras de dientes perfectos—. ¿No lo crees así, Jacobo?

—¿Cómo sabes que me llamo Jacobo? —dijo, dispuesta a no intimidarse.

—He oído lo que has dicho a Jack. Tengo una oreja colosal.

—Ya lo veo... ¿Y tú cómo te llamas?

Hacía siempre la misma pregunta, con el deseo de que hablase el otro y se desviase la atención de su persona.

—Bertie, ya que tanto te interesa, simpático —respondió con sonrisa picaresca—. Tengo veinticinco años, soy de raza blanca, hijo único, nacido en Texas, no tengo madre ni novia, poseo setenta dólares en el banco y diez en la cartera. ¿Quieres saber más detalles?

Turbóse Myriam oyendo la risa de todos. Deseaba dejar sentado que era un muchacho con el que se podía bromear y que sabía contestar adecuadamente.

—Se te ha olvidado mencionar algo.

—Tú dirás, Jacobito.

—¡Que eres un descarado...!

Volvieron a reír todos, celebrando su frase.

—¡Caramba, Bertie! Ten cuidado, no te encuentres con alguien que te corte las uñas...

Rió también Bertie, contemplando a la joven con los ojos entornados.

—Eres muy gracioso, Jacobito. Me da el corazón que vamos a ser muy buenos amigos y que nos querremos mucho.

—No suelo ser cariñoso —replicó, sin mirarle—. De pequeño, siempre pegaba a mis hermanos.

—¿Practicas el *catch*? —inquirió, burlón.

—Prefiero el boxeo. Estoy especializado en directos a la mandíbula.

Calamar, que repartía el queso, le golpeó la espalda.

—¡Demonio de demontres! —exclamó afablemente—. Eres un «chico» más listo de lo que imaginaba.

Mientras comía su postre, Myriam pensaba en que aquello era lo contrario del banquete de bodas que se habría celebrado si las cosas hubieran seguido su curso. En lugar de la tosca mesa de madera, habrían repartido mesas con delicados mantelitos de encaje, por los salones del Palacio Canfield, capaz para contener... ¿dos mil invitados?... En lugar del potaje de garbanzos y de los huevos duros, las más exquisitas maravillas gastronómicas, preparadas por el *chef,* verdadero artista en su género. Y en lugar de charlar con aquellos rudos muchachos que hacían ruido al masticar y se limpiaban los dientes con la punta del cuchillo, habría tenido a Archie, vestido de chaqué, luciendo sobre el pecho la condecoración concedida como director del «Canfield Trust Corporation», frunciendo el ceño si se le descomponía el peinado a la novia o si le brillaba la nariz.

«¡Prefiero esto! —se dijo con cierta alegría—. Tengo dos meses por delante. Cuando vuelva a América, todo estará ya arreglado; es decir, desarreglado. La vida puede aún reservarme momentos felices.»

Terminada la comida, se felicitó interiormente, diciéndose que había sido menos violenta de lo que creyera. Lo peor pasó ya. Habían estado más comprensivos y correctos de lo que esperaba.

La tarea siguiente resultó bastante desagradable. Tuvo que fregar un gran montón de platos y las enormes y grasientas ollas, que la llenaron de repugnancia. Su optimismo decreció notablemente mientras raspaba con un cuchillo la pasta pegada al fondo. Al concluir de secar la última cacerola sentíase fatigada y con las mejillas ardiendo.

Calamar, que hojeaba un libro muy deteriorado, le dijo amablemente:

—Sube a cubierta y descansa hasta que te avise.

Hízolo así, deseosa de respirar aire puro y de sentir la caricia del sol. Soplaba una fresca brisa y paladeó con deleite el sabor marino.

Se sentó sobre un rollo de cuerdas y cerró los ojos con cansancio. Por primera vez en su vida había trabajado bajo las órdenes de alguien y su trabajo le sería remunerado. ¡Qué hubieran dicho sus hermanas viéndola fregar, sobre todo Alina, que tenía manías de grandeza!

Abrió los ojos notando la proximidad de alguien.

—¡Hola, Bertie! —saludó.

—Descansando, ¿eh? —dijo él.

—Lo mismo que tú.

—Yo soy contramaestre.

—¿Los contramaestres no trabajan?

—Por mi parte, lo menos que puedo —confesó.

—Eres un fresco, Bertie. Yo tengo permiso de Calamar para tumbarme al sol.

—Si no tienes cuidado, se te caerá el pellejo de la nariz.

—¡Mientras no se me caiga la nariz! —replicó encogiéndose de hombros, fastidiada de que Bertie no la dejase reposar.

—Eres un chico muy listo.

—¿En qué lo notas?

—En que contestas bien y con gracia. Se ve que has ido a la escuela y que conoces el mundo.

Myriam no contestó, fijando la vista en la inmensidad del océano, abstraída en su contemplación.

—Escucha, niña —dijo Bertie a su oído con voz suave, mientras apoyaba la mano en su brazo—. Espero que cuando estemos a solas no tendremos que seguir esta broma estúpida de llamarte Jacobo. Los días de mar son largos y aburridos, y, si eres lista, podemos pasarlo bien tú y yo.

Zafóse ella y le miró fríamente.

—Mi nombre es Jacobo —dijo con firmeza—. Si no quieres creerlo, podemos preguntárselo al capitán.

—¡Caramba, no! —rechazó—. Estoy contento con mi empleo y no tengo deseos de perderlo. Puedes llamarte Jacobo o Conrado. Al capitán déjale en paz con sus penas.

Parpadeó ella, presa de viva curiosidad.

—¿Tiene penas el capitán?

—¡Vaya, Jacobo! Me alegro de que no te hayas enfadado. El capitán tiene penas de amor.

Su tono era ligeramente burlón.

—¿Penas de amor? ¿Cómo lo sabes?

—Por su ayuda de cámara, que es amigo mío. Pero no te digo más. A lo mejor se te va la lengua y me cuesta un disgusto.

—No me interesa demasiado —mintió fingiendo indiferencia.

Bertie sentía deseos de hablar y continuó, sin que le rogaran:

—¿Por qué crees que un hombre joven y rico como él, que podía tener las mujeres a montones, se mete en un barco para pasarse varios meses sin ver a nadie? A menos que...

—¿Qué?

—... que tú...

—Te he dicho que mi nombre es Jacobo. La primera vez que se te olvide, te daré un puñetazo.

Rió Bertie, con aquella sonrisa que él consideraba modelo en su género.

—Tienes mal carácter, Jacobo. ¡Pobrecita la mujer que se case contigo...!

Hubo un largo silencio, que rompió él para decir:

—¿Conoces a Sonia Nachtesca?

—¿La bailarina?

—Esa misma.

—La he visto varias veces.

Recordó la última noche en que estuvo, en compañía de Archie, deleitándose en la contemplación de las danzas clásicas, y el gesto con que su novio susurróle al oído: «Me aburre esto, querida. ¿No podríamos irnos?» Tan cerca le hablaba, que su nariz le rozó la mejilla, y sintió una desagradable impresión al notarla fría, como el hocico de *King*, el perro danés de los Barlett.

—¿Por qué me lo preguntas? —interrogó al rubio contramaestre, que estaba encendiendo su pipa.

—Ésa es la mujer que trae mochales al conde. La Nachtesca.

No se sorprendió demasiado. Parecíale comprensible que una mujer tan guapa volviese locos a los hombres. En su opinión femenina, más exigente por lo general que la masculina, la encontró hermosísima, con aquella piel tan blanca, contrastando con los abundantes cabellos negros recogidos en una gruesa trenza alrededor de la cabeza. Parecióle imposible que Archie se aburriera de verla bailar, ligera como una sílfide, con los brazos desnudos, que movía armoniosamente, y el cuello de cisne, tan expresivo cuando se erguía o se doblegaba.

—Comprendo que le guste —pensó en voz alta.

—Yo también lo comprendo. Pero no es para tanto como para huir del mundo y dedicarse a llorar su desvío.

—¡Tú qué sabes lo que es enamorarse! —le increpó.

—¿Lo sabes tú?

Negó Myriam con la cabeza.

—No..., pero lo presiento.

Notaba que su antipatía por Barba Azul había disminuido al enterarse de su conflicto sentimental. Algo malo tendría que haberle hecho Nachtesca para que reaccionase con aquel odio violento hacia las mujeres. Tan hondo sentía el conde de Lezea, que un desengaño le hería más profundamente que a otros hombres.

Era preferible esa vehemencia a ser un «avefría» como Archie. Recordó repentinamente un pensamiento de un poeta que aprendiera en el colegio: «El amor sólo son capaces de sentirlo los que son dignos de inspirarlo.»

La voz del apolíneo Bertie interrumpió sus pensamientos:

—Aquí viene Sinatra con su acordeón.

Efectivamente, el grandullón vecino de mesa sentóse a su lado haciéndole un amistoso saludo.

—Vengo a cantarte algo para que veas que aquí no nos falta nada de nada.

Puso el acordeón sobre sus rodillas, con el mismo cuidado que si se tratase de un niño pequeño.

Sonrióle Myriam con simpatía. Parecía un infeliz. Preferible era que tuviese afición a la música que a masticar tabaco o a morderse las uñas como Bertie.

—Me gusta mucho oír cantar —alegó—. ¿Qué estilo es el tuyo, romántico o alegre?

—Yo tengo todos los estilos —repuso el gigantón, sin pizca de modestia.

Un grupo de marineros detúvose ante ellos, decidiéndose a formar corro.

—¡Ea, Sinatra! Berrea un poco y todos te aplaudiremos.

—Ésos no entienden de arte —murmuró el aludido, con ligero desprecio —. Te cantaré algo marinero.

Extendió el acordeón, que produjo un sonido estridente. Tosió tres veces para aclarar la garganta y comenzó:

— Yo nací sobre una vela,
yo soy hijo de los mares...

— ... Y adoro la mortadela...

—... Y destrozo los cantares —corearon los marineros, interrumpiendo la canción.

Los amenazó con el acordeón.

—¡Ignorantes! ¡Pedazos de atún! No servís más que para tirar de una cuerda. Al primero que interrumpa le parto la nariz.

Empezó otra estrofa:

— Yo soy un rudo pirata,
me llaman El Tiburón...

— ...Y a todos les doy la lata...

—...Cantando sin ton ni son —interrumpieron de nuevo los jóvenes. Acto seguido echaron a correr, temiendo las represalias.

—¡No volváis por aquí! —gritó Sinatra, amenazador.

—No hagas caso. Tienen ganas de bromas —le apaciguó Jacobo—. Vuelve a empezar.

Complaciente, cantó una canción romántica que hablaba del mar y de unos ojos azules, del viento y del amor... Tenía un torrente de voz y cantaba con más gusto del que era de esperar.

«¡Qué escena tan típica! —pensó Myriam—. Muchas veces la he visto en las películas. La cubierta de un barco, un grupo de marineros cantando al

son de un acordeón, mientras el sol va descendiendo. ¡Y pensar que yo formo parte del grupo...!» Miró la punta cuadrada de una de sus grandes botas y no pudo contener una sonrisa. ¡Cuántas personas distintas había conocido en las últimas cuarenta y ocho horas...! Podía decirse que conoció a Dundley, su doncella, ya que hasta entonces la había considerado como una muñeca mecánica que obedecía órdenes. A Billy, el gordo Pick, a Shirley, el que se emocionaba ante una sopa de almejas y que se creía el amo del mundo porque tenía una moto. Y a toda la bulliciosa pandilla. Y, por último, a Juan María y a aquel grupo de hombres que la rodeaban. Del capitán Barba Azul sólo recordaba unos ojos color de acero que la miraban furiosos. La turbulencia de la escena le había impedido fijarse en más detalles. También sabía que era alto y que tenía la piel ligeramente morena. Era extraño que nunca se hubiesen encontrado en Nueva York, frecuentando la misma sociedad.

El gordinflón Calamar vino a interrumpir la escena, reclamando la ayuda de Jacobo para pelar patatas.

Levantóse Myriam y le siguió. Sentía su cara roja por los efectos del sol y pensó que iba a resultar verdad la profecía de Bertie de que se le despellejaría la nariz.

Mirando el mar, hizo un voto, con el deseo de que se realizara: que curase a Juan María de Lezea de su desengaño, ya que con ella había sido también piadoso, alejándola de Archie y evitando su boda.

# VII

— ¿Da su permiso, señor conde?

Juan María alzó la cabeza del libro y miró al capitán de máquinas, que, con la gorra en la mano, pedía licencia para entrar.

—Adelante, Blunt. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada de particular. Sólo una marejada con olas altas que barren la cubierta. Estamos a sesenta millas al norte de las Bermudas.

—¿Y la tripulación?

—Sin novedad también.

—El... muchachito nuevo que le recomendé, ¿cómo se porta?

El capitán disimuló una sonrisa.

—Perfectamente. He pedido informes al cocinero y a los contramaestres, y dicen que es formal y trabajador. Yo mismo le he vigilado estos días. No me ha dado motivos de queja.

—Bien —concluyó Juan María con un gesto.

—¿No tiene nada que mandar?

—En absoluto.

—En ese caso, le deseo muy buenos días.

Juan María respondió al saludo y volvió a enfrascarse en la lectura.

Llevaban cerca de dos semanas de navegación y dedicaba todas sus horas a la tarea de leer, alternando con las labores marineras, en las que se ejercitaba de vez en cuando.

Aquella mañana sentíase más animoso que de costumbre. Poseía una naturaleza robusta, y la vida tranquila de descanso le aliviaba de la depresión nerviosa padecida.

Levantó la cabeza, sintiendo una extraña presencia en el camarote. Ante él se hallaba Jacobo, al cual no había vuelto a ver desde la primera escena tormentosa. Miróle con curiosidad, de una ojeada rápida. Parecía un

muchachito de quince años. Tenía la frente, la nariz y las mejillas quemadas. Trozos de fina piel, semejante a papel de seda, colgaban de ellas. Por algunos lados había empezado a perder el tono vivo, para dorarse como una tostada de pan. Llevaba en la mano una gran escoba y un paño para quitar el polvo, y en sus ojos había una expresión de temor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Perdón, mi capitán. No creí que hubiera nadie en el camarote. Venía a limpiarlo y a ponerlo en orden.

—¿Por qué esta novedad? El cuidado de mis cosas no es trabajo tuyo.

—Ya lo sé. —Myriam sentíase turbada ante la presencia de Barba Azul —. Pero Jack, que es quien lo hacía, se hirió ayer en un pie.

—¿Cómo fue eso?

—No tuvo importancia. El capitán Blunt le ha recomendado que no se mueva en unos días.

—Luego iré a verle. —Hizo intención de volver a leer, pero levantó la cabeza—. Sin embargo, tu puesto está en la cocina. No tienes que venir por aquí.

Myriam enrojeció, apretando con más fuerza la escoba que tenía en la mano.

—Hoy he decidido no ir a la cocina.

El asombro hizo que Juan María dejase caer el libro.

—¡Caramba! ¿Y quién eres tú para tomar esa decisión?

—Prefiero hacer esto —insistió.

—Pues yo prefiero que hagas lo otro. —La terquedad de Jacobo empezaba a fastidiarle—. ¿Te ha molestado alguno de tus compañeros?

Negó ella con la cabeza.

—Entonces... ¿a qué viene esa testarudez?

Calló. Juan María, creyendo haberla convencido, continuó:

—Cumple tu obligación, y manda para acá a otro chico cualquiera.

Volvió a su lectura, esperando que cumpliese la orden. Pero al cabo de un instante vio que no se había movido del sitio.

—¡¡Jacobo!!

—Mande, mi capitán.

—¿No sabes obedecer?

—Sí, señor.

—Vete, como te he mandado.

Jacobo cogió los útiles de limpieza y salió.

«Una obstinación incomprensible», pensó Juan María, que había perdido el hilo de la lectura. Con súbito presentimiento se dirigió a la puerta y la abrió. Allí en el pasillo, sentado tristemente sobre el cubo vuelto del revés, estaba Jacobo con la barbilla apoyada en las manos. Se sintió furioso.

—Estoy acostumbrado a que se acaten mis órdenes sin tener que repetirlas. ¡Daré parte de eso al capitán Blunt para que te imponga un castigo! —Quedóse Myriam en actitud contrita, sin responder—. ¡Márchate ahora mismo! —dijo señalando la escalera de la escotilla.

Myriam empezó a subir, sintiendo fija en su espalda la mirada de Barba Azul. Mas al sacar la cabeza al aire libre, volvió a bajar más que aprisa.

—¿Te estás burlando? —Juan María la zarandeó bruscamente—. ¿Es que quieres que te suba yo?

—¡Por favor! No me haga ir a la cocina —suplicó con voz angustiada.

—Pero, ¡caramba! ¿Qué hay en esa maldita cocina para qué tanto te asuste?

—Es que... por nada del mundo me atrevería a cruzar la cubierta con la mar tan agitada —explicó, humillada de su cobardía—. Las olas la barren por todos lados. Me dan verdadero pavor. Aún no me he desayunado, por no atreverme a salir de este pasillo. Por eso quería limpiar su camarote. Para no estar sin hacer nada.

—¡Bravo! ¡Valiente marinero eres tú! —comentó Juan María disimulando una sonrisa—. ¿Acaso tus compañeros no cruzan de un lado para otro sin que les pase nada?

—Pero ellos son hombres... Hombres de mar... —se corrigió rápidamente.

—Como tú también eres un *hombre de mar* —Juan María recalcó la frase —, tienes que hacer lo mismo que ellos y demostrarme que vales para algo.

—¿Será tan cruel que me obligue a salir...?

—No soy cruel. Ya te dije cuando te alistaste que serías igual que los otros. ¿No sabes cumplir lo que prometes?

Myriam clavó sus negros ojos en las aceradas pupilas de él y apretó los puños, resuelta a arrostrarlo todo con tal de demostrarle su capacidad.

Subió la escalera y asomó la cabeza por la escotilla. El mar tomaba un feo color gris y las olas golpeaban el barco como si tuviera contra él algún rencor personal. Un chorreón de espuma mojó su boina y le escurrió por la nariz. De aquella escotilla de proa a la de popa había cerca de quince metros, que tenía que cubrir agarrándose a una cuerda. Era espantoso. Pero lo haría. Levantó un pie para salir, pero se sintió cogida en vilo por el cinturón y bajada en un vuelo.

—¡Déjalo! —Juan María la depositó en el suelo bruscamente. Habló sin mirarla—. Mejor será, en efecto, que limpies mi camarote.

Entró sin advertir la sonrisa luminosa con que Myriam agradeció su decisión.

«Tiene buen corazón —pensó —, aunque le gusta mortificarme. Estoy segura de que ni por un momento deseó seriamente que cruzase la cubierta. De no ser así, a estas horas estaría ya flotando en el agua.»

Le siguió al camarote. Juan María, sentado de nuevo en el mismo sillón, hojeaba un montón de revistas.

Empezó a ordenar las cosas. Sobre la revuelta litera había un pijama de seda azul marino con un escudo rojo que ostentaba sus iniciales entrelazadas. Exhalaba un perfume agradable. Lo dobló con sumo cuidado, colocándolo dentro de un armario. Deshizo la litera y sacudió el colchón, mulléndolo con esmero. Después volvió a rehacerla, mientras contemplaba a Juan María a su sabor.

No tendría siquiera treinta años. Era extraordinariamente atractivo. Poseía un rostro inteligente, de rasgos firmes y marcados. Myriam, que solía fijarse siempre en las barbillas, opinó que la del conde de Lezea era perfecta en su género. Las mandíbulas apretadas, ligerísimamente salientes. Las manos aristocráticas, tostadas por el sol, un poco estropeadas por las faenas de a bordo.

«No es comprensible que la Nachtesca le haya rechazado», pensó mientras recogía un montón de libros dispersos sobre la mesa, al lado de la litera. Lo colocó todo en la pequeña librería, con exquisito cuidado. Adoraba los libros, a los que consideraba sus mejores amigos, ya que la

habían distraído y consolado en sus horas tristes. Cogió un tomo pequeño, que le había pasado inadvertido, y sonrió viendo la familiar portada de *La gran aventura*, su novela predilecta, que había leído multitud de veces. Distraídamente abrió el libro por el capítulo más interesante.

—¿Eres aficionado a la lectura, Jacobo?

La voz ligeramente sarcástica de Juan María la sobresaltó. Cerró el libro bruscamente.

—¡Perdón! —se disculpó—. Es que... lo he leído hace poco tiempo.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —Tenía el don de hacerla enrojecer—. No sabía que los chicos como tú leyesen esa clase de novelas. ¿Y qué te ha parecido? Tu opinión debe de ser interesante.

Molesta por el tono burlón, respondió intencionadamente:

—Él resulta un poco cargante, siempre hablándole a la muchacha con impertinencia.

Juan María la miró, cogiendo al vuelo la alusión. Pero Myriam puso cara inocente.

—Y de ella... ¿qué opinas?

—Entiendo poco de mujeres —observó con fingida gravedad —; pero creo que Roberto hubiera conseguido hacerse amar de Alicia si, en lugar de demostrarle tanto amor, se hubiese fingido indiferente.

—¡Las mujeres! Siempre hacen y piensan lo contrario de lo que uno espera.

—¿Y por qué echarles la culpa a ellas, en lugar de achacarlo al poco talento masculino?

—¿Poco talento?

—El saber agradar es un arte para el que hay que tener una inteligencia especial. Los hombres no se esfuerzan en agradar.

El conde de Lezea contempló sonriendo aquella especie de mentor con escoba que filosofaba tan seriamente.

—¿Crees eso, Jacobo?

—Sí, mi capitán. Personalmente, cuando me enamoro de una chica, estudio primero su modo de ser. Hay mujeres a las que sólo se llega a interesar dándoles celos. Otras prefieren los suspiros y el estilo romántico.

Otras disfrutan rodeándose de admiradores para que el preferido pase malos ratos...

«Sonia es de éstas», pensó Juan María con amargura.

Recordaba sus sinsabores viéndola siempre rodeada de una corte de pretendientes.

Jacobo continuó dando lecciones de filosofía amorosa al capitán Barba Azul.

—Conocí una chica que se volvía loca por los hombres despeinados, y otra que no podía soportar al novio cuando llevaba paraguas.

Juan María apretó los labios, no queriendo que advirtiese su sonrisa. ¿Qué clase de persona era aquélla? Hablaba con cierto aplomo y sus modales eran más finos de lo que supusiera en un principio. Nada había en ella que descubriese a una mujer ligera, ni en su tono hallaba el menor átomo de coquetería.

¿Sería alguna chica de los barrios pobres, una artista de conjunto o quizás una hija de familia modesta, que buscase aventuras?

Frunció el ceño, pensando repentinamente en que estaba faltando a lo pactado. No debía pensar en Jacobo más que como «Jacobo» simplemente. Aplastó contra el cenicero el cigarrillo recién empezado y levantóse malhumorado.

—¿Qué es eso que llevas en el bolsillo? —le preguntó con extrañeza.

—Una pipa... Es decir..., mi pipa.

—¡Ah! No sabía que fueses fumador. Te autorizo a que fumes ahora...

Myriam vaciló, sin saber qué hacer. Aquella pipa la había encontrado en uno de los bolsillos del pantalón y la llevaba pensando que le prestaba carácter. Pero sentía hacia ella una repugnancia invencible.

—No tengo tabaco...

—En esa caja hay uno fuerte. Te sigo autorizando para que cojas un poco.

En sus labios lucía la sonrisa burlona que la mortificaba.

Torpemente llenó la pipa con un puñado de tabaco picado y se la llevó a la boca.

—Pero... ¿no la enciendes? —dijo Juan María, vuelto de espaldas para disimular su diversión.

—Me gusta más así...

—Si te da vergüenza pedirme cerillas, tómalas. —Tiróle una caja, que Myriam cogió en el aire—. Me gusta ser amable con mis marineros.

Myriam encendió la pipa, tras varios esfuerzos, y lanzó una bocanada de un humo espeso y picante que la hizo toser. Aquello era horrible. Parecía pólvora. Estaba acostumbrada a fumar, pero solamente cigarrillos rubios. ¿De qué estaría hecho aquel picado negruzco que le irritaba los ojos?

—Jacobo...

—Mi capitán.

—Abre ese portillo.

—Ya está.

—Tira esa asquerosa pipa.

—Ya la he tirado, mi capitán.

—Está bien. Concluye pronto, y si mañana Jack sigue mal del pie, que venga otro chico a hacer esto.

Myriam parpadeó fuertemente.

—Como usted mande...

Le vio dirigirse hacia la puerta en dirección a la escalera, y advirtió impulsivamente:

—Tenga cuidado, mi capitán.

Volvióse él, con ojos asombrados, en muda interrogación.

—Digo que tenga cuidado —repitió sintiendo que se ruborizaba tontamente—. Es peligroso estar en cubierta.

—Gracias por la advertencia, pero sé cuidarme solo —dijo en tono desabrido.

Myriam suspiró levemente y encogióse de hombros, una vez que se quedó sola.

¿Había tenido siempre tan horrible carácter o se lo habría amargado aquella mujer? Lo que estaba claro era que no quería verla ni de lejos. Pero estaba resuelta a conseguir su amistad.

Acabó de arreglar rápidamente el confortable camarote y, mientras guardaba unos pañuelos en el pequeño armario, tocó el frío cristal de un retrato. No se atrevió a cogerlo, limitándose a mirarlo con invencible curiosidad. Allí estaba la Nachtesca, sonriendo graciosamente, con gesto

provocativo y ojos entornados, cuyas pestañas, ya en exceso alargadas por el *rimmel*, le daban un tono de misterio. La boca, grande, bien dibujada, y el cabello, reluciente, artísticamente colocado.

«Maravillosa —pensó —; pero... —buscó un adjetivo adecuado —fría... Una belleza fría.» El estudio fotográfico era admirable. Resultaba comprensible que un hombre enamorado se desesperase mirándolo. Volvió a cerrar el armario, dejando sobre el retrato un montón de ropa blanca. Así no lo vería y se evitaría malos ratos.

El viento amainó al cabo de dos horas. Las olas sólo estaban ligeramente coronadas de espuma, por lo cual pudo dedicarse a sus labores cotidianas.

No vio a Juan María hasta la tarde. Habían cenado ya, y el crepúsculo ponía tonalidades bermejas en el agua plateada. Myriam subió a cubierta con un cubo para coger agua de mar y baldear la cocina.

Fue entonces cuando le vio acodado sobre la borda, despeinado por la brisa y en actitud meditativa. Cruzáronse sus miradas, pero aparentó no verla.

Alegróse Myriam del encuentro. Sentíase un poco humillada por su debilidad de la mañana, y satisfacíale que ahora la viese trabajar como un marinero más.

Ató nerviosamente una gruesa cuerda en el asa del cubo. La mirada indiferente de Juan María seguía sus movimientos.

Lanzó el cubo al agua, inclinándose para ver el surco que abría en la superficie ondulada, y sintió en el mismo momento el peso de una mano golpeando su hombro.

Volvióse apenas y saludó de mala gana:

—¿Qué hay, Bertie? No me fastidies. Estoy ocupado.

Bertie, sin advertir la presencia del capitán, respondió insinuante:

—Venía a charlar un rato contigo.

En la semiclaridad de la cubierta distinguió entonces al conde de Lezea, lo cual le hizo huir más que aprisa.

Myriam, aliviada, tiró de la cuerda, extrañándose de que estuviera tan ligera de peso. Inclinóse a mirar y horrorizóse al ver que el nudo se había deshecho, perdiéndose el cubo en los dominios de Neptuno.

Otra derrota delante de su enemigo. No servía para nada, ni para las cosas más fáciles. Con las mejillas rojas de ira, volvió a hundir el cabo de la soga en el agua, esperando que él no se diera cuenta de lo ocurrido y deseando que se marchara. Miróle de reojo y le vio fumando tranquilamente, sin apartar la mirada de la maldita cuerda. Había en sus ojos un destello de burla cuando, sin moverse, le preguntó:

—¿Qué haces, Jacobo?

Con cierta angustia, tartamudeó:

—Ya... lo ve..., mi capitán... Saco agua.

—¡Ya...! —comentó con gesto indefinible—. Como tardabas tanto, creí que estabas pescando.

El rojo de las mejillas de Myriam adquirió tonalidades violáceas. ¡Otra vez se burlaba!

—Es que... tarda en llenarse —murmuró.

Y al momento comprendió la estupidez de la frase. ¡Como si tuviera el cubo bajo el grifo de una fuente, en lugar de hundirlo en el mar!

Juan María sonrió a pesar suyo.

—Lo mejor será que busques otro cubo, Jacobo; ése no lo veremos más.

Alejóse de la baranda, y ella quedó allí hecha una estatua, hasta que dejó de percibir el ruido de sus pasos. Sentía un rencor sordo contra Barba Azul, por su risa. Contra Calamar, por mandarle tal faena. Contra Bertie, por molestarla, y contra sí misma, por aturdida.

En un arrebato de mal humor, arrojó también la soga por la borda, dando un suspiro de satisfacción cuando la vio desaparecer entre las aguas.

El día no pudo ser más desdichado.

# VIII

El honorable sir Cecil Rathbone buscó inquisitivamente, por entre la puerta y la pared, pulimentadas con una especie de barniz desconocido que las hacía relucir hasta ver reflejada en ellas la imagen del visitante, algo que se asemejara a un timbre.

Llevaba cinco minutos perplejo ante la puerta de entrada del elegantísimo departamento que ocupaba Sonia Nachtesca en un moderno y suntuoso edificio de treinta pisos, cuyo decorador había abusado un poco de los espejos triangulares, de las alfombras chillonas, de los ascensores misteriosos, de los muebles estilizados y de las pinturas cubistas.

Sir Cecil dirigió su dedo, exquisitamente enguantado, hacia un bulto de la madera que quizá pudiera ser el ansiado timbre. Pero quedó decepcionado, sintiéndose en ridículo, por aquella estúpida situación que le tenía plantado ante la entrada de lo que constituía el hogar de la extradeliciosa Sonia, sin saber qué partido tomar.

El honorable Rathbone temía más que nada en la Tierra al ridículo, y aquel temor le hacía recaer continuamente en él.

Cerró los ojos, con su gesto habitual, que hacía pensar en si se habría quedado dormido, y volvió a abrirlos con aire consternado. ¡Aquellos modernismos...! Preferible era su vieja casa de «Green House», cerca de Nottingham, que databa del tiempo de los Tudor. Allí había alfombras de verdad, deliciosamente mullidas, y un aldabón en la puerta, grueso como una pera de agua.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación de júbilo al fijarse en un tulipán negro que destacaba como principal ornato. Dirigió a él su vacilante dedo, y sonrió feliz escuchando el armonioso ruido que produjo en el interior. Dentro de unos minutos estaría ante Sonia, escuchando su dulce voz y contemplando sus oscuras pupilas.

Idealizó la escena horas antes, mientras se desayunaba en la mesita del hotel con su par de huevos con tocino, almuerzo del cual el honorable no sabía prescindir, como buen inglés.

Llevóse una mano al nudo de la corbata y sujetó con la otra el artístico ramo de flores que pensaba ofrecer a la artista.

Sir Rathbone quería convencerse a sí mismo de que aquel optimismo juvenil que sentía por dentro reflejábase también en su semblante, haciéndole parecer un muchacho de pocos años.

Cierto que ya no era un niño, pero se mantenía erguido y fuerte gracias a la vida campestre. Excesivamente fuerte, por desgracia, ya que la gordura le afligía. Maldecía también de su corta estatura y de su nariz diminuta, colorada como una grosella, en medio del rostro gordinflón. Pero vestía irreprochablemente y poseía una renta cuantiosa, que jamás conseguía gastar por entero. Sin embargo, el corazón latíale violentamente ante aquella su primera aventura amorosa. ¡Si Mónica lo supiera! Ruborizóse como un muchacho, encontrando altamente desagradable el recuerdo de su tía, que persistía en venirle a la imaginación en los momentos más inoportunos.

Sir Cecil provenía de una antigua y noble familia inglesa. Su madre murió cuando él contaba quince años, y el padre no encontró mejor modo de resolver su situación que casándose con su cuñada. Cuando éste también creyó llegado el momento de morirse, la madrastra y el «sobrino-hijastro» continuaron viviendo en sus posesiones, dedicándose sir Cecil a su pasión favorita, la caza, sin sentir jamás deseos de variar de vida y casarse, lo cual agradó a la honorable Mónica, que no deseaba introducir reformas en la familia.

Multitud de años, día tras día, semana tras semana, y un mes tras otro, transcurrieron sin que el menor cambio se notase en las fincas de «Green House», del distrito de Peak. En el mundo hubo guerras, revoluciones, inventos, glorias y catástrofes, pero nada turbó la apacibilidad de la mansión. Los mismos muebles, los mismos amigos, idénticas comidas, exactas distracciones. De año en año, un viaje rápido a Londres —juntos siempre la tía y el sobrino —a presenciar una sesión del Parlamento, y otra

vez a casa, a sentarse en sus sillones respectivos y a empezar la conversación con la frase de costumbre:

—Hace frío, ¿eh, tía?

—Más hizo ayer, sobrino.

Y así doce meses más.

Sentían ambos gran afición a la política. Varios antepasados fueron miembros del Parlamento. Y, un día, la paz monacal de «Green House» fue turbada bruscamente, al llevarles un viejo amigo la noticia de que pensaban presentar también a sir Cecil como M. P.

Sir Cecil protestó débilmente, a pesar de sentirse halagado por la idea, temeroso de no estar a la altura de las circunstancias. Pero Mónica aceptó resueltamente en nombre suyo. En aquellos tiempos revolucionarios era necesario dar nuevos elementos conservadores a la vieja Inglaterra. ¡Cecil sería diputado! Ocuparía su escaño. ¡Los Rathbone siempre cumplían con su deber!

La política consiguió lo que no consiguiera cerca de medio siglo de tedio: variar sus costumbres, obligándolos durante la temporada invernal a alquilar un pequeño piso en Londres, desde donde acudirían a las sesiones parlamentarias.

La honorable Mónica, con su sombrero anticuado de color de hoja seca y su magnífico abrigo de piel de chinchilla, fue el asiduo ocupante del asiento número 6 de la Tribuna Pública todo un invierno y una primavera. Desde allí podía ver a su sobrino, con su americana negra y su pantalón rayado, el cuello planchado, excesivamente alto, y una corbata de plastrón, aplaudir cuando hablaba alguien de su partido y negar con la cabeza cuando lo hacían los del bando contrario.

Ésta fue toda la brillante intervención de sir Cecil Rathbone en el severo salón de sesiones, causando la desesperación de su tía, que hubiera querido oírle discursear, lanzando maravillosos conceptos que dejasen aturdido al adversario, poniendo el apellido Rathbone a la altura que merecía. Pero era inútil. En vano tía y sobrino ensayaban a tejer una pieza oratoria, que empezaba invariablemente: «Señores diputados: Un modesto representante de la parte más sana de la nación... quiere dejar oír su voz...»

Cuando quería dejar oír su voz, el párrafo se cortaba en seco, y ninguno de los dos honorables sabía continuar.

—Tenemos poca experiencia —observó la dama cierto día—. Deberíamos viajar y conocer mundo durante el verano. Así adquiriríamos conocimientos, y el día de la apertura del Parlamento podrías decir algo interesante. ¿No eres de mi opinión?

Sir Cecil asintió con la cabeza, gesto que le era muy familiar desde su presentación como M. P., y ambos hicieron planes. Nada de visitar Europa. Las cosas había que hacerlas bien. Irían a América. Aquello sería completamente distinto. Además, se hablaba inglés, y, como era el único idioma que ambos conocían —al igual que casi todos los habitantes de la rubia Albión —, sería más agradable poder entenderse.

Los preparativos para el viaje duraron seis meses. La honorable Mónica creía necesario llevarse recuerdos de familia que les hicieran soportable la distancia, y se dedicó a llenar los baúles de objetos absurdos y molestos.

Embarcaron en Portsmouth, en un hermoso transatlántico donde reservaron las mejores *suites*. Antes de abandonar Inglaterra, el barco haría una última escala en Plymouth, por lo que no se emocionaron demasiado, como era obligatorio al partir al extranjero, pensando que aún bordearían la costa breves horas.

Si Mónica no se emocionó al zarpar el buque, lo hizo poco después, cuando el inevitable balanceo le produjo una sensación de espantosa angustia. Varias horas pasó tumbada en la cama, con un saquito de hielo en la cabeza y pedacitos del mismo dentro de la boca, recordando con infinita añoranza su apacible «Green House», su sillón de mimbre bajo la sombra del grueso olmo, donde solía cantar un tordillo. Maldijo de su afán aventurero, y con mirada patética —no podía pronunciar palabra — abrumaba a remordimientos al sobrino, que no se apartaba de su lado, temiendo verla fallecer de un momento a otro.

Al llegar a Plymouth, Mónica recobró el uso de la palabra para decir rotundamente que no podía soportarlo y que desistía del viaje.

Sir Cecil no se atrevió a rechistar. Ella ordenó:

—Vete tú... Yo me quedo aquí y volveré por tierra a casa.

Mandó desembarcar sus cinco pesados baúles, dejando los tres de Cecil, y quedóse en el puerto agitando un pañuelo blanco, mientras el sobrino se alejaba con la angustia del niño que en el cruce de una calle perdiera la mano de su mamá.

Cuando por la noche abrió el equipaje buscando su traje de esmoquin, encontróse con la desagradable sorpresa de que Mónica se había llevado los baúles equivocadamente, dejándole los de ella, atiborrados de blancas enaguas de hilo de Holanda, calientes camisetas y floridos gorros de dormir.

Por fortuna, en el gran transatlántico pudo surtirse de todo lo necesario. Adquirió un equipo moderno y elegante, hecho a su medida por un sastre impecable.

Los primeros días apenas salió del camarote, angustiado y tímido, añorando la compañía de su «tía-madrastra». Una noche trabó conocimiento con un sujeto simpático, un empresario teatral norteamericano con el cual intimó rápidamente. Tenía el don de hacerse agradable, y Cecil lo consideró como un antiguo amigo. El americano, que respondía por el nombre de Thomas Hunter, vio en sir Cecil un millonario ingenuo cuya amistad podía beneficiarle. Empezó a notarse un gran cambio en el carácter del honorable M. P. Se hizo más jovial, no huía de la gente y pronto empezó a creer que agradaba a las damas con su conversación educada. Por primera vez pensó que no habría desperdiciado su vida lastimosamente.

Al llegar a Nueva York, Thomas Hunter siguió haciendo de mentor. Se instaló en el mejor hotel, alquiló un auto de lujo para que le esperase a todas horas y se dedicó a mostrarle la vida bulliciosa de la gran ciudad.

Cecil, que escribía diarias cartas a Mónica detallando el empleo de su tiempo, acabó por no ser tan explícito y ocultó algunos detalles poco convenientes. ¿Cómo explicarle lo que eran las *taxi-girls,* que se alquilaban para bailar como si fueran taxis efectivamente, ni tantas cosas más, que nunca comprendería?

En uno de sus paseos por entre bastidores, Cecil Rathbone fue presentado a Sonia Nachtesca, la bailarina ídolo del público. ¿Qué decir de la impresión producida en su ánimo por la belleza llamativa de la artista, su tono zalamero, como si el conocerle fuese un placer incomparable...?

Sir Cecil se preocupó de sus corbatas y de que su afeitado fuese intachable. Trató de adelgazar, y por un momento pensó en teñirse el escaso cabello gris. El temor a su «tía-madrastra» hízole desistir. ¿Qué diría Mónica cuando le viera?

—Los jóvenes son insulsos... No saben hablarnos más que de coches. Sólo un hombre maduro podría hacer despertar mi corazón —le tranquilizó Sonia deliciosamente.

Recordándolo, latía más de prisa el suyo después de oprimir el timbre de la casa. Unos días antes atrevióse a invitarla a comer en el «Plaza». Estuvo tan exquisita y atractiva, tan pendiente de su persona, que, apenas se separaron, fue a contemplarse en el espejo con cómica gravedad, queriendo descubrir los encantos que Sonia pudiera hallarle. ¿Despertaría pasiones a su edad? La duda le tuvo muchas noches sin dormir, cosa que no le había ocurrido en su vida. No quería pensar lo que Mónica opinaría de todo aquello. Desde hacía tiempo, las opiniones de su tía, que antes le parecían sagradas, iban importándole menos, sin que se diera cuenta del extraño cambio psicológico.

—¿Está la señora en casa? —preguntó, un poco confuso, a la rubia doncellita, linda como un cromo, que le abrió la puerta.

—¿Su Señoría es sir Rathbone? —inquirió la joven, que sabía dar a cada uno el trato correspondiente—. Tengo un recado que darle.

Cogió de una mesita de cristal negro un bloc con tapas de plata.

—Aquí está anotado: «Madame ruega al caballero le disculpe su ausencia y tenga la bondad de esperarla para almorzar en el "Drury Bar”.»

Sir Cecil sintióse un poco decepcionado. Tartamudeó mientras entregaba las flores:

—¿El «Drury Bar»? ¿Dónde está eso?

La doncella contuvo una risita indiscreta.

—Es un restaurante de moda, sobre el río. El chófer de Su Señoría sabrá llevarle allí.

Mientras el caballero se alejaba por el ancho corredor alfombrado, cuyos espejos reproducían infinidad de veces su rechoncha silueta, la doncella cerró la puerta, atravesó el vestíbulo rojo y negro, cruzó una enorme estancia que hacía las veces de salón y golpeó discretamente con los

nudillos la madera de una puerta, pintada de gris, que comunicaba con las habitaciones de su señora.

—*Entrez...!*

Jacqueline abrió la puerta y cerró tras de sí. Reinaba gran desorden en la habitación de Sonia, digna, por su suntuosidad, de un palacio de *Las mil y una noches*. El lecho, blanco, cubierto con sábanas de raso, estaba vacío, y la doncella dirigióse hacia el contiguo cuarto de baño, de donde provenía rumor de agua y un derroche de perfumes.

La bañera donde la bailarina francesa —de nombre o seudónimo polaco —hacía sus abluciones era una de tantas maravillas costosas que se complació en coleccionar. De cristal blanco, transparente, cuyos bordes laterales se inclinaban en forma de madreperla, y grifos invisibles, era el lugar más de acuerdo con el exotismo real o fingido de la Nachtesca.

La única nota de color la ponía el gorrito rojo con que la bañista resguardaba su cabello.

—Ha venido el caballero que madame esperaba.

Sonia levantó los ojos de la enorme pastilla de oloroso jabón que se deshacía dentro del agua.

—*Parfaitement, chérie*. Alcánzame mi capa. Voy a salir de aquí.

Aunque hablaba el inglés a la perfección, gustábale intercalar frases francesas, lo cual, en su opinión, dábale mayor encanto. Envolvióse en la felpa aterciopelada e hizo su *toilette* como de costumbre. Recién salida del agua, sin rastro de pintura en el rostro, no era tan joven como aparentaba.

Su doncella, que la conocía bien, juraba que había dejado atrás los cuarenta, aunque sólo confesase veinticinco.

—¿Irá al «Drury»? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí, madame. Dejó estas flores.

Sonia sonrió mientras pasaba sus afilados dedos por el abundante cabello, que le llegaba hasta la cintura. Sir Cecil era un hombre ingenuo, cuya amistad le interesaba. No concedía valor al dinero, y lo mismo gastaba tres libras que tres mil. En la vida actual era preciso ser práctica y no dejarse llevar por el corazón. Tenía a gala no haberse enamorado nunca. Gracias a ello, jamás dio un paso en falso, habiendo adquirido popularidad, admiradores, dinero y todas las cosas deliciosas que éste proporcionaba.

Casi vacilaron sus convicciones cuando la vehemencia de Juan María de Lezea estuvo a punto de contagiársele. Ser condesa de Lezea y tener un marido joven y guapo valía la pena. Pero primero juguetearía con su corazón hasta exasperarlo e inducirle al matrimonio.

—Vísteme de blanco —ordenó.

Vestía en invierno de colores blancos, con lo cual conseguía destacar. En verano iba de oscuro para obtener el mismo resultado.

Contemplóse con agrado en el espejo, una hora más tarde. Llevaba un grueso abrigo de paño blanco con cuello de *renard* negro y un sombrero caprichoso, blanco también. Salió a la calle satisfecha de la vida.

Su contrato, concluido dos días antes, le permitía el lujo de descansar.

Subió al *Cadillac* blanco. El tapón del radiador lo constituía una escultura de la propia Sonia en «pose» de danza. El chófer colocó en la parte trasera dos perrillos pequineses, uno blanco y otro negro, que constituían un complemento de la *toilette* de la artista, y le dejó el volante, colocándose respetuosamente detrás con *Minoux* y *Rigolo*.

A velocidad moderada, para que la gente pudiera comentar, al paso del vehículo: «¡Ahí va la Nachtesca! ¡Qué bella es...!», atravesaron las amplias avenidas neoyorquinas hasta desembocar en las orillas del Hudson y detenerse ante un edificio de dos pisos, semejante a un *cottage* inglés, en cuya puerta leíase el rótulo de «Drury Bar». Era el lugar preferido por los elegantes para exhibirse y encontrarse al mediodía.

Sonia esperaba que sir Cecil saliera a recibirla, por lo cual no pudo evitar un mohín de desagrado al no divisarle entre los concurrentes. «Ese hombre es poco *habitué*», pensó mientras ocupaba un lugar ante la mesita de madera tosca, junto a una ventana que daba al río, con el alféizar adornado con tiestos de geranios y unas leves cortinillas de batista color crema. Era molesto que la gente la viese esperando.

Sin prestar la menor atención, en apariencia, a la curiosidad despertada, abrió el bolso de ante blanco, con un grueso broche de ónix negro, y sacó la pitillera, colocando un cigarrillo en la boquilla de marfil. Miró el río, cuya agua tenía un matiz agrisado. Una barcaza cruzábalo, rodeada de remolcadores. A lo lejos oíase la sirena de una lancha carbonera que se dirigía a los muelles de descarga.

Desvió los ojos del panorama y los posó en un hombre sentado ante una mesa cercana. Reconoció a Guillermo Iradier, el amigo y compañero de Juan María de Lezea. Con expresiva sonrisa, le hizo signo de que se aproximase.

Guillermo Iradier se acercó receloso. Se estrecharon la mano con frialdad cortés.

—¿Puedes abandonar a tu amigo un instante y acompañarme a tomar un aperitivo? —ofreció la artista amablemente.

Guillermo se sentó frente a ella por toda respuesta y la miró cara a cara.

—¿Qué te parecería si nos pusiéramos de acuerdo para no perder el tiempo en trivialidades? —dijo con brusquedad.

—¿Qué quieres decir, *chéri*?

Sonia abrió mucho los ojos, expresando su absoluta falta de doblez.

—Me has llamado para preguntarme algo, ¿no? Al grano, pues.

La Nachtesca dejó oír una risita argentina y aspiró el humo de su cigarrillo egipcio.

—Eres brusco como un hombre de las cavernas. Me gustas. —Miróle con los ojos entornados, y con tono indolente preguntó —: ¿Qué ha sido de Juan María?

Guillermo pensó que Sonia era la desfachatez personificada. Tenía la osadía de hablarle de Juan María, con quien se había portado tan mal, en lugar de rehuir su recuerdo. Con cierto despego murmuró:

—El conde de Lezea se encuentra perfectamente. Satisfecho de haber dejado América y los entretenimientos que aquí le retenían. ¿Quieres saber algo más?

Sonia parpadeó, por la sorpresa, y detuvo con un gesto a su interlocutor, que hacía ademán de marcharse.

—Un momento, *mon ami*. No seas tan mordaz... ¿Dices que Juan María se ha ido?

—Eso he dicho...

—¿Adónde y por qué...?

Miró Guillermo el surco que abría en la tranquila agua del río una gabarra noruega y dijo lentamente:

—¿Por qué te interesa y qué te propones?

Sonia no respondió hasta que no hubo pedido al camarero un plato de ostras y una bebida de ginebra y limón.

—Mi interés es puramente amistoso. Siento por ese muchacho un afecto fraternal.

—Hace veinte días asegurabas que le amabas locamente.

—¿De veras lo dije? —Limpió con su fragante pañuelo el surco rojo que sus labios dejaron en la boquilla de marfil—. En realidad, creo que me sigue agradando y me gustaría saber su paradero.

—Si tu corazón bondadoso sufre temiendo que el conde de Lezea sufra por tu desvío, tranquilízate. Juan María es un hombre entero que no puede convertirse en juguete de ninguna mujer. Tus coqueterías le han hecho reaccionar de un modo distinto de como tú te figurabas. Ha comprendido que todo era un capricho pasajero y se ha ido a Europa. No a olvidar, que no lo necesita, sino a divertirse.

Un fulgor de ira pasó por los ojos de Sonia. Lanzó una carcajada falsa.

—¿Europa...? Gracias. Por lo menos, ya me has dicho algo. —Llevó a los labios la carnosa pulpa de una ostra, rociada de limón, con el mismo gesto de placer que ponía en todos los actos de su vida—. Permíteme que ponga en duda tus afirmaciones...

—Respecto a...

—A que Juan María ya no me quiere...

Esta vez fue Guillermo el que dejó oír una risa irónica.

—Eres muy bella, Sonia. No sólo bella... Fascinadora...

—Continúa. No creeré por eso que me haces el amor.

—Pero hay muchas mujeres que son también encantadoras, y Juan María es un hombre que agrada a todas...

La Nachtesca frunció las cejas.

—No me harás creer que ha puesto los ojos en otra...

—¿Por qué no?

Con graciosa jactancia dijo ella:

—Después de amar a Sonia Nachtesca, no es fácil enamorarse de otra mujer.

Por un momento, Guillermo quedó preso en el hechizo de tan sugestiva coquetería. De sobra sabía que su amigo no podría olvidarla en mucho

tiempo. Pero no quería darle la satisfacción de comprenderlo.

—La ausencia voluntaria de Juan María no indica mucho ardor —replicó sin mirarla.

—Está ofendido conmigo...

—Lo cual celebro.

—¿Por qué?

—Eres demasiado peligrosa... Y creo leer en ti claramente. Sé cuál es tu obsesión. Desde ahora te aconsejo que desistas de ella.

—No te comprendo, *mon chéri*.

—Sería bonito ser condesa de Lezea, ¿verdad...?

Sonia enrojeció y clavó iracunda sus uñas en la palma de la otra mano.

—Eres sencillamente aborrecible —le increpó sonriendo.

—¿Porque digo las verdades...? Los españoles tenemos ciertos prejuicios, de los cuales me siento orgulloso.

—¿Vas a darme una lección de historia de España?

—Sólo voy a decirte que, cuando Juan María se case, lo hará con alguna hija de familia, del estilo de su madre y de sus abuelas y bisabuelas. ¿Comprendes?

—Demasiado bien —repuso, mordiéndose los labios—. Algún día me reiré de tus palabras, cuando sea su esposa.

—¿Insistes...?

—¡Naturalmente...!

Tendióle la mano a través del florero lleno de peonías.

—*Adieu, mon ami*. No te guardo rencor. Por allí veo a mi nuevo caballero que me busca angustiosamente. No quiero hacer presentaciones; has sido poco amable.

—Lo siento —se excusó.

—Quizá no nos veamos hasta que vuelva de mi viaje.

—¿Te vas? ¿Otra vez?

—A Europa. Me sienta mal el clima de América —aclaró, sarcástica.

Guillermo ocultó una sonrisa burlona. Sabía que Juan María no pensaba detenerse en ningún puerto. No le sería fácil encontrarle.

—Temo que el de Europa te siente peor. *Au revoir*.

La Nachtesca contemplóse en un espejito mientras pasaba la borla por la nariz. Temblábanle las manos de ira. Guillermo era un impertinente... Pronto demostraría a todos que siempre conseguía cuanto anhelaba.

Aproximóse el aturdido sir Cecil, con expresión mohína, disculpándose por haber olvidado el nombre del restaurante y no haber sabido dar la dirección al chófer, teniendo que recorrer todos los salones de té de las orillas del Hudson.

Sonia favorecióle con la más sugestiva de sus sonrisas. Emocionado, eligió él tres platos de pescado, todos de truchas con diferentes salsas, y tiró al río de un codazo dos macetas de geranios.

Claramente notábase que sir Cecil Rathbone era novato en cuestión de amores.

# IX

— *Yo nací sobre una vela,*
*yo soy hijo de los mares...*

Myriam tarareaba una canción aprendida de Sinatra, mientras abría la sexta lata de guisantes en conserva. Por el portillo entraba un rayo de sol que le calentaba la cara, produciéndole un infinito gozo de vivir. Sentíase contenta sin saber por qué, como si hubiese arrojado por la borda toda clase de preocupaciones. Creía ser otra persona distinta de la muchacha desilusionada y aburrida que fuera en Nueva York. Había aprendido a hacer infinidad de cosas que antes eran un misterio para ella, tales como preparar un guisado de carne, mezclar pasta venenosa para matar ratas en la bodega, pescar sardinas con una pequeña red, etc. Sus compañeros no eran malos muchachos. Cierto que los tenía un poco a raya, en particular a Bertie, que era el más molesto, pero ninguno se atrevía a propasarse, aunque en ciertas fiestas tradicionales en los barcos tuvo que soportar sus terribles bromas. El frío del noroeste del Atlántico dejó paso a un clima primaveral. Bordeaban en la actualidad la costa francesa, a la altura de Bretaña, y continuaban descendiendo en dirección sur.

Repentinamente sonó un golpe fuerte en cubierta y a continuación unas carreras precipitadas. Asustada, dejó su tarea y empezó a subir la escalera de la escotilla. Por arriba asomó la congestionada cara de Calamar, preso de viva agitación.

—¿Está ahí el capitán? —gritó.

—¡Cómo va a estar aquí...!

—El capitán de máquinas, quiero decir. El señor conde ha tenido un accidente. Se ha roto una estacha y le ha golpeado un palo. Perdió el sentido.

Myriam no esperó a oír más. Atravesó la distancia que la separaba de la otra escotilla y bajó a la cámara de Juan María, donde éste yacía tendido en la litera, con los ojos cerrados y la cara muy pálida. Encima del hombro, una mancha roja iba tiñendo el suéter blanco y la almohada. A su lado, Blunt —única persona a bordo que entendía algo de medicina —le desabrochaba el jersey y la camisa, dejando al descubierto parte del pecho, con el hombro magullado y entumecido.

—Ayudadme alguno —dijo con voz que retumbó en el absoluto silencio.

Todos aguardaban, agrupados, con caras de susto, sin atreverse a rechistar. La mirada del capitán de máquinas fijóse en la joven, que con los ojos muy abiertos contemplaba la escena presa de viva emoción.

—Ven tú, muchacha —dijo. Y nadie se extrañó de que en aquella ocasión le diese su nombre femenino.

—¿No... no estará muerto...? —murmuró aproximándose y sintiendo un nudo angustioso en la garganta.

—Claro que no. Pero ha estado a dos dedos de ello. Si en lugar de resbalar el palo y descargar la fuerza en el hombro, le da de lleno en la cabeza, no lo cuenta. Sólo está conmocionado.

Lavó la herida del hombro y la vendó con sumo tiento, ayudado por la joven.

—No vayas tú también a desmayarte. ¿Te sientes mal?

Por toda contestación, la muchacha agitó la cabeza negativamente.

Pasó media hora angustiosa hasta que el conde de Lezea abrió los ojos, suspiró levemente y quedó sumido en un tranquilo sueño.

Pareció entonces que todos respiraban también y comenzaron los comentarios en voz baja. Blunt mandó salir a todos y se quedó con Myriam, secándose ambos el sudor que les corría por la frente.

Pero hacia el mediodía el enfermo se revolvía en estado febril. Hablaba a ratos en voz alta, murmurando cosas ininteligibles.

Habíase levantado un fuerte viento que amenazaba borrasca. Blunt tuvo que subir a cubierta a dirigir la maniobra, encargando a Myriam que siguiese en el camarote.

La joven almorzó silenciosamente en la misma mesita donde solía hacerlo Barba Azul, sintiendo una terrible sensación de desamparo al ver en

estado inconsciente al furibundo enemigo de las mujeres. A cada momento renovaba y humedecía con agua helada el paño que cubría su frente, creyendo que así precipitaba la curación. Su alegría de por la mañana habíase disipado totalmente.

«¡Qué horrible si se muriera...! ¡Tan joven, tan... guapo, tan lleno de vida!»

Aproximóse a la litera, contemplándole a su sabor. A pesar de su brusquedad, no podía por menos de encontrarle simpático. Si Archie hubiese sido así, ella jamás se hubiera metido en aventuras de ninguna clase, contenta de tenerlo por marido. En cambio, otra mujer habíale desairado.

Juan María pronunciaba palabras que la muchacha no entendía.

«Probablemente, soñará con ella», pensó acordándose de una novela leída tiempo atrás en la que ocurría una escena semejante. Quizá por un efecto de su imaginación, oyó al herido murmurar «Sonia...» repetidas veces, y ocurriósele la idea de sacar el retrato de la artista y colocarlo en la mesita, para que al abrir los ojos la viese sonriéndole. Eso le aliviaría. Con visible repugnancia —empezaba a resultarle antipática aquella mujer —lo hizo.

Tocando la mano de Barba Azul, se dio cuenta de que la tenía más fresca. Cuando intentó retirarla, no pudo. Juan María la apretaba con fuerza, y se la dejó, sin atreverse a molestarle. Sentía una extraña sensación por aquel contacto. Era gracioso tener las manos juntas cuando los dos se llevaban como perro y gato.

—Sonia...

Esta vez le oyó claramente. Murmuraba el nombre de aquella mujer. Verdaderamente, le resultaba odiosa. ¡Cuánto la amaba!

—¿Qué quieres? —se atrevió a decir a media voz.

—Sonia... Me duele la cabeza. Dame un beso.

Quedóse de piedra. Pero no vaciló. Inclinándose, rozó su frente con sus labios. Así había ocurrido en la novela y, por virtud del beso, el enfermo mejoraba.

Pero no siempre ocurría en la vida real lo que en los libros..., viose forzada a pensar, horas después.

Aún no se había repuesto de la turbación sentida al respirar tan cerca el agradable perfume de sus cabellos, cuando se dio cuenta de que Juan María acababa de abrir los ojos y la miraba con expresión atónita.

—¿Qué hace usted?

Tratábala de usted, como si en aquel momento no viese en ella a Jacobo el marinero.

Sintiendo que enrojecía hasta la raíz del cabello, respondió:

—Na... na... nada... No hago nada.

—Según a lo que usted llame nada.

Volvía a ser Barba Azul. Su mirada era dura como siempre. Intentó incorporarse. Haciendo un gesto de dolor se dejó caer de nuevo sobre las almohadas.

—¿Qué me ha pasado? —interrogó al cabo de un segundo.

—Un accidente. Creo que un palo le ha golpeado, hiriéndole en el hombro y produciéndole una pequeña conmoción.

No hizo ningún comentario, intentando recordar lo sucedido.

Myriam seguía inmóvil como una estatua, odiándose a sí misma por haberse dejado llevar de su buen corazón, lo que hizo que Barba Azul la pillase en situación ridícula.

Contemplóle de reojo y vio que su vaga mirada adquiría expresión colérica, fijándose en un objeto determinado: ¡el retrato de Sonia Nachtesca!

—¿Quién ha sido el estúpido que ha puesto eso ahí?

Con un hilo de voz respondió:

—Yo...

Parecía tan trastornado, que Myriam se asustó.

—¡Tú tenías que ser! ¡Cógelo, quítalo de mi vista y tíralo al agua...!

Myriam obedeció rápidamente —más rápidamente de lo que Juan María hubiera deseado, no dándole tiempo a revocar la orden—. Subióse en el sofá y por el abierto portillo arrojó el retrato, lo mismo que lo hiciera antes con la pipa, con gran satisfacción.

—¿Qué has hecho, necio? —rugió exasperado.

—Obedecerle...

—¡Vete de aquí si no quieres que te estrangule!

Sus ojos lanzaban chispas. Guardó silencio, oculta en un rincón, y llegó a creer que el enfermo dormía, pero al cabo de un gran rato habló de nuevo:

—¿Qué haces...?

—Le cuido a usted.

Otra pausa. Sin duda deseaba preguntar algo, sin saber cómo hacerlo.

—He debido de decir tonterías delirando... Me parece que he hablado mucho...

—Un poco solamente.

—Lo suficiente para que te creas en la obligación de colocar una fotografía sobre mi mesa.

Myriam comprendió su indiscreción.

—Creí que su vista le aliviaría.

—Creíste mal.

—Perdóneme. De todos modos, nadie le ha oído más que yo. Y yo opino que el estar enamorado demuestra... grandeza de alma.

La mirada que le dirigió habría asustado a otra menos acostumbrada a ellas que Myriam.

—Guárdate tus opiniones —concluyó secamente.

Volvióse de espaldas. Al poco rato diose cuenta de que estaba otra vez descansando.

Blunt fue repetidas veces a enterarse del estado del herido. Le puso una inyección, notándole el pulso débil. Dejó encargado que le siguiera velando durante la noche.

Amenazaba galerna. Blunt sólo podía hacer una visita de cuando en cuando. Myriam cenó, y se distrajo en la lectura de unos libros hasta bien entrada la noche.

Persistía en su imaginación el recuerdo de la mirada de Juan María cuando le besó en la frente. Pedía a Dios que lo hubiese olvidado o lo creyera producto de su imaginación.

—Jacobo...

Incorporóse de un salto.

—¿Cómo se encuentra, mi capitán?

—Mucho mejor.

Sirvióle un tazón de caldo, que él bebió sin decir palabra.

—Puedes marcharte —dijo después de un rato—. Ya no necesito de nadie. Vete a dormir.

—De ningún modo. El capitán Blunt me ha encargado que no me mueva.

—¿También te encargó Blunt que me besases en la frente?

Sofocóse, confusa.

—Usted lo pidió...

—¡Yo...! —Parecía más despejado y de nuevo usaba el tono mortificante de siempre—. ¡No vayas diciendo por ahí que yo pido besos a los marineros...!

—Dijo usted: «Sonia, dame un beso...»

Ahora fue él quien se sintió confuso.

—Creí que te llamabas Jacobo.

—Pero tengo buen corazón. Usted pedía un beso, y quise tranquilizarle. Fue un impulso maternal.

—No creo que a Jack, a Bertie o a Sinatra se les hubiera ocurrido hacer otro tanto.

Myriam se sintió herida en su vanidad de mujer.

—Al fin y al cabo, es usted quien debería darme las gracias.

—¿De veras...? ¡Gracias, Jacobo! Pero otra vez domina tus impulsos maternales.

—¡Es usted...! —dominó la frase dura que se le escapaba—. No creo que le haya resultado tan desagradable.

—Ésa es una presunción equivocada.

«Odioso —pensó, indignada—. ¡Que un hombre me humille de esta manera es insoportable!»

—También me cogió una mano y yo no dije nada, aunque me pareció repugnante —respondió, con los puños crispados por la ira.

—Entonces, tendrás que darme las gracias como he hecho yo con tu... impulso maternal.

—No es lo mismo.

—¿No? A mí me parece idéntico.

«No es que yo crea que todos los hombres tienen que enamorarse de mí —pensó el desdichado Jacobo—. Pero el que le dé tanto asco mi beso es

demostrar que me encuentra sin atractivo, que ve en mí un verdadero hombre, una especie de Bertie, más flaco y más feo. ¡A mí, a quien las revistas mundanas llamaban "la maravillosa prometida de Archibald Canfield"...!»

Con los ojos chispeantes repuso:

—Hay muchísimas personas que darían algo por un beso mío.

—¿Sí? ¡Qué suerte tienes! ¿Y has dado muchos?

—No soy de esa clase de chicas... Además, yo no le he besado a usted. —Hablaba precipitadamente, queriendo apabullar al enemigo—. Ha sido una caricia, lo mismo que podía habérsela hecho a un gato enfermo.

—Te agradezco la comparación. Pero si quieres agradarme, guarda tus caricias para los animalitos desdichados. No las malgastes en mí.

Hubo una pausa. Cuando Juan María habló de nuevo, su voz tenía ecos distintos.

—Naturalmente, hubieras preferido que yo fuese un tenorio, dispuesto a hacerte el amor.

—Nunca lo he deseado —desmintió con energía.

Pero él no hizo caso.

—Y como ves que no te concedo más importancia que... al gato enfermo que nombrabas hace un momento, tu odiosa coquetería de mujer se revuelve indignada.

—¡No es cierto! Yo no necesito mendigar amor. Y menos de un hombre que me disgusta tanto como usted. ¡Cualquier marinero me resultaría más agradable! Pero soy una chica decente... Sólo que he tenido la desgracia de caer en poder de un Barba Azul.

—¿Barba Azul?

—Eso es usted para mí. Un hombre al que se mira con horror. Ya sé que por decirle esto me desembarcará en el primer puerto, pero lo mismo me da. A Nueva York no he de volver.

—¡Volverás por cuenta de la policía!

—¡¡Me mataré!!

Los nervios de Myriam llegaron a su más alta tensión. Se dejó caer en un sillón, bañada en lágrimas. Se quitó la boina de un manotazo y los cabellos rubios cayéronle sobre los hombros.

Juan María la contempló, sin saber qué hacer. Las lágrimas le impresionaban siempre. Temió haber sido cruel con aquella chiquilla. Quizá no fuese tan frívola como pensaba.

—¡Jacobo! —llamó.

Pero Jacobo seguía acongojado, vertiendo lágrimas y lanzando suspiros entrecortados.

—¡Jacobo...! Ven aquí.

Myriam denegó con la cabeza.

—¿A qué vienen esas lágrimas? Los marineros no lloran. Y tú eres un buen grumete.

Hubiera querido incorporarse y sacudirla, pidiéndole que cesase en aquellos sollozos, que le producían una sensación indefinible.

—¿Puedes decirme por qué lloras?

Un sonido ininteligible dejóse oír bajo las manos que ocultaban el rostro.

—¿Qué dices?

—¡Lloro por... no sé por qué...!

Rió Juan María. Suavizó aún más su tono.

—Creo que estamos un poco nerviosos los dos. Olvidemos esto. Vete a descansar.

Myriam se levantó, con las mejillas húmedas. Recogió su boina y se dirigió a la puerta.

—Diré a Jack que venga —murmuró con voz ahogada.

—Como quieras. —Detúvola con un gesto cuando iba a salir—. Perdona, Jacobo. Me he portado mal contigo, que me has estado cuidando tan amablemente. No me guardes rencor.

—No se lo guardo... —balbuceó.

Cuando iba a cerrar, oyó la última frase de Juan María:

—...Y si te he de decir la verdad, no me resultó tan desagradable tu... impulsó maternal.

# X

— Aquello es España.

Estas sencillas palabras, dichas escuetamente por Blunt, llenaron de emoción al conde de Lezea. Contempló con una extraña tirantez en la garganta las manchas oscuras que se dibujaban a lo lejos y que constituían el primer pedazo de su patria, que no veía desde hacía dos años. Enfiló los prismáticos. El perfil de la costa era apenas visible, pero bastó aquella línea oscura para llenarle el alma de un anhelo inmenso.

—Creo que no podré pasar de largo —murmuró—. ¿A qué altura estamos, Blunt?

—Aquel pico es Finisterre —respondió el aludido—. Esta noche podríamos estar en La Coruña, navegando a vela.

—Ponga rumbo a San Sebastián. Quizá nos detengamos allí varios días.

La familia del conde de Lezea era oriunda de Guipúzcoa. En la actualidad sólo quedaban de ella dos hermanos del conde, destinado uno de ellos en la Embajada española de Italia, y marino de guerra el otro. No esperaba verlos, pero tenía viejos amigos y algunos parientes, junto con los recuerdos queridos, que le atraían hacia allá. La atracción de España era fuerte después de tan larga ausencia.

Paseó por cubierta, gozando del aire marino. Brillaba el sol en el agua, formando en los remolinos de la corriente destellos semejantes a barras de oro.

El hombro apenas le dolía. Sentía la cabeza despejada y serena como nunca.

«Paz y soledad, lo mejor para aliviar penas», se dijo.

Apoyóse en la borda. Había marejadilla y agradábale ver la espuma chocar contra los costados del velero. Una bandada de gaviotas pasó,

anunciando la proximidad de tierra. Volaban muy bajo, y se distinguía a simple vista la blancura de los pechos, contrastando con las alas, grises.

Sentía gran satisfacción interior ante la modificación de sus planes. Pasaría quince días en San Sebastián. Luego, otra vez a navegar. Asaltóle una duda repentina. ¿Qué haría con Jacobo? ¿Lo desembarcaría y lo entregaría al cónsul, o bien lo retendría a bordo hasta su vuelta a Nueva York?

Encendió un cigarrillo distraídamente. Pero... ¿volvería a Nueva York? ¿No sería preferible pedir un cambio de destino y marcharse a... Berlín, a París, a donde fuera? No podía cargar con la responsabilidad de tener a su cargo a una muchacha.

Quizá fuese una ladronzuela que huyera del peso de la ley. Desechó tal idea en el acto. No... Seguro estaba de que no había cometido nunca un delito de esa especie.

Divisó a la chica sentada al extremo de popa. Tenía ante sí un cesto de patatas que mondaba con rapidez. Miróla distraídamente, sin que ella le advirtiera.

Parecióle completamente vulgar, con su boina encasquetada, su piel curtida por el sol, un horrible jersey que le venía muy grande y los pantalones de dril oscuro. ¿Qué clase de alma encerraría aquel esperpento original? Pocas mujeres habrían consentido en vestirse de aquella guisa, sin la menor coquetería.

Frunció el ceño contemplando a Bertie, el contramaestre, que se dirigía hacia ella sonriendo con extraña expresión. No divisando a nadie, se inclinó, intentando abrazarla.

Vio cómo Myriam se levantaba con la rapidez del relámpago y le propinaba un soberbio bofetón antes de que Bertie tuviera tiempo de ponerse en guardia. Cuando volvió de su sorpresa, la cogió por las manos y la atrajo hacia sí bruscamente, aprisionándola entre sus brazos, sin que pudiera desasirse a pesar de sus esfuerzos.

—Una fierecilla, ¿eh? —gruñó riendo—. Creí que tenías mejor carácter. Ya te acostumbrarás. ¡Eh! Quietos los puños. No me estropees la nariz.

Quedóse lívido al sentir sobre su hombro el peso de la mano de hierro de Juan María.

—Dispense, mi capitán —balbuceó confuso, soltando a Myriam, cuyos labios parecían descoloridos, casi blancos.

Juan María alejóle de un empellón y dijo secamente:

—Vete abajo. El capitán Blunt te ajustará las cuentas.

—Yo querría explicarle, señor conde...

El joven hízole callar con un ademán.

—Vete he dicho. Ya dirás más tarde lo que tengas que decir.

Alejóse Bertie con la amarga sensación de haber cometido una estupidez.

Juan María y Myriam quedaron frente a frente, mirándose, sin proferir palabra. Fue él quien rompió el silencio. Cruzándose de brazos, murmuró en tono mordaz:

—Tratándose de ti, la cuestión «besos» tiene siempre que estar sobre el tapete.

—Yo no he tenido la culpa —se excusó.

—La he tenido yo.

—¿Usted?

—Yo, por consentir que siguieras a bordo y por haber inventado esta farsa que sólo podía resultar mal.

Bajó la cabeza, mirando desolada el cesto de patatas a medio mondar.

—Es lógico —continuó Juan María —que un marinero que lleva treinta días sin ver mujeres se atreva a molestar a la que tiene cerca. Lo raro es que no haya ocurrido antes.

Myriam guardóse bien de decir que había tenido que estar siempre en guardia para librarse de las asiduidades del contramaestre, e incluso del propio Jack, que no podía evitar la tentación de cogerle la mano cada vez que le hablaba.

—Pero se ha terminado. No quiero más disturbios entre mi gente. Dentro de un par de días fondearemos en San Sebastián, donde desembarcarás. Te daré algún dinero para tu viaje de vuelta. Si no quieres aceptarlo como regalo, puedes tomarlo a guisa de préstamo.

Seguía ella sin responder, aunque pendiente de sus palabras.

—Mientras llegamos a tierra, harás la obligación de Jack, es decir, cuidarás estrictamente de mi servicio, evitando el mezclarte con la

marinería. Comerás en tu camarote —concluyó el capitán Barba Azul—. Ya lo sabes.

Alejóse de su lado, y Myriam volvióse de cara al mar, para que él no advirtiese los gruesos lagrimones que pugnaban por escapársele. Si la veía, diría que era una llorona. Acodóse en la borda, mirando al agua con enorme desaliento. Dentro de dos días acabaría aquella aventura. Barba Azul desaparecería de su vida, sin saber quién era la chica que vivió un mes junto a él. Se llamó tonta por sentirse acongojada. Al fin y al cabo había conseguido lo que deseaba: alejarse de América y deshacer su casamiento. Lo demás era secundario. No quería confesarse que le resultaba extrañamente doloroso dejar de ver la cara morena con gorra de visera y el jersey ajustado que señalaba la anchura de sus hombros. Cierto que siempre que la miraba o le hablaba hacíalo con dureza. Quizá por eso mismo le agradaba. Repugnábanle los hombres que andaban tras de cualquier mujer. De haberle hecho el amor abusando de su situación, habríale odiado. Pero al verlo tan indiferente, tan ensimismado, tan herido por su desengaño, resultóle interesante. Se hizo la ilusión de que al final la vería con su atavío femenino, llegando a encontrarla linda; entonces le revelaría su personalidad y probablemente cambiaría el tono seco por otro amable.

Pero si todo concluía tan pronto..., ¿para qué decirle nada? Era mejor ser para su recuerdo únicamente Jacobo, el marinero inútil y ridículo, con el que siempre discutía.

Al llegar a este punto, Myriam ahogó un sollozo y secóse las lágrimas con el dorso de la mano.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

— Si no coméis de prisa, muchachos, no habrá tiempo de hacer una digestión plácida. Amenaza galerna. Son muy frecuentes en el golfo de Vizcaya.

Calamar hizo esta advertencia desde la cocina a los marineros sentados a la mesa, mientras tendía a Myriam la bandeja con la comida del capitán.

—Ten cuidado, Jacobo; no vayas a tirarlo todo con el balanceo —advirtió—. He hecho una estupenda salsa para las setas en conserva.

Sonrió la joven y subió a cumplir su nueva obligación. Desde el día anterior, en que Juan María le advirtió que tenía que ponerse a su servicio, había estado atendiéndole, y sentíase mucho más a gusto con el nuevo trabajo. Lástima que concluyese tan pronto. Al día siguiente fondearían en San Sebastián. Divisábanse perfectamente los rompientes de la costa guipuzcoana, que de lejos aparecían en todo su esplendor.

—La comida, mi capitán —anunció disponiendo el servicio sobre la mesa.

Barba Azul leía. Sin levantar los ojos del libro, varió de asiento y empezó a comer, prestando muy poca atención a los platos.

«¡Si Calamar supiera lo poco que aprecia sus salsas...!», pensó, divertida.

Retiróse a un lado discretamente, atendiendo a sus menores deseos. Antes de que concluyese de vaciar su vaso de agua, lo llenaba de nuevo. Poníale el pan bajo la mano cuando él, sin querer perder el hilo de la narración, tanteaba buscándolo. Un sinfín de detalles de los cuales el conde de Lezea se daba perfecta cuenta en medio de su fingida distracción.

Por el portillo abierto veíase el mar, que adquiría un tono plomizo. El cielo también se oscurecía y el viento producía un silbido singular al pasar por entre las jarcias.

La pilló desprevenida un fuerte balanceo, haciéndola caer sentada sobre un sillón. Juan María levantó los ojos del libro.

—¿Qué sucede?

—Nada, mi capitán. Hay galerna.

Se oían sobre cubierta las carreras y las voces de los marineros, prestos para la maniobra de arriar velas.

—¿Galerna? —dijo con entusiasmo—. Es típica de esta tierra. Voy a ayudar a capearla.

Myriam le detuvo con inquietud.

—Mejor sería que no hiciese esfuerzos. Su hombro no está bien del todo. Puede venir un retroceso.

Juan María la apartó impaciente, y en el mismo instante el velero tuvo una inclinación tan pronunciada que Myriam perdió el equilibrio, cayendo cerca de la mesa, golpeándose con un pico. Todo el servicio de la comida se

fue también al suelo. El propio Juan María tuvo que asirse a la puerta para no caer.

—¡Jacobo! —gritó, asustado—. ¿Te has hecho daño?

Jacobo sólo tenía un ligero chichón, pero un diablillo maligno obligóle a no contestar.

—¡Jacobo!, ¿qué te ha ocurrido?

Se aproximó, agarrándose a los muebles. Myriam cerró los ojos al ver que se arrodillaba a su lado.

—¡Jacobo! ¡Contesta!

Myriam guardó silencio. Él le dio ligeros cachetes en las mejillas.

—Está sin sentido —pensó en voz alta—. ¡Pobre chiquilla!

La despojó de la boina y empezó inconscientemente a desabrochar el jersey. Ante el primer botón se detuvo perplejo, variando de opinión. Sin saber qué hacer, la abanicó con la mano y por último la levantó en vilo, con intención de llevarla a la litera. Otro fuerte balanceo le hizo caer sentado en una silla, con Jacobo entre los brazos. Por casualidad, la cabeza de la muchacha; libre de la boina que le ocultaba y oprimía los rizos, recostóse sobre su pecho.

No podía sospechar lo precipitadamente que latía el corazón de Myriam, completamente dichosa con aquel apoyo.

La miró. Tenía unas pestañas muy largas. Las facciones delicadas...

Diose cuenta, de pronto, de la violenta situación en que se hallaba, hundido en el sillón con ella encima. Si alguien entrase repentinamente, pensaría lo peor...

Intentó levantarse. El movimiento del velero, cada vez más pronunciado, y el peso de la muchacha se lo impidieron. Volvió a caer sentado y creyó ser objeto de una alucinación al darse cuenta de que los brazos de Jacobo se aferraban a su cuello.

Al igual que una vez lo temió Myriam, Juan María repitió:

—¡No se habrá muerto...!

La idea le sobresaltó tanto que le dio fuerzas para llevarla a la litera sin tropezar, depositándola como un objeto delicado. Cogió su mano, alegrándose de encontrarla caliente.

Myriam creyó prudente abrir los ojos. Suspiró. Aún retenía su mano el capitán Barba Azul, y se la oprimió con fuerza al verla revivir.

—¡Jacobo...! —Le daba aquel nombre odioso que ocultaba todos sus encantos—. ¡Gracias a Dios que no ha sido nada grave! ¿Qué ha pasado?

En sus ojos se leía una sincera inquietud, que hizo feliz a la muchacha. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Me he golpeado con el pico de la mesa y he quedado un poco atontada.

En su aturdimiento, no hablaba como Jacobo, sino como una mujer.

—¿Qué es esto? —se asustó el muchacho viendo una mancha oscura en su jersey—. ¿Sangre?

—No..., salsa de setas... —aclaró.

Y ante lo cómico del caso, ambos lanzaron una carcajada.

Era la primera vez que veía reír a Barba Azul. La risa le rejuvenecía, haciéndole parecer un chiquillo.

—¡Demonio! ¡Qué susto me has dado! —dijo alegremente—. ¿Puedes ponerte de pie?

—Claro que sí —respondió, haciéndolo de un salto.

—Pues ven arriba conmigo y contemplarás el espectáculo grandioso de la galerna.

Jamás olvidaría Myriam la vista del mar enfurecido, contemplado a su lado. Las enormes olas entrechocaban, y el abrazo violento producia una inmensa nube de espuma que los empapaba y les llenaba la boca de sabor a sal. El viento retumbaba como una orquesta de trompetas desafinadas. A este ruido y al rugir del agua se unían las voces de mando de Blunt, con un gorro de hule metido hasta las orejas y todo el aspecto sereno de un lobo de mar. Los marineros trepaban por los palos, con inminente riesgo de romperse la crisma. Vio con angustia cómo Juan María subía con ellos, con la agilidad de un perfecto gimnasta. Una jarcia habíase enroscado y se balanceaba agitada por el fuerte viento, dando peligrosos latigazos. Estuvo a punto de gritar de angustia cuando le vio subir en aquella dirección para intentar cogerla. Si vacilaba o perdía el apoyo, se estrellaría contra el suelo. Siguió con el alma puesta en los ojos sus menores movimientos. Juan María se agarraba al palo mayor con una sola mano y extendía la otra para agarrar

la cuerda cuando pasase por delante. La gruesa jarcia pasó dos veces ante él, sin que pudiera alcanzarla. A la tercera la agarró por fin, y hubo un momento en que pareció que su fuerza le arrastraba. Apretóse contra el palo, dio dos vueltas a la soga alrededor de éste y, dejándose deslizar por ella, puso al fin los pies en la cubierta, con tranquila serenidad.

—¡No debió hacer eso, señor conde! —le recriminó Blunt—. Era muy peligroso.

—Lo mismo vale una vida que otra, Blunt —replicó con sencillez.

Myriam nada dijo, porque no podía hablar, de emoción. Sus miradas se cruzaron casualmente, y había tal intensidad en los ojos del muchacho, que Juan María sintió un desasosiego inexplicable, que no sabía si le agradaba o le disgustaba y que le impelió a alejarse bruscamente.

# XI

Una gran soledad invadió a Myriam cuando bajó por la pasarela y abandonó para siempre el velero *Barba Azul.* Alejóse sin volver la cabeza, metiéndose por un laberinto de callejuelas desconocidas.

Hacía dos horas que el yate fondeó cerca del Club Náutico y sólo había transcurrido una desde que Juan María la mandó llamar para despedirse. Había dejado su suéter y su gorra de visera e iba correctamente vestido de gris. Recibióla afablemente, entregándole su sueldo de un mes. Myriam no quiso aceptar nada más.

—Escucha, Jacobo —dijo en el tono más cordial que empleara hasta entonces con ella—. Hemos pasado juntos una temporada y podemos despedirnos como buenos amigos, olvidando nuestras desavenencias. No tengo queja de ti y no quiero perjudicarte. Si no deseas regresar a Nueva York, haz lo que gustes de tu persona. Yo me desentiendo del asunto.

Myriam asintió, incapaz de pronunciar palabra.

—Sin embargo..., como eres muy joven, me da pena dejarte abandonada en un lugar desconocido. Si necesitas algo, acude a esta dirección.

Tendióle una tarjeta con unos renglones escritos.

—Otra cosa. Aunque a mí no me incumbe, quisiera darte un consejo... No hay..., no tiene... —vaciló, sin saber cómo expresar su idea—. El mayor mérito de una muchacha es el de ser honrada y digna, ¿comprendes...? Recuerda siempre esto. Espero que tu comportamiento sea correcto. En caso negativo, tendré que ponerte en manos del cónsul, para que te reintegre a tu país y a tu lugar...

—¿Ya no le veré más? —fue lo único que supo decir su interlocutora.

—Espero que sí. San Sebastián no es muy grande y nos encontraremos alguna vez.

Impulsivamente, Juan María le tendió la mano.

—Adiós, Jacobo. Me marcho a tierra. No te quedes a bordo mucho tiempo. Buena suerte.

Viole partir, ansioso de poner pie en tierra, y lentamente se dirigió a su camarote, encerrándose en él. Contempló aquellas cuatro paredes como si las viera por vez primera. Había vivido momentos intensos, pero todo concluía... Despojóse de la boina y la tiró al suelo con rabia, lo mismo que las botas, sacando del armario la ropa que llevaba la noche de su escapatoria con Dundley. Vistióse velozmente, deseando aturdirse para no sentir aquella dolorosa angustia en el corazón.

Se encasquetó el pequeño fieltro gris y salió con ligereza, deseando que la marinería no la viese vestida de muchacha.

Así abandonó el yate del conde de Lezea. Atardecía. En el puerto, las pescaderas aguardaban con los cestos vacíos la llegada de las barcas rebosantes de carga. La temperatura era deliciosa en aquella quincena de julio.

No sabía a dónde dirigirse ni qué hacer. Lo principal era buscar alojamiento antes de que se hiciera de noche. Luego ya decidiría. No volvería a América aún. No quería marcharse mientras estuviera Juan María en San Sebastián. Creía que éste le había pagado con exceso su trabajo. Parecíale mucho dinero aquellos dólares que le había dado, a ella, a la muchacha que pudo manejar millones. Con el cambio resultaría gananciosa... Y después... podría telegrafiar a la «Imponente Abuelita» para que le enviase el precio del pasaje, aunque siempre tropezaría con el mismo inconveniente de la falta de documentos. Lo mejor sería quedarse en España unos cuantos meses. Luego se presentaría en el Consulado, cuando ya Archie hubiera perdido las esperanzas de hallarla.

Caminaba lentamente, como una turista desocupada. Sentóse en un bar del barrio de pescadores y pidió una taza de café.

—¿No sabe dónde podría encontrar una habitación para alquilar? —preguntó en correcto español al camarero.

—Sí, señorita —la informó amablemente—. Todavía está empezando la temporada y hay mucho sitio desocupado. Pero por poco tiempo, no crea. Todos los días llegan trenes abarrotados de veraneantes. ¿Es usted forastera?

Myriam asintió sonriendo.

—Desearía una habitación económica, en una casa seria —concretó.

—Yo tengo una prima que alquila una muy hermosa. Sin lujos, pero con un balcón con vistas al mar.

—¿Quiere darme la dirección? Iré a verla.

Dirigióse allá, siguiendo las instrucciones recibidas. Calle del Puerto, número... Enfiló la que desembocaba en él. Tenía un arco en el centro y edificios antiguos a los lados. Pronto encontró lo que buscaba. Era una casa de buena apariencia, con amplio portal y escalera de madera encerada.

Oprimió el timbre del piso segundo, sintiéndose animada. Deseaba concluir pronto aquella cuestión.

La recibió una mujer de mediana edad, cabellos grises, bajita y gruesa, introduciéndola en un comedor espacioso que hacía las veces de sala. Myriam le expuso su deseo. Pareció encantada cuando supo que iba de parte de su primo el camarero, y empezó a contarle una larga historia de familia en la que el primo resultaba una especie de ángel tutelar. Myriam no pudo evitar una sonrisa ante la verbosidad de la buena mujer. Parecía simpática y bondadosa, y aun sin ver la habitación decidió quedarse allí. Al mostrársela, afirmóse más en su deseo. Era espaciosa y confortable, con una cama pequeña, un armario de luna, un tocador excesivamente cargado de *bibelots* y un cómodo sillón delante del balcón, por el que se divisaba un trozo de mar. El precio era relativamente moderado, teniendo en cuenta que la manutención corría a cargo de la dueña, como todos los cuidados de la ropa, por lo cual aceptó.

Hubo un momento violento cuando doña Enriqueta —así dijo llamarse —pidió sus documentos.

—Mi nombre es Myriam Smith. Sí... Myriam Smith —deletreó—. Soy americana, pero hace tiempo que vivo en España. No tengo documentos que mostrarle, pero dentro de unos días le traeré un certificado de buena conducta, firmado por el señor conde de Lezea, en cuya casa he estado trabajando.

¿Fue la honrada fisonomía de la muchacha, el nombre del conde de Lezea o el recuerdo del primo lo que hizo que doña Enriqueta aceptase

encantada? Como resultado, Myriam se instaló y pagó un mes por adelantado.

—¿No trae equipaje? —preguntó con recelo.

—¿Mi equipaje...? Ah, sí... Lo he dejado en casa de una amiga. Ahora iré a recogerlo.

Salió de nuevo a la calle, decidida a adquirir unas cuantas cosas necesarias. Llegó frente a un gran edificio, que resultó ser el antiguo Casino, cuya terraza lindaba con un parque florido, lleno de gente. El sonido de una música llegó hasta sus oídos y sintióse contenta repentinamente. Subió por el amplio bulevar, a cuyos lados se abrían tiendas modernísimas exhibiendo objetos de exquisito gusto.

Volvió a casa, una hora después, con una flamante maleta, a medio llenar. Tomó posesión de su cuarto y empezó a instalarse. Recogió los cachivaches del tocador, dejando sólo un par de los más bonitos, y puso encima los frascos del *nécessaire* recientemente adquirido. En el armario colocó la ropa interior, y rogó a doña Enriqueta que le preparase un baño.

Poco después, bañada, vestida, perfumada, con los labios ligeramente retocados de *rouge,* el rubio cabello fuertemente cepillado hasta arrancarle reflejos de oro, y las uñas teñidas de un rojo delicado, sentábase en el sillón, cara al mar, esperando la hora de la cena. Parecíale un sueño cuanto le ocurría. Oía los rumores de la calle, las voces claras, con el agradable acento español, un eco lejano de música. Saboreó la sensación de misterio de la ciudad desconocida.

—¿Puedo pasar?

Doña Enriqueta, con los carrillos sofocados por el calor del fogón, más gruesa que nunca con su amplio delantal blanco, avanzó hacia ella.

—Perdonará que esta noche no le sirva la cena en su cuarto. No tengo mesa pequeña. Mañana traeré una del caserío. Mientras tanto... ¿le molestaría cenar con nosotros en el comedor? Sólo estamos mis hijos y yo. Mi chica trabaja en una sastrería; Ramoncho, el peque, está de botones en el hotel «Gala Imperial».

—Los acompañaré con mucho gusto —repuso amable.

—Pues dentro de un momento la avisaré para sentarnos a la mesa.

Cuando, al cabo de un rato, entró en el comedor, viose saludada por una muchachita morena, de ojos saltones, boca curvada y la cabeza llena de ricitos. Ramoncho, que apenas contaría catorce años, era un montón de pecas y cabellos rubios. Le sonrió con su grande y expresiva boca, cambiando una mirada divertida con su hermana, con la inevitable sensación de risa que produce a los chiquillos cualquier novedad.

—Siéntese, señorita —le suplicó doña Enriqueta—. Aquí estamos en familia, y me gustaría que usted se sintiera a gusto.

Sonrióse oyendo a la chica decir a Ramoncho en voz baja:

—¡Qué guapa es...! Parece de cine.

Alegróse de que la encontrasen guapa. La glacial indiferencia de Juan María hízola creer que carecía del menor encanto. Mientras comían, escuchaba sus charlas. Poco a poco empezó a reinar la cordialidad. Hizo preguntas sobre la ciudad, a las que ellos respondían complacidos. Agradóle la comida, sencilla y abundante, acostumbrada a los cargados guisos de Calamar. Por un momento se hizo la ilusión de que ella era también de la familia, de que tenía una madre y un hogar acogedor. Inconscientemente, prestó atención a lo que Ramoncho decía:

—En lugar de estar cosiendo desde las nueve hasta las siete de la tarde, para ganar tan poco, podías colocarte en mi hotel. Ganarías más, trabajando menos...

—¡Qué cosas tienes, pues! —comentó su hermana—. ¿Qué voy a hacer yo en el «Gala Imperial»? ¿Camarera o así?

—Esta tarde se ha despedido una de las telefonistas. La que se casa el domingo.

—La niña no sabe manejar centralillas telefónicas —intervino la madre —. Además, tendría que hacer turnos de noche, y está delicada...

—¿Dices que ofrecen una colocación en tu hotel?

Ramoncho contempló a Myriam, extrañado de su interés.

—Sí. Una de las telefonistas se ha ido. *Mi* hotel es lujosísimo. Hay varias empleadas para turnar en la centralilla —concluyó dándose importancia y acentuando el posesivo.

Levantóse la muchacha, sin concluir de tomar el pescado.

—Pero... ¿adónde va, señorita? —interrogó doña Enriqueta con la boca abierta.

—A pedir el puesto —aclaró Myriam encasquetándose el sombrero—. Estoy sin trabajo y necesito ganar dinero.

Sin detenerse a explicar más, salió como un torbellino, dejando a todos mudos por el asombro.

Cuando se halló en la calle, iluminada por los focos eléctricos y la luz de la luna, recordó que no había pedido las señas del hotel. Supuso que estaría en el barrio elegante, y echó a andar en dirección a las calles que había recorrido al hacer sus compras.

En la avenida, la gente se sentaba en las terrazas de los cafés y paseaba en coches lujosos. Dobló la esquina y frente a la playa empezó a divisar los grandes hoteles: «Londres», «Continental»... Más lejos vio un edificio brillantemente iluminado y apretó el paso con la seguridad de que allí estaba lo que buscaba. Al aproximarse divisó sobre la verja del jardín un letrero luminoso que cambiaba de color: «Hotel Gala Imperial».

Atravesó el jardín, con sus paseos orlados de tamarindos y sus arriates de césped recortado. Divisó una alta escalinata, sobre la que se asentaban varias columnas de mármol oscuro. Al fondo destacaba la gran puerta giratoria de cristales. Un conserje uniformado con librea blanca y cordones dorados semejaba un príncipe de opereta.

Encontróse en el vestíbulo inmenso, provisto también de columnas de mármol oscuro, lujosamente alfombrado, con las paredes exquisitamente decoradas, luces indirectas, jarrones de flores y macetas de palmeras. Su hábito mundano hizo que no se sintiera sobrecogida. Del fondo del vestíbulo partía una escalera dividida en dos que se unía, en el primer piso, con una balaustrada artística digna de un palacio imperial.

—Desearía ver al director —indicó Myriam al caballero, elegantemente vestido de chaqué, que acudió, solícito, a recibirla.

—Yo soy, señorita. —El porte distinguido de la joven hízole creer que se trataba de una turista rica—. ¿Desea habitación para la temporada o sólo para unos días...?

—Nada de eso... —Su enguantada mano hizo un gesto negativo—. Quisiera... el puesto de telefonista que ha quedado libre.

—¿El puesto de...?

Miróla el director de arriba abajo, un tanto sorprendido. Myriam observó que tenía una fisonomía simpática y ojos inteligentes, tras los cristales de las gafas.

—Venga por aquí, haga el favor —dijo cortésmente.

Precediéndola cruzó el vestíbulo y entró en una pequeña puerta medio oculta por la imponente escalera, destinada sin duda al servicio. Detuviéronse en un sencillo saloncìto. Limpió él sus gafas con una bayetita de franela que sacó del bolsillo y, calándoselas de nuevo, la contempló con interés.

—¿Decía usted que...?

—Deseo el puesto vacante de telefonista —repitió con energía.

Hubo una pausa, durante la cual los ojillos continuaron su escrutinio.

—Ya... —comentó al fin—. ¿Cómo sabe que existe esa vacante si aún no se ha anunciado...?

—Ramoncho, el botones, es pariente mío —mintió—. Él me lo dijo. Es un empleo que me entusiasmaría. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Una sonrisa erró por los labios del director ante su vehemencia. Era elegante... y extraña... Muy extraña. No parecía una empleada corriente... Tenía porte de gran dama, y él solía elegir siempre a sus subordinados entre los de mejor presencia. Eso daba tono al hotel.

—¿Tiene práctica de ese trabajo? —interrogó, inexpresivo.

—Sé manejar perfectamente una centralilla.

A punto estuvo de decir que tenía una en su casa de Nueva York, pero se contuvo.

—Respecto a informes, puedo traerle dentro de un par de días un certificado de buena conducta firmado por el señor conde de Lezea, en cuya casa de Madrid he tenido ese mismo cargo.

Mientras hablaba hilvanaba la historia.

Hubo otro silencio más largo que los anteriores. La inspección del director duró aún unos minutos. Al cabo murmuró:

—Bien... No sé por qué, pero me agrada usted... Parece lista y dinámica. No sé si cometeré un error aceptándola tan rápidamente. Podemos probar.

Myriam suspiró.

—Le aseguro que no le pesará...

—Tendrá que ponerse uniforme. A algunas jóvenes no les agrada este detalle. Pero es un traje blanco muy lindo, con flores en la solapa.

—¡No se preocupe! —rechazó Myriam, que estaba decidida a encontrarlo todo bien—. Me encantan los uniformes bonitos. Creo que no me sentará mal.

Hubo algo parecido a un destello de risa en los ojos, pequeñitos, del director.

—El sueldo es... —citó una cantidad —, pero se sacan muchas propinas.

—Me gusta muchísimo todo, señor director. No dudemos más. —Lanzóle una admirable sonrisa—. ¿Cuándo quiere que venga...?

—Es usted... un torbellino —comentó riendo—. Mañana, si le parece oportuno. Por la mañana, a las diez, empieza el servicio.

—Aquí estaré.

Al pisar de nuevo la fina grava del jardín, Myriam díjose que era una desagradecida abominando de la vida y de la suerte. En breves horas ocurrían un montón de cosas buenas. Encontró casa, compañía agradable y una colocación caída del cielo milagrosamente. La ciudad era preciosa, a juzgar por lo que veía, moderna y divertida. Con su sueldo podría resistir una gran temporada, hasta que le pareciese oportuno regresar. Además, encantábale otra idea. Quizá Juan María fuese alguna tarde a tomar una copa al «Gala Imperial», y la vería con su precioso uniforme.

Cruzó el paseo de la Concha y siguió andando, bordeando la baranda de hierro que rodeaba la playa. Los palos de los toldos, desprovistos, por la noche, de sus telas de colores, parecían un bosque de mástiles hincados en la arena. El mar estaba tranquilo. A poca distancia destacaba la silueta de la pequeña isla de Santa Clara, bajo la tutela del monte Igueldo, muy próximo a ella, en lo alto del cual brillaban las luces de un parque de atracciones.

Continuando el paseo de la Concha, encontróse en el puerto. Asaltóle el deseo de ver de nuevo el velero *Barba Azul,* y, protegida por las sombras de la noche, detúvose contemplándolo con ternura. Al día siguiente zarparía para anclar en el puerto de Pasajes, donde esperaría órdenes.

Había animación en cubierta. Oyó la voz de Sinatra. Cantaba un refrán español que le había enseñado el capitán Barba Azul:

— Si la lluvia te coge antes que el viento,
alista driza sin perder momento.
Pero si el viento te cogió primero,
¡iza gavias arriba, marinero...!

El acordeón tenía sonidos estridentes en el silencio nocturno. Volvieron a su imaginación todos los minutos vividos al lado de Juan María y sintió una dulce nostalgia por ver de nuevo las pupilas grises y oír su voz aunque fuese para reñirla, como de costumbre.

Alejóse lentamente, embargada por diversas emociones.

«Sueña lo que quieras —se dijo a sí misma al llegar a su casa—. La vida te hará volver a la sensatez.»

# XII

«... por lo tanto, querida tía Mónica —escribía sir Cecil en su habitación del hotel —, no te extrañe mi continuo deambular. Adquiero experiencia. Estoy convencido de que ésta sólo se adquiere en la vieja Europa, y recorro el continente, procurándomela... Aunque hace tres días te escribí desde París, y ayer desde Burdeos, hoy lo hago desde Biarritz, donde seguramente me quedaré unos días...»

«¡Oh, sí...! Esta vez es seguro que me quedaré unos días —pensó, haciendo un alto en la escritura—. Empiezo a cansarme de este modo de viajar tan vertiginoso. Claro que nadie me obligaba a venir a Europa detrás de esa encantadora mujer... Pero tengo que hacerlo porque creo que la amo. Sin duda, esta enorme atracción que siento por ella debe de ser amor. Me noto rejuvenecer como un chiquillo.»

Seguir a madame Nachtesca no era tan agradable como se figurara. Un mes hacía que supo en Nueva York que la bailarina partía para Europa y, desde entonces, apenas la había visto dos días seguidos. En el siguiente vapor desembarcó sir Cecil en El Havre y, siguiéndole la pista, visitó innumerables lugares, teniendo la mala suerte de llegar a todos lados en el momento en que Sonia acababa de abandonar la población. Decíase que buscaba a alguien —sir Rathbone ignoraba a quién —, y sin duda por esto recorría ciudades, seguida de su secretario y de todo un séquito de servidores.

El secretario de la Nachtesca ocupaba su cargo desde hacía sólo dos días. Sonia habíalo contratado en París, reconociéndole como a una antigua pareja de baile de sus tiempos juveniles. Estaba sin blanca, y Sonia habíale ofrecido aquel puesto. Llamábase Robert D'Izières.

«... Adiós, querida Mónica —continuaba escribiendo el honorable sir Cecil—. Cuídame la mata de siemprevivas que planté antes de marcharme.

»Te abraza tu fiel sobrino, *Cecil.*

»*Posdata*: Acuérdate de encerrar todas las noches a *Butterfly* en su caseta; no vayáis a olvidaros y se quede a la intemperie, que es un perro muy delicado.»

Cerró la carta y puso la dirección de «Green House».

Tras una rápida ojeada al espejo, decidió cambiarse la camisa que se pusiera hacía un instante, por otra que no tuviese aquella imperceptible motita. Estaba contento... Había tenido la suerte de llegar a Biarritz a tiempo. La Nachtesca estaba todavía allí. La tarde anterior tomó el té en su compañía y le prometió que estaría ocho o diez días en aquel lugar.

Perfumóse el cabello, que escaseaba trágicamente, y, canturreando un *fox* de moda, se colocó una margarita en el ojal de la solapa. La vida era buena y agradable, sobre todo después de haber dormido catorce horas seguidas en una cama blanda. Porque sir Cecil empezaba a aborrecer el tren. Al cabo de un instante vería a la Nachtesca, que aceptaría su invitación para tomar el aperitivo en cualquier sitio...

Bajó las escaleras en dirección al vestíbulo, temiendo haberse despertado demasiado tarde y perder la ocasión de acompañar a Sonia en su paseo matutino.

—¿Madame Nachtesca ha bajado ya? —interrogó al *maître,* que se acercaba obsequioso.

—¿Madame Nachtesca? Tomó muy temprano el tren para España... Dejó su dirección, por si teníamos que enviarle algún correo.

Sir Cecil se dejó caer, decepcionado, en un blando sillón. ¡Era demasiado...! ¡Sonia no había cumplido su promesa de descansar siquiera ocho días en un mismo sitio! Claro que no estaba completamente seguro de que lo hubiera prometido. De todos modos, ¿qué hacer? ¿Quedarse en Biarritz, donde no conocía a nadie, o tomar otra vez el tren, en dirección al país de sol y de pasiones, del que tanto oyera hablar el honorable...? Leyó la dirección de Sonia, que le entregaba el *maître,* y lanzó un suspiro de alivio... Por lo menos, esta vez la bailarina no se marchaba demasiado lejos. San Sebastián estaba a una hora de allí...

Con gesto resignado abrió la carta para su tía Mónica y añadió otra posdata:

«Salgo para San Sebastián (España). Escríbeme al hotel "Gala Imperial”.»

# XIII

Myriam, sentada ante la centralita telefónica, detrás de un mostrador de mármol, vestida con un uniforme de corte irreprochable, que sólo tuvo que estrechar ligeramente para que quedase a su medida, pensaba que cuanto estaba pasando formaba parte del mismo sueño comenzado al meterse de polizón en el velero *Barba Azul*. Un sueño que no sabía cómo ni cuándo concluiría.

Empezó a trabajar en el primer turno, de diez de la mañana a dos de la tarde. A las seis tendría que entrar de nuevo, para volver a salir a las diez de la noche. En cambio, al siguiente día haría el turno contrario. Así se lo había explicado el director. Su compañera de trabajo fue un momento a explicarle el manejo de la centralilla. Era una morenita muy vivaracha, que la aturdió a preguntas.

—Me gustaría que fuéramos amigas —le dijo —; pero no nos será posible. Con la otra que estaba antes que tú me pasó lo mismo. Nos llamábamos mutuamente «las irreconciliables», porque cuando ella entraba, yo salía, y viceversa. En fin, chica, adiós y buena suerte.

Myriam se contempló en el espejo del pequeño cuarto donde se vestían las empleadas, con el blanco uniforme que favorecía extraordinariamente. Blanca la falda, de un crespón de lana grueso. Blanco el chalequito, de manga corta y muy ajustado, con dos hileras de botones dorados y un pequeño ramito de flores artificiales en la solapa. Muy teatral, un poco rebuscado..., pero encantador. Si *él* pudiera verla así...

Pensaba visitarle por la tarde, pues necesitaba el certificado de buena conducta. Sentíase contenta de tener un pretexto para ir a su casa presentándosele con sus ropas de mujer. ¿Qué cara pondría? ¿Qué le diría? La esperanza de verle hacíala tan feliz como jamás lo estuviera durante su vida anterior de muchacha rica y halagada.

A pocos pasos, siguiendo el mismo mostrador, hallábase la sección de flores, atendida por una muchacha muy guapa, de tez morena, cabello bronceado y pestañas tan cargadas de *rimmel* que daban una expresión atónita a sus ojos.

—Me llamo Celia —saludó—. ¿Cómo te llamas tú?

—Myriam.

—Eres muy guapa. Tendrás aquí un partido enorme. Espero que no me quites mis *flirts*.

La mañana transcurrió de prisa. Era un trabajo poco fatigoso el estar allí sentada atendiendo a las llamadas telefónicas, metiendo y sacando clavijas para poner diversas comunicaciones, contemplando a la vez el incesante ir y venir de la gente que a cada instante entraba o salía por la puerta giratoria. Niños lujosamente vestidos vigilados por sus ayas, parejas jóvenes y viejas, muchachos y muchachas en albornoz, que se dirigían a la playa o la piscina del jardín, alrededor de la cual alineábanse mesitas, donde se tomaba el vermut. Desde su asiento, y a través de un gran ventanal de cristales, divisaba Myriam a la gente allí reunida, admirando los femeninos vestidos veraniegos. Veía los bronceados cuerpos lanzarse desde el trampolín al agua, y oía a la orquesta, que tocaba en la terraza para que las parejas bailasen bajo la sombra de los tamarindos.

Una nueva llamada del teléfono la distrajo de su contemplación.

—El caballero del sesenta y ocho desea que trasladen sus maletas a otra habitación —dijo a Ramoncho, al que avisó con un gesto.

Celia guiñó picarescamente un ojo al botones.

—¡Ya están *ésos* otra vez de monos...!

—¿A quiénes te refieres? —interrogó Myriam.

—A los del sesenta y ocho, un matrimonio joven. Están locos.

Bajó la voz, temiendo que sus palabras llegasen a oídos del director, que cruzaba el vestíbulo, vigilando con su viva mirada a los empleados, para ver si estaban en sus puestos.

Cuando se alejó en dirección al comedor, cuyas puertas de cristales se abrían también al vestíbulo, continuó la florista:

—Son celosísimos. Siempre riñen por la menor futesa. El otro día, ella bajó a la piscina antes que él y tuvieron una pelotera terrible. Al cabo de un

rato, el marido telefoneó pidiendo una habitación en otro piso, con el ruego de que bajasen sus maletas. Afortunadamente para ellos, la disputa sólo duró unas horas, al cabo de las cuales los vi venir del brazo anulando la petición del otro cuarto.

—¿Y otra vez tuvieron que subir el equipaje?

Celia asintió, mientras agrupaba varios claveles en un ramo, cuyo perfume llegaba hasta Myriam, que lo aspiraba con placer.

—Volvieron a subirlas, y volvieron a bajarlas al día siguiente. El que está de enhorabuena es el botones, a quien dan fantásticas propinas en cada mudanza. Mira. Esa que baja es ella. Se llama Arsoaga de apellido. Son riquísimos.

Myriam contempló discretamente la esbelta silueta de la casadita enfadada.

En su rostro advertíanse las huellas de la reciente rabieta. Era una morena alta y muy bien formada. Pasó como una exhalación ante el mostrador y alejóse en dirección a la piscina.

—¿Qué te parece? —preguntó Celia.

No tuvo tiempo de responder. Con un gesto le indicó seguidamente la llegada del marido.

Era también alto, moreno, muy bien vestido. Llevaba el bañador en la mano. Divisó por el ventanal la figura de su mujer, con un *maillot* azul, en lo alto del trampolín. Nervioso, tomó el camino de la playa.

Myriam no pudo contener la risa.

—Es una pareja simpatiquísima. ¿Siempre están así?

—Siempre. En este hotel se conocen tipos muy chuscos. Esta tarde llega una artista famosa. No sé qué nombre han dicho, pero debe de ser un Creso femenino. Figúrate que ha pedido la *suite* del piso primero, que es una de las que jamás se alquilan, porque vale un dineral...

Las alegres notas del *jazz* llegaban hasta ellas. Sus pies movíanse al compás.

Myriam suspiró, pensando en lo delicioso que sería poder bailar con Juan María en aquel sitio, bajo la incomparable decoración de montañas asentadas sobre el mar. Los camareros atravesaban el vestíbulo, cargados de bandejas con bebidas. A la hora del almuerzo intensificóse el ir y venir y

también las llamadas telefónicas. Volvieron a pasar los Arsoaga, uno delante del otro, afectando no conocerse. Las *nurses,* con sus niños respectivos, colorados por el sol, con gorritos de piqué y sandalias blancas que dejaban ver los deditos llenos de arena. Una pareja de ingleses cincuentones, ataviada ella con un *short* inadecuado y él con pantalones de dril y una camiseta rayada sin mangas, que dejaba ver unos brazos desagradablemente blancos. La multitud heterogénea y cosmopolita se distribuyó por el vestíbulo o subió a sus habitaciones a vestirse para el almuerzo.

Cuando Myriam divisó frente a ella la cara de Pepita, su «irreconciliable», que venía a hacer su turno, parecióle imposible que hubieran transcurrido cuatro horas.

Despojóse del uniforme y salió al jardín, cruzándolo lentamente. En la piscina sólo quedaba alguna pareja rezagada. Volvió a caminar por la Concha, contemplando la playa, desierta a aquella hora, a excepción de los bañeros que recogían las sillas, en evitación de que las arrastrase la marea ascendente. En la bahía, los balandros ponían una mancha blanca en el azul radiante del mar.

Durante el almuerzo tuvo que contestar a las múltiples preguntas de doña Enriqueta y de sus hijos, que aún no comprendían cómo había conseguido colocarse tan rápidamente.

Después de sorber el café retiróse a su habitación, deseosa de prepararse para la entrevista con Juan María. Deshizo el montón de paquetes llegados a la casa por la mañana. Sus compras del día anterior: un vestido de suave tejido estampado, alegre y primaveral; un bolso blanco, un par de zapatos de altos tacones...

Preguntóse, inquieta, si no le habrían enviado el bolso; pero antes de que tuviera tiempo de intranquilizarse más, lo halló bajo un montón de papeles de seda.

Procedió a su tocado, con la minuciosidad de la mujer deseosa de agradar al hombre que la hiriera con su indiferencia.

Eran las tres y media. A las seis tenía que estar de vuelta en el «Gala Imperial», y, según le había explicado doña Enriqueta, la villa «Mirentxu-Enea», cuya dirección escribió Juan María en la tarjeta, hallábase sobre el monte Igueldo. Como el funicular subía directamente hasta el Casino, que

se levantaba en lo alto, sin detenerse en las villas, tendría que recorrer a pie un buen trozo de carretera.

Siguiendo las instrucciones de la buena señora, tomó el autobús, procurando que la placidez del paisaje calmase las palpitaciones de su corazón. Era la hora más tranquila de la bulliciosa ciudad.

Descendió del vehículo al final del trayecto, ante la estación del funicular, y en seguida encontró la carretera, por la que comenzó la ascensión. Hacía un tiempo delicioso. La tierra exhalaba un aroma cálido, excitante. Conforme subía, el paisaje aumentaba en hermosura. A la derecha, la lámina plateada del mar, con el monte Urgull al fondo y la isla de Santa Clara, graciosa y pequeña, en el centro. A la izquierda, prados verdeantes cuajados de hierba, pinos, manzanos, encinas, en una mezcla encantadora. Y surgiendo de entre ellos, villas de arquitectura vasca, cuyos felices habitantes podían gozar a todas horas de uno de los panoramas más bellos de Europa.

Myriam contempló inquieta su reloj de pulsera, compañero fiel desde que salió de Nueva York. Parecíale temprano para hacer visitas. Sólo eran las cuatro. Retardó el paso, sintiendo un especial placer en prolongar los minutos que faltaban para verle. Al doblar un recodo, diole un salto el corazón. Rodeado de madreselvas y con un jardín adornado de macizos de hortensia, levantábase un edificio de dos pisos, en cuya verja, de madera pintada, distinguió el nombre: «Mirentxu Enea».

El saberse tan cerca de Barba Azul le hizo perder todo su valor. Sintió un loco impulso de huir. Su mano, en desacuerdo con sus pensamientos, oprimió nerviosamente el timbre.

Minutos después se encontraba en un vasto salón amueblado con sencilla elegancia, esperando al conde de Lezea.

De la parte interior del jardín llegaba un ruido de risas femeninas. Repentinamente temió haber sido indiscreta. ¿No sería una intromisión incorrecta, un pretexto para fisgar y meterse en lo que no le importaba? Se retorcía una mano con angustia, cuando se abrió la puerta y apareció Juan María en el umbral.

Myriam no había dado su nombre. Quedó él sorprendido, sin reconocerla, preguntándose quién vendría a visitarle a tales horas. Fue la

muchacha la que, armándose de valor, se aproximó, tendiéndole la mano.

—¿Cómo está usted, mi capitán?

Juan María se quedó de una pieza al oír aquel timbre de voz. Descorrió con gesto inseguro las cortinas que cubrían una ventana y la contempló, con inaudito asombro.

—Pero... ¡eres tú, Jacobo...! ¡Es... usted...!

Myriam comprendió que llegaba su desquite. Juan María estaba atrozmente confuso.

¿Era Jacobo aquella elegantísima muchacha, de sugestivo rostro y cuerpo admirable, impecable de los pies a la cabeza?

—Perdone..., no puedo... Me cuesta trabajo creer que sea usted...

Echóse a reír de pronto, y Myriam le imitó.

—Dígame la verdad: ¿es usted realmente? —bromeó, pero con cierta duda.

—Yo soy, mi capitán. Me he tomado la libertad de venir a verle para...

—Perfectamente. Ahora me explicará lo que necesita. Antes he de hacerle un ruego. Mi nombre es Juan María y ya no debe llamarme capitán… A menos de que prefiera seguir llamándome... Barba Azul.

Volvieron a reír, confusos.

—Siempre le consideraré mi capitán.

—Hará usted malísimamente. He sido un capitán con un genio de mil demonios.

Insensiblemente, su tono cambiaba. Nada quedaba de aquellas voces violentas con que solía llamarla. Empleaba ahora los modales correctos de cualquier hombre hacia una amiga.

—También a mí me gustaría enterrar eso de Jacobo —dijo Myriam sin timidez.

Cambiaban los papeles. Ahora era ella la mujer hermosa que recibía con naturalidad las demostraciones galantes.

—Pues queda enterrado —corroboró él.

Vestía de blanco, y Myriam, que sólo hacía veinticuatro horas que había dejado de verle, le encontró más atractivo que nunca.

—¿Cómo tendré que llamarla? —dijo.

—Myriam. Ya sabe que mi nombre es Myriam Smith.

Aunque Juan María no lo recordaba, asintió con la cabeza. ¡Demonio de muchacha! ¿Cómo habría podido ocultar tan perfectamente su extraordinaria belleza?

—He venido a verle porque necesito su ayuda —explicó, mientras se sentaban en sendos sillones de tijera ante un ventanal abierto por el que entraba el dulce aroma de los prados—. Espero que no se asuste y crea que soy muy fastidiosa.

Juan María negó, sin dejar de mirarla y sin haber salido aún de su estupefacción.

«¡Igual de atento que estaría con cualquier amiga!», pensó Myriam con intensa alegría, saboreando su triunfo. Si antes le había gustado, cuando la trataba poco menos que a zapatazos, ahora que leía sincera admiración en sus grises ojos la encantaba. Era un sueño oírle decir, muy amable:

—¿En qué puedo servirla?

Era la misma voz que cuarenta y ocho horas antes gritaba: «¡Largo de aquí! ¡Déjame en paz...!»

—He hallado una colocación bastante buena.

—¿De veras? —Había en su tono sincero interés.

—Soy telefonista en un hotel. Empecé esta mañana y me exigen un certificado de buena conducta. No pretendo que responda por mí, naturalmente. En realidad, no me conoce. Sólo que haga constar que durante el mes que he pasado a su servicio me he portado correctamente.

—¿Nada más? ¿No sería más interesante precisar en qué consistía el empleo?

Había travesura en sus palabras, y Myriam sonrió atractivamente.

—No admitirían en ese caso a un raro ejemplar de «mujer-grumete»

—Le proporcionaré lo que desea, y me alegra que haya acudido a mí. Al fin y al cabo somos amigos, ¿no?

—Creo que sí...

—¿Sólo lo cree? Yo estoy seguro —afirmó levantándose—. Voy a hacerle ese documento. Después podremos charlar.

Cuando salió de la estancia, le pareció a la muchacha que se nublaba bruscamente. Producíale una dicha excesiva oírle hablar en aquel tono tan afectuoso. Contentábase, por lo pronto, con aquello. Era un enorme cambio

habiendo transcurrido sólo dos días desde que la regañara por última vez. Un leve ruido de pasos hízole volver la cabeza. Una jovencita vestida de amarillo, con una cinta del mismo color recogiéndole los rizos castaños, la miraba sorprendida.

—Perdone —se excusó—. Ignoraba que hubiese visita. Estaba buscando a mi primo Juan María.

—El señor capit..., es decir, Juan María, vendrá ahora mismo. Ha ido a buscar... algo para enseñarme.

—¿Es usted amiga de Juan-Mari?

Aproximóse tendiéndole la mano. No tendría más de quince años y poseía una cara extraordinariamente simpática.

—Celebro conocerla —continuó la chiquilla—. Yo soy Mari-Julia Legarda.

—Y yo Myriam Smith —se presentó.

—¿Americana? ¿Se conocen de Nueva York?

Myriam asintió, confusa.

—Sí, allí nos conocimos...

—Me gustan mucho las norteamericanas. ¿Son todas tan guapas como usted? Las que salen en el cine me encantan...

Rió de su franqueza.

—Aquí sí que son guapas.

—¿Hace mucho que está en San Sebastián?

—Llegué ayer.

—¡Qué casualidad! Juan-Mari también. ¿Vino en avión o en barco?

—En avión. —Sintió tener que mentir a aquella niña tan simpática.

—¡Pasa, Merche! —gritó a otra jovencita muy parecida que se hallaba en el umbral de la puerta—. Esta señorita es una norteamericana amiga de Juan-Mari. Mi hermana Merche.

Myriam quedó asombrada viendo que detrás de Merche entraba una retahíla de niñas de diferentes edades, todas con los mismos rizos castaños e idénticos ojos grandes y expresivos. Mari-Julia hizo las presentaciones.

—Ésta es Angelines; ésta, Nieves; ésta, Lolín, y esta pequeña, Rosa-Luisa. Todas somos hermanas. Parece un colegio, ¿verdad?

Myriam tuvo que decir que, en efecto, lo parecía.

—La *fräulein* se ha marchado a Alemania con quince días de permiso, y estamos las seis chicas aburridas, sin tener con quién salir. Papá y mamá aún siguen en Madrid. Estamos aquí con la abuelita. Pero hoy fue a tomar el té en el «Cristina».

Cinco minutos después, parecíale a Myriam conocerlas de toda la vida. Eran sencillas y francas, de una verbosidad extraordinaria. Rosa-Luisa sentóse sobre sus rodillas mientras las otras la asaeteaban a preguntas. ¿Cómo era Nueva York? ¿Primo Juan-Mari era muy importante allí?

Intranquilizábale lo que el capitán Barba Azul pudiera pensar de su amistad con aquellas lindas y bulliciosas primitas.

—Ya sabes que abuelita es tía de primo Juan-Mari —explicaba Mari-Julia, que llevaba la voz cantante en el grupo—. Cuando le vio llegar inesperadamente, se echó a llorar y dijo: «¡Hijo mío! ¿Tú aquí?»

—... Le gustaron mucho los cigarrillos que le llevé a su cuarto esta mañana... —La voz era de otra de las niñas, que explicaba algo cuyo principio no había oído.

—...Y pimo Juan-Malli me subió al albolito y pude vel los pajalillos en el nido... —Rosa-Luisa, charlando a su manera, tirábale de los guantes para que la atendiera.

—... Angelines estaba castigada sin postre, y primo Juan-Mari la convidó a pasteles...

¡Imposible entenderse con aquel alboroto! Pero sentíase feliz entre la familia de él, sintiendo no ser una más, para poder llamarle «primo Juan-Mari».

—¡Ahí está primo Juan-Mari!

Una de las niñas corrió hacia él, que contemplaba la escena sorprendido.

—¡Queremos mucho a tu amiga! Es muy guapa. ¿La quieres mucho tú?

Myriam se sonrojó, y Juan María se echó a reír.

—Escucha, Juan-Mari. —Era Mari-Julia la que hablaba—. He invitado a tu amiga a tomar el té, pero insiste en marcharse. Convéncela para que se quede.

Myriam hubiese deseado que la tierra se la tragase.

—No..., de verdad... Es imposible. Tengo que estar en el hotel a las seis.

—¡Aún no son las cinco! ¡Juan-Mari, dile que se quede! Confiesa que tú también lo deseas.

—Me complacería mucho, Myriam —corroboró en tono indefinible.

—¿Lo ves? Mandaré que nos sirvan en el jardín.

Mari-Julia desapareció como un torbellino antes de que pudieran contradecirla. La mirada de ambos cruzóse repentinamente. Los ojos de Myriam pedían disculpa. Los de Barba Azul resultaban inescrutables. Seguía amparándose en una singular cortesía.

Un rato después instaláronse en el jardín, ante una baranda de madera tosca, con ramas entrecruzadas, bajo las cuales, a bastante distancia, veíase el mar en calma, la línea ovalada de la playa y la ciudad, semejante a un artístico dibujo, con sus calles y edificios simétricos. Mirando el paisaje, la mantelería delicada, la porcelana fina y la plata del servicio, el bullicioso grupo de jovencitas vestidas con diversos colores, y al lado suyo a Juan María, alegre y cordial, a tono con la reunión, Myriam pensó que no le bastaría su vida entera para recordar el encanto de aquel momento. Días antes, ella le servía la mesa humildemente, y ahora estaba él ofreciéndole, galante, la bandeja de los emparedados. La vida se complacía con estas bromas.

Sin duda adivinó él sus pensamientos. Se miraron y rompieron a reír.

—¿De qué te ríes, pimo Juan Malli? —gritó Rosa-Luisa, riendo también.

—De la cantidad de mermelada que te has puesto en el pan. ¡Si estuviese abuelita aquí, te reñiría!

—Pero como no está... —dijo graciosamente la pequeña, llevándose a la boca la tostada cubierta de dulce de grosella.

Una brisa aromada por perfumes diversos agitaba los suaves cabellos de Myriam. Contemplándola, el conde de Lezea diose cuenta de que en realidad estaba empezando a conocerla. Comenzaba a apoderarse de él una viva curiosidad por saber algo de su vida. ¿Qué secreto ocultaría la espaciosa y soñadora frente, orlada de cabellos rubios? ¿Qué habría ocurrido en realidad para que abandonara su país de aquella manera? Varias veces quiso encasillarla en alguna clase social, sin conseguirlo. Pero en aquel instante, viéndola entre sus primas y oyéndola hablar, comprendía que pertenecía a la buena sociedad. Estaba seguro. Myriam no era una mujer

equívoca, sino una buena chica, una verdadera señorita, como pudieran serlo Mari-Julia y Merche. Avergonzóse de su comportamiento con ella. Cierto que estaba medio enfermo de los nervios y que ella había trastornado sus planes. De todos modos, demostró ser una excelente muchacha al no guardarle rencor. Había estado vengando en ella los desdenes de Sonia, pensó confuso.

—¿Todas tus amigas de Nueva York son tan guapas como Myriam? —preguntó Angelines, especializada en preguntas indiscretas.

Juan María rió y vació de un sorbo su taza de té.

—Todas lo son, pero Myriam mucho más.

—¿Salíais juntos a paseo?

—No todas las veces que yo deseaba. A Myriam se la disputaban sus admiradores.

—¡¿De veras?!

Seis voces y seis pares de ojos la asaetearon.

—No lo creáis —dijo, confusa—. Juan María estaba muy atareado con sus negocios y no se fijaba en mí.

—Cien veces la telefoneaba cada día, y siempre me decía que no.

— *Fräulein* dice que al que miente le salen granos en la nariz.

Volvieron a reir.

—La verdad es que... no salíamos mucho juntos, porque siempre estábamos regañando en broma —explicó Myriam.

—¿Os pegabais? —interrogó Rosa-Luisa, muy formalita.

—¡Los novios no se pegar —atajó Nieves, que con sus ocho años se las daba de mujer.

—No son novios —recriminó Angelines.

—¿Pues qué es ser novio?

—Lo que es prima Marichu del aviador, tonta. Como mamá y papá eran de «pequeños»...

Asintió la niña, dándose por enterada.

—¿Y por qué no eres novio de Myriam, Juan-Mari? —dijo acto seguido.

Myriam tuvo un acceso de tos. Contemplando su reloj, exclamó:

—¡Santo Dios! Las seis menos cuarto. Siento muchísimo interrumpir esta reunión tan agradable, pero temo que llegaré retrasada.

—¿Y si la llevásemos en el coche? —propuso Mari-Julia.

—¡Estupendo! —coreó toda la chiquillería.

—¡Y luego nos invitas a tomar helado! —apuntó Merche.

Poco después instalábanse todos en el *Mercedes,* llevando el volante el capitán Barba Azul. Myriam sentóse a su lado, contenta de saborear todos los minutos de aquella tarde.

—Parecen papá y mamá cuando nos sacan de paseo —gritó Rosa-Luisa, que se había colocado un gorrito blanco, con el que semejaba una holandesita.

—Una mamá demasiado joven. Creerán que soy un profesor que lleva de excursión a sus discípulos —objetó Juan María riendo suavemente.

El coche arrancó. Toda la pandilla tomó el camino de la ciudad.

—¿Sabe lo que son remordimientos crueles? —volvió a decir Juan María mientras bordeaban la carretera.

—¿Remordimientos? Sí, lo sé. Recuerdo que pasé muchos años pensando con amargura en un gatito que tenía de niña, al cual partí una pata sin querer.

—¿Era ése el gato enfermo a que usted se refirió en cierta ocasión?

Myriam volvió su rostro, confusa, recordando la violenta escena del desdichado beso en la frente.

—Puede que sí —repuso—. ¿Por qué lo preguntaba?

—¿Lo de los remordimientos? Porque estoy avergonzado del trato que le he dado.

—No se acuerde de eso... Creo que... casi me gustaba.

Rió él con poca naturalidad.

—A propósito: aún no me ha dicho el hotel a donde tengo que llevarla.

—Al «Gala Imperial».

Juan María pareció sorprenderse.

—¿De verdad? ¡Qué coincidencia!

—¿Coincidencia?

—Mañana me instalaré en la habitación que he mandado reservar allí.

—¿Es posible? —Contempló el mar sereno, que copiaba el azul del cielo, para ocultar su profunda alegría.

—Mis parientes no contaban con mi visita. Invitaron a un montón de gente, que llegará mañana. No les queda sitio libre y no quiero ser molesto. Por eso voy al «Gala Imperial».

—¡Qué suerte tan enorme! —comentó, sin poder contenerse.

Juan María desvió los ojos de la carretera, para posarlos en ella.

—¿Lo cree así?

—Sí... Es una suerte enorme... conseguir habitación. Están muy disputadas —puntualizó, temiendo ser demasiado vehemente.

—Está escrito que tengamos que vernos a menudo —dijo él riendo —; aunque, si he de serle sincero, no me parece la misma persona. Trato de convencerme de que sea el mismo Jacobo.

Myriam resultábale una mujer nueva, misteriosa y desconocida. Hubiera dado algo por desenmascarar el misterio que la rodeaba.

La chiquillería, instalada detrás, armó gran alboroto cuando atravesaban el túnel que dividía la parte vieja y la nueva de la ciudad. Pronto estuvieron a la vista del hotel. Myriam suspiró, lamentando que «aquello» concluyese.

—¿Volveremos a verla pronto? —preguntó Mari-Julia cuando el lujoso coche se detuvo ante el jardín del «Gala Imperial».

—Espero que sí —repuso efusivamente.

—Adiós, Myriam... —Rosa-Luisa tirábale besos con la mano—. ¡Ahora vamos a tomar helado de chocolate!

—¡Algún día vendremos a buscarte! Abuelita se alegrará de conocerte —gritó Angelines.

«Me figuro que no lo harán. Juan María pensará que ya ha sido bastante intromisión por mi parte», se dijo la muchacha mientras entraba por la mampara de cristales. Sentíase locamente feliz ante la idea de verle continuamente. Diez minutos después, vestida de uniforme, se sentó ante la centralilla canturreando una canción.

—¡Qué contenta estás! —exclamó Celia, ofreciéndole bombones de una caja que acababa de regalarle un viejo elegante.

—¡No lo sabes bien!

—Te has perdido un espectáculo divertido. La llegada de esa artista tan famosa.

—¿Qué artista? —interrogó Myriam sin prestar atención a nada que no fuese su alegría, muy ajena a que ésta iba a desaparecer completamente al cabo de un segundo.

—La bailarina Sonia Nachtesca.

Dejó caer bruscamente los auriculares, levantándose a medias del asiento.

—¿Qué has dicho...? ¡Repítelo!

—¿El qué? ¿Lo de Sonia Nachtesca? ¡Pues sí! Ha llegado hace dos horas con un séquito digno de una princesa. La acompañan un secretario guapísimo, tres doncellas y un chófer negro. Es... ¡extraordinaria!

Myriam no la oía, abrumada por la aplastante noticia. Sentía los ojos empañados por un vaho húmedo y respondía maquinalmente a las llamadas del teléfono.

¡Sonía Nachtesca allí! ¡Ahora lo comprendía todo...! Comprendía por qué Juan María interrumpió el viaje deteniéndose en San Sebastián y por qué había tomado una habitación en el «Gala Imperial». Para verla a ella, a la mujer a quien no conseguía olvidar. Tendría que contemplarlos juntos a todas horas y ver sus grises ojos mirándola con fervor de enamorado... ¡No podría soportarlo! Otra vez sintió deseos de huir, de marcharse... Pero sabía que, fuese adonde fuese, continuaría llevando un horrible peso en el corazón.

Toda la alegría de la tarde desapareció. Era necesario sobreponerse. Al fin y al cabo, el conde de Lezea no le pertenecía, aun siendo el hombre que reinaba únicamente sobre sus sueños. Pero estaban separados como si viviesen en dos planetas distintos.

Contuvo su angustia. Con débil sonrisa, asintió a los comentarios de Celia.

—Mira. Ese que baja por la escalera es el secretario. Me «entontece» de puro guapo.

Myriam fijóse en el elegante muchacho, y le vio aproximarse al director, que se deshacía en cumplidos. Estaban muy cerca y pudieron oír sus palabras, dichas con gracioso acento extranjero.

—Madame Nachtesca desea que le reserven la mejor mesa del comedor y que la adornen con claveles rojos, que sentarán bien a su *toilette.* También

desea que la orquesta interprete piezas de su repertorio, como una delicada alusión.

—¿Nada más, señor?

—Por ahora, no. Somos modestos.

Alejóse el director velozmente a cumplir órdenes, y Robert D'Izières, tras un instante de vacilación, se acercó al mostrador. Tenía una especial debilidad por las chicas guapas.

—Niña, no venda ninguna flor roja. Esta noche las acapara todas madame Nachtesca —dijo a Celia con sonrisa insinuante.

Fijóse entonces en Myriam, y quedó impresionado. Encarándose con ella, preguntó:

—¿Usted no vende flores, bonita?

Había en su tono pícaro algo que le hacía tremendamente atractivo. Myriam, a pesar suyo, oyóse responder con amabilidad:

—No. Yo sólo vendo teléfonos.

—¡Qué bonitos! —bromeó—. ¿Quiere hacerme un ramo?

—¿Adónde se lo envío?

—Lo llevaré en la solapa.

—Temo que pese mucho.

—En ese caso, desisto del encargo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Usted sabrá si puede.

—¿Esa cara que tiene puesta se la ha dado el hotel con el uniforme, o es suya?

—Es mía. La del hotel se la llevó, por un descuido, la empleada anterior.

Rió el joven alegremente.

—Me voy a enamorar de usted —aseguró muy serio.

—¿Le gusta perder el tiempo?

—No me gusta. Pero fatalmente suelo perder todas las cosas.

Hízoles un amistoso gesto de despedida.

—Adiós, niñitas. Luego las veré. Voy a ponerme el esmoquin.

Miráronle alejarse, con su rubio cabello impecablemente alisado y reluciente.

—Es enloquecedor, ¿no opinas así? —observó la encargada de la sección de flores.

—Puede que sí —comentó sin prestar gran atención.

Seguía obsesionándole la idea de la llegada de la bailarina. Sentía una horrible pesadez, en la cabeza. De buena gana se hubiese ido a casa, a descansar en la oscuridad de la confortable habitación, contemplando un trozo de mar bañado por la luna. El resto de la tarde parecióle una pesadilla. Celia, continuamente atareada, hacía ramos de flores para la Nachtesca. El hotel entero estaba pendiente de ella. ¡La Nachtesca, la Nachtesca, la Nachtesca...! Odiábala ya sin conocerla, por ser capaz con su presencia de revolucionar a tanta gente. Era natural que Barba Azul estuviese también sugestionado por su aureola de popularidad y extravagancia.

—Ese señor inglés vino poco después, preguntando por ella —dijo Celia más tarde, cuando la gente empezaba a acudir para la cena—. Debe de ser algún admirador.

Myriam contempló a sir Rathbone, enfundado en un esmoquin impecable, sentado en el salón de lectura y hojeando revistas en espera de que la Nachtesca se dignase bajar. Insensiblemente, todos los huéspedes retrasaban la cena, con el deseo de coincidir con ella.

Myriam atendió al teléfono.

—¿Diga...?

—Soy yo.

—¿Quién es «yo»?

Por el acento comprendió que se trataba del secretario de Sonia.

—¿No lo adivina?

—¿El secretario de madame Nachtesca?

—¿Cómo sabe que soy su secretario?

—Me lo han dicho. Además, es usted el secretario a propósito para ella.

—¿Por qué?

—Por lo llamativo.

Rió él, halagado.

—Me figuro que es usted la misma niña con quien hablé hace un rato.

—Sí. ¿Qué desea?

—Como tengo la desdicha de perderlo todo, perdí ya una cosa.

—¿Qué es ello?

—La oportunidad de decirle hace un rato que me encanta su carita.

—¿Nada más?

—Lo que sigue se lo diré en mejor ocasión.

—¿Entonces puedo cortar la comunicación?

—Si lo desea, rica...

—¿Ha dicho usted...?

—He dicho rica. *Rica.*

—Adiós.

Colgó suavemente.

«Es un tenorio», se dijo sonriendo. Aunque le miraba con prevención por estar relacionado con Sonia, no podía resultarle antipático. Halagábala que el secretario de la Nachtesca la encontrase bonita a pesar de estar contemplando todo el día a aquella «super-mujer». Además, hacía mucho tiempo que no la galanteaba ningún hombre agradable. Primero por su compromiso con Archie. Luego por su contrato con Barba Azul.

De nuevo tuvo que atender una llamada.

—Soy yo otra vez. —Reconoció la voz del joven—. Ahora llamo desde el aparato del corredor. Quería preguntarle otra cosa.

—Diga —preguntó escuetamente.

—¿Cómo se llama?

—Cleopatra.

—¡Qué coincidencia! ¡Estábamos predestinados!

—¿Por qué?

—Yo me llamo Marco Antonio.

—¿No acabaremos trágicamente...?

—¡No! Por usted soy capaz de mandar arreglar la Historia, para que resulte que Cleopatra y Marco Antonio se casaron, fueron felices y tuvieron muchos bebés.

—Es usted un poco insoportable —le increpó sin conseguir enfadarse.

A todas las mujeres habíales sido imposible siempre enfadarse con Robert D'Izières.

—Ahora bajaré a cenar. Cuando me vea pasar con el esmoquin, no me devore con la mirada. Hasta luego, rica...

Un rato después hubo un gran revuelo en el vestíbulo, en los salones, en la biblioteca y en el comedor. ¡La Nachtesca descendía! Todo el mundo

miraba a la escalera; y Myriam, con invencible curiosidad, miró también, como si de ello dependiera su propia vida. Cuando la creadora de *La ninfa alada* apareció en el primer tramo de mármol gris, hubo un murmullo de comentarios.

Sonia cultivaba el efectismo. Llevaba un vestido rojo, de un tejido suave, que moldeaba su perfecto cuerpo, desnudos los hombros, y el cabello artísticamente peinado, con una gruesa trenza alrededor de la cabeza. En las orejas, magníficos brillantes, en juego con el artístico collar, que lanzaba relucientes destellos. Detrás descendía el guapo Robert, compañero apropiado para su belleza. El despreocupado muchacho sostenía en brazos los dos pequineses de Sonia; al pasar, dirigió una mirada risueña al mostrador de las «niñas bonitas».

Del brazo de sir Cecil, que reventaba de satisfacción, entró Sonia en el fastuoso comedor, arrastrando la falda en forma de abanico de su extravagante vestido, y ocupó su mesa, florida de claveles.

# XIV

Juan María instalóse en el hotel poco antes de la hora del almuerzo. En el vestíbulo divisó a Myriam, que acababa de empezar su turno, más linda que el día anterior, con su «operetesco» uniforme blanco.

«¡No se acercará! —pensó ella tristemente—. No querrá demostrar amistad a una empleada.»

Pero Juan María se acercó.

—Buenos días —saludó alegremente—. ¡Qué bien le sienta ese uniforme!

La aludida sonrió, sin fuerzas para alegrarse de su frase.

—Celebro que se lo parezca.

¿Era recelo de Juan María o había en su tono una desconocida frialdad?

—¿Está disgustada por algo? —interrogó.

Myriam no podía soportar que le hablasen afectuosamente. Dábanle ganas de llorar. Soltó una carcajada que sonó falsa.

—De ningún modo. Por el contrario, estoy encantada con mi empleo. Me divierto locamente.

—¿De veras?

La miró con extrañeza. Algo raro pasaba. Estaba seguro. No podía precisar el qué. Oyóla de nuevo decir:

—Desearía felicitarle...

—¿A mí...? No creo que sea hoy mi santo.

—Por... por..., ya sabe por qué...

—No sé nada, en absoluto.

Myriam retorció nerviosamente el ramito de flores artificiales. Dolíale que fuese tan reservado. ¿Qué importaba que dijera francamente: «Sí, estoy de enhorabuena, porque voy a ver a Sonia...»? En lugar de eso, replicó:

—Habla usted en enigma.

—Ya tiene el equipaje en su cuarto, señor conde. Habitación cincuenta y tres.

Tuvo que seguir al director hacia el ascensor. Se alejó un tanto preocupado y subió a su habitación.

Media hora más tarde, mientras se preparaba para bajar a comer, oyó el timbre del teléfono.

—¿Quién es?

—Sonia...

—¿Qué...?

—Sonia. ¿No me conoces, *mon ami*?

Dejóse caer en un sillón, abrumado por la sorpresa.

—¿Quién... ha dicho que es...?

Oyó al otro lado del hilo la risa tan conocida.

—Sonia... Tu Sonia.

—¿Que es usted..., que eres tú..., Sonia?

—Naturalmente. ¿Cómo creías que iba a poder pasar tanto tiempo lejos de ti?

Juan Maria intentó sobreponerse.

—¿Dónde estás?

—En tu hotel, dos pisos más abajo.

Hubo una larga pausa. Se pasó la mano por la frente, completamente aturdido.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Guillermo Iradier cometió la indiscreción de decirme que te hallabas en Europa. Inmediatamente vine hacia acá. Encargué a una agencia informativa que me telegrafiase la llegada de tu yate a cualquier puerto.

—¿Para qué te has tomado tanto trabajo?

Empezaba a recobrar su sangre fría.

—No puedo vivir sin ti.

Otra larga pausa.

—Ya es tarde para decirlo —objetó Juan María.

Sentía, en efecto, que algo se había roto dentro. Su corazón no vibraba ya al sonido de aquella voz.

—Comprendo que estés un poquitín enfurruñado. Pero yo te explicaré y me perdonarás.

—Lo dices muy segura.

—Si te dejé en Nueva York fue porque creí que así avivaría tu amor. Pura niñería.

—Creíste mal —concluyó secamente.

—¡Quieto, *Minoux*! ¡Vete de aquí, *Rigolo*…! Son los dos perritos que tú me regalaste. Los adoro.

Súbitamente pensó Juan María que su conversación podría ser oída abajo por la empleada de la centralita. La idea le produjo tal malestar que se sintió atrozmente confuso. Dudar de que Myriam escuchase era no conocer a las mujeres.

En efecto. En el vestíbulo, tras el mostrador, Myriam vivía un drama. Tuvo que poner la comunicación de los dos teléfonos, y su curiosidad luchaba con su discreción. Poníase y quitábase los auriculares nerviosamente, con tan mala fortuna que únicamente escuchaba las frases cariñosas de la artista, sin oír las evasivas de Juan María.

—¡Deseo verte, *mon amour*! ¡Eres malo, muy malo, malísimo conmigo...!

—¡Calla...! —la atajó recordando siempre la tercera oyente—. Ahora voy a bajar a comer. Nos veremos mañana.

—¡Espera un poco, *mon petit*! Pienso bañarme ahora mismo en la piscina del jardín. Si retrasas tu almuerzo media hora, podremos charlar un ratito... Dime que sí... No seas malo, malo, malísimo...

—¡Bueno! Sí, sí. ¡Calla! Hasta ahora.

Colgó bruscamente, con un suspiro de alivio.

Era asombroso. Creyó que cuando volviese a hablarle no podría dejar de emocionarse o de encolerizarse. No ocurría lo uno ni lo otro. Sentíase absolutamente indiferente. Desagradábale ya aquel encuentro. ¿Cómo podrían cambiar tanto las cosas en un mes?

Cuando atravesó el vestíbulo en dirección a la piscina, no se atrevió a mirar al mostrador. Comprendía lo que ella había querido decirle con su felicitación.

«¡Soy un estúpido! —se dijo—. ¿Qué me importa lo que opine esa chiquilla?»

La llegada de la Nachtesca a la piscina tuvo caracteres apoteósicos. Seguíanla sir Cecil y su fiel secretario, cargado con los inevitables *Minoux* y *Rigolo,* y una de sus doncellas, que llevaba un pequeño *nécessaire* de *toilette,* para que su señora reparase los desperfectos del maquillaje al salir del agua.

—Amigo mío —dijo la artista en el vestíbulo al honorable Rathbone —, vaya a la playa con Robert y aguárdeme en el bar de Ondarreta. En seguida iré con ustedes. Tú, Jacqueline, coge a mis dos amorcitos; quiero bañarlos conmigo.

Sir Cecil cerró los ojos, imitando el disparo de un obturador fotográfico. Obedeció sin rechistar y, seguido de Robert, con su aire indiferente de siempre, tomó el camino de la playa.

Advirtió Sonia a Juan María sentado ante una mesita del jardín, tomando un vermut.

Si alguna duda le quedaba a Juan María acerca de sus sentimientos, disipósele por completo al enfrentarse con ella. El encuentro le dejó absolutamente tranquilo.

Desde su sitio veíalos Myriam hablar animadamente y parecíale estar en el infierno. Vio también a Nachtesca, con su *maillot* rojo, lanzarse al agua desde el trampolín. Un fotógrafo sacó varias fotos para publicarlas en una revista mundana, y la orquesta, en la terraza, preludió los primeros compases del vals *La ninfa alada,* mientras Sonia, con *Minoux* y *Rigolo* nadando y pataleando tras ella, sonreía serena e indiferente.

«Es guapa, pero no excesivamente —pensó Myriam con imparcialidad —. Son sus extravagancias las que fascinan a los hombres. Cualquiera otra, haciendo lo mismo, conseguiría idéntico resultado.»

Hiciéronsele interminables las horas de trabajo y, por la tarde, poco antes de marcharse, vio de nuevo al secretario de la bailarina, que se detuvo ante ella.

—¿Se marcha usted, bonita?

—Ahora mismo.

—¿Tiene el resto de la tarde libre?

—Hasta las diez.

—¡Qué suerte, rica! Yo también.

—Pues diviértase mucho.

—¿Por qué no lo hacemos juntos? Haría usted una obra de caridad. No conozco a nadie en San Sebastián, y me voy a poner a llorar mirando al mar.

—Yo tampoco conozco un alma.

—¡Sea buena, Cleopatra...! Podemos tomar una copa por ahí. En todo caso, si nos seduce llorar mirando al mar, lo haremos juntos. Yo le secaré las lágrimas.

¿Por qué no aceptar? Al fin y al cabo, era un hombre correcto y simpático. Mejor era distraerse un poco que encerrarse en casa entregándose a tristes pensamientos. Dudaba aún, cuando vio al conde de Lezea cruzar el vestíbulo en dirección a la calle.

—¿Va a salir, Myriam? —interrogó al pasar—. ¿Puedo acompañarla un rato? Quisiera decirle algo...

Mirábala con expresión desconcertada, figurándose que habría oído las tonterías de Sonia por teléfono. Sentía el deseo de explicarle que aquel encuentro había sido fortuito. Claro que no tenía obligación de hacerlo y que quizá fuese una estupidez, pero sentía un irresistible impulso de hablarle. Al fin y al cabo, ¿no podía decirse que eran buenos amigos? Vivieron una temporada con gran intimidad, y eso no podía olvidarse. Cierto que la intimidad no debió de ser muy dulce para la chiquilla, por culpa de sus nervios, pero..., así y todo, seguro estaba de que le tenía afecto.

La seguridad disminuyó notablemente cuando sus miradas se cruzaron y encontró sus ojos fríos e inexpresivos, al igual que su rostro, que parecía tallado en mármol.

—Lo siento —se excusó desviando la vista—. He prometido al señor... señor... —diose cuenta de que ignoraba el apellido del enamoradizo joven —, a este señor —puntualizó —, que saldría con él. De todos modos, se lo agradezco.

Miráronse rápidamente los dos hombres, conservando Robert su gesto risueño y divertido, y Juan María una expresión indefinible.

—En ese caso, diviértase mucho —le deseó.

—¿Por qué quiere darle celos? —preguntó el francés cuando el conde de Lezea desapareció por el jardín.

—¿Darle celos...?

—Sí. No diga que no. No la creeré. De todos modos, ha sido una suerte para mí que llegase tan oportunamente. ¿Vamos, rica?

—Vamos.

La florista suspiró, envidiando la suerte de Myriam.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Myriam creyó que, a pesar de la compañía del muchacho, pasaría la tarde amargada por negros pensamientos. Pero Robert D'Izières no era hombre que consintiera que una mujer se aburriese a su lado. Distrájola con sus frases burlonas y sus ocurrencias, y cuando se encontraron sentados en el salón del club de tenis saboreando unas bebidas, después de haber bailado juntos en la terraza, Myriam confesó que se divertía y que casi estaba contenta.

—Baila usted formidablemente —dijo.

—No es extraño. Ésa ha sido una de mis múltiples profesiones.

Le ofreció su pitillera. Y añadió en el mismo tono despreocupado:

—Creo que no existe en el mundo algo que yo no haya hecho. He vendido periódicos, he sido deportista profesional, comerciante, marinero, maquinista de tren, sablista, bailarín... y, actualmente, secretario de Sonia Nachtesca. ¿De qué se ríe?

—De su desconcertante cinismo... Confiesa que ha sido toda su vida un...

—Sinvergüenza —apuntó.

—Iba a decir desocupado.

—¿Por qué no? —Lanzó una bocanada de humo y la miró con sus acariciadores ojos, que le habían dado fama de irresistible—. ¿Sabe cuál es mi canción predilecta? —Tarareó a media voz —: *Nous sommes contents, chacun avec son destin*[1]. Vivo la vida al minuto. Jamás pienso en lo que vendrá después.

—Es usted un hombre curioso, señor...

—Robert D'Izières... ¿No le dije mi nombre? Discúlpeme.

—¡Robert D'Izières! —repitió Myriam, pareciéndole haberlo oído alguna vez.

—Sí, Robert. Puede llamarme Robertito, Tito o como prefiera. Hasta silbando.

—Creo haber oído su nombre en alguna parte. Robert D'Izières —deletreó—. ¿Ha estado en América?

—Volví de Nueva York hace cuatro años.

—¡Cuatro años...! Robert D'Izières...

—Por favor, ¿la ha enloquecido mi nombre?

—Nada de eso... Ya sé quién es usted. Es decir, ya sé de qué le conozco.

Por su imaginación pasaron el salón de baile de «La Caverna», la fisonomía de Shirley con su diente de oro, la del gordo Pick, la del pecoso Bill... ¡Qué lejano estaba ahora todo aquello!

—Usted... usted ha sido compañero de juergas de Archibald Canfield.

En su cara pintóse el más vivo asombro.

—¿La vieja momia? —Lanzó una carcajada—. ¿Quién se lo contó?

—Su chófer.

—¡Shirley! Un buen mozo, muy simpático, que cargaba a cuestas con su amo cuando éste había ingerido excesiva dosis de ginebra... ¿Era amigo suyo?

—¿Shirley...? Solamente conocido.

—¿También usted estuvo en América?

—Nací en Buenos Aires y me he criado en Nueva York.

—¿De veras? Por eso habla usted el español con tanta perfección.

—Mi madre era porteña, y mis abuelos, españoles —explicó—. Yo también me considero medio española. Pero no hablemos de mí.

—Hablemos de mí, que es mucho más interesante. De mi corazón en particular. Me gusta usted, Cleopatra.

—Me llamo Myriam.

—Un nombre precioso.

—¿No va a decir nada más de Archibald Canfield?

—¿Le interesa ese pajarraco? Me siento celoso.

—No sea bobo. Cuénteme algo.

—No he vuelto a saber de él desde que salimos riñendo a raíz de una juerguecita que le pareció demasiado agitada. Yo era una especie de secretario. Mi trabajo consistía en enseñarle a divertirse... preparándole las distracciones. Aquello acabó en un vuelco de automóvil y diez heridos en el hospital.

—¿Siempre ha estado dedicado a esas... honorables empresas?

Rió él, y Myriam pensó que indudablemente tenía gran encanto a pesar de su cinismo.

—No sea mordaz —le dijo—. Si usted quisiera...

—¿Qué?

—Podría hacer de mí un hombre sensato y trabajador. ¿No le tienta una obra tan filantrópica?

—Depende de las condiciones.

—Sólo con que correspondiese a mi inclinación...

—¿Inclinación?

—Ríase lo que quiera, pero le aseguro formalmente que me agrada usted más de lo que jamás me ha agradado mujer alguna. No voy a decirle que la adoro. No es posible adorarse en cinco minutos. Pero me atrae usted.

—¡Es usted muy vehemente, Robert!

—Sí. Ahora mismo, sin ningún otro formulismo, le pediría de buena gana que se casase conmigo... Y, probablemente, seríamos felices. Sólo que soy un solterón empedernido.

—¿Cómo puede vivir cerca de madame Nachtesca sin volverse loco por ella? Usted, tan impresionable ante los encantos femeninos.

—La Nachtesca es sólo un divertido ejemplar de mujer absolutamente egoísta. Hubo un tiempo, hace muchos años, en que creí amarla. ¡Pero ya pasó...!

—Ella... ¿le correspondió? —interrogó, interesada.

—Sonia sólo es capaz de rendirse culto a sí misma.

Variando de tono, la invitó:

—¿Bailamos?

«¡Lástima que un hombre tan encantador tenga tan mala cabeza!», se dijo Myriam más tarde, sofocada, después de haber bailado repetidas veces. Debía de estar acostumbrado a que las mujeres le rindiesen pleitesía. Era

uno de aquellos tipos que gustaban a todas. A todas... las que no estuvieran enamoradas de otro.

En aquel momento, la orquesta dejó en suspenso el bolero que interpretaba y comenzó a preludiar *La ninfa alada.* Oyéronse murmullos entre la gente: «¡Ha llegado la Nachtesca!»

Alzó los ojos para mirar la cara de su pareja, que sonreía con picardía.

—Lo menos le ha costado quinientas pesetas esta... delicada alusión de los músicos. Allí está, mirando a todo el mundo con aires de diosa.

—¿Es rica? —preguntó contemplando a la artista, que iba acompañada del honorable Rathbone.

Suspiró satisfecha de no divisar junto a ella a Juan María.

—¿Rica? Cualquiera lo sabe...

Tarareó de nuevo su típica canción: *Nous sommes contents, chacun avec son destin...*

—¡Perdón! —interrumpióse—. Mi tirana me está llamando. Acaba de hacerme un gesto impaciente.

Acompañó a Myriam hasta la mesa y aproximóse a la bailarina, con la que cambió breves palabras.

—Mi ama y señora necesita imprescindiblemente mis servicios dentro de media hora —explicó a Myriam al momento—. En este instante no estoy contenta de mi destino. ¿Quiere que la acompañe a su casa o al hotel?

—Voy a casa, pero no tiene necesidad de acompañarme.

—No diga tonterías, rica. Aunque me costase el empleo, la acompañaría. ¿Vamos?

Cruzáronse con Sonia al salir. Su mesa estaba rodeada por un grupo de admiradores. Myriam sostuvo su mirada escrutadora, y en los ojos de las dos mujeres brilló un relámpago de violenta antipatía.

# XV

— Ramoncho. El señor Arsoaga, de la habitación sesenta y ocho, quiere que bajes sus maletas a otro piso —indicó Myriam al botones.

El chiquillo hizo una mueca picaresca.

—Por esta vez tendrán que contentarse marido y mujer. No hay habitación libre. Dígalo así.

Después de advertírselo al celoso marido, interrogó a Celia:

—¿Está lleno el hotel?

—Completamente. Menos las habitaciones «inalquilables», como es natural.

—¿Cuáles son las inalquilables? ¿Las del último piso?

—Al contrario. Las del principal. Son las mejores. El año pasado las ocupó una princesa india. Casi siempre están vacías. Cuestan un dineral.

Myriam iba a replicar algo, cuando vio a Juan María que cruzaba el vestíbulo. No le había vuelto a hablar desde la tarde en que salió con Robert, limitándose a saludarle cortésmente a distancia. Algunas veces le vio acompañando a la Nachtesca, y el muro de frialdad adquiría gigantescas dimensiones.

Deseosa de fastidiarle, se puso los auriculares al verle llegar, simulando estar ocupada con una conferencia.

—¿Qué tal, Myriam? —saludó amablemente, como si nada hubiera ocurrido.

Vestía de gris claro, el color que mejor le sentaba, al contrastar con su bronceada piel.

—Perdone un instante —dijo, evasiva—. En seguida le atenderé.

Un diablillo tentador impulsóla a fingir que charlaba con un hombre. Coquetamente dijo al interlocutor imaginario:

—¿Cómo dices...? No puedo complacerte.

—...

—Sí. Ya sé que hace dos días que no nos vemos. Ayer fue imposible. Salí con el señor D'Izières, que me llevó de excursión. No podía desairarle.

—...

—No te creas en la obligación de sentirte celoso...

—...

—¿Admiradores? Pocos...

—...

—No soy mentirosa... No niego que me divierto enormemente. Robert es simpatiquísimo. Acaba de regalarme un ramito de orquídeas.

Mientras hablaba, acarició las flores que el secretario de la Nachtesca le ofreció al salir hacia la playa a tomar un baño.

—...

—No. No me gusta más que tú. Es diferente. Bueno... No quiero contestarte. Adiós..., tontísimo.

Volvióse hacia Juan María después de cortar la imaginaria comunicación y sonrió ante su visible fastidio.

—¿Qué deseaba? —preguntóle con sonrisa de «miel y vinagre».

—Nada. Absolutamente nada —replicó, francamente enfadado—. Sólo darle los buenos días.

—¿No quiere una orquídea para la solapa?

Hasta aquel instante, Juan María había ignorado que aborrecía las mencionadas flores.

—¿Orquídeas en la solapa? —dijo con mal humor—. No, gracias.

Hizo ademán de marcharse y volvió de pronto.

—¿Querrá telefonear a madame Nachtesca cuando yo me haya marchado? Dígale que un asunto urgente me ha impedido esperarla, como acordamos.

—¡Encantada! —exclamó con entusiasmo.

Su mirada perdió la agresiva frialdad, y preguntó cordialmente:

—¿Siguen bien sus primitas, Juan María?

Era la primera vez que le llamaba por su nombre. Juan María sonrió, aliviado.

—Están muy bien, gracias.

—Son encantadoras.

—Sí. Encantadoras.

—Sobre todo Mari-Julia —opinó Myriam.

—Yo prefiero a Rosa-Luisa.

—Todas son encantadoras.

Otro silencio violento.

—También Angelines es muy graciosa.

—Sí, lo es.

—Son..., no sé cómo decirlo... Bueno, encantadoras.

—Eso es: encantadoras.

Los dos rompieron a reír.

—¿Quedamos en que son encantadoras? —interrogó Juan María.

—Creo que hemos dejado bien sentado que estamos de acuerdo —repuso la joven en el mismo tono.

—¡Myriam...! ¿Por qué estaba usted tan... huraña estos últimos días...?

—¿Por qué me encontraba usted huraña, mi capitán...?

Las pupilas aceradas brillaron oyendo el título familiar.

—Jacobo, siento añoranza del velero *Barba Azul...*

¿Qué había ocurrido que el sol brillaba más y que el aire parecía saturado de fragancias? Myriam tuvo que hacer un esfuerzo para que Barba Azul no advirtiera su exaltación.

—Myriam —repitió de pronto —, ¿sigue considerándome un amigo?

—En realidad, ¿era usted mi amigo o mi enemigo?

—Su amigo. No lo dude. ¿Se enfadará si le digo una cosa?

—Creo que no. Pero no estoy segura.

—No puedo evitar el creer que tengo cierta responsabilidad con respecto a usted. Es casi una niña.

—No tanto —protestó.

—¿Diecinueve años?

—Veinte. No creo que usted tenga muchos más, abuelito.

—Veintiocho. Y cierta experiencia para poder darle un consejo.

—Le escucharé con respeto, mi capitán.

—Creo que se está usted volviendo... excesivamente coqueta.

Myriam abrió los ojos con asombro fingido.

—¿Coqueta?

—No es bueno para una muchacha el dejarse acompañar por unos y otros.

—¡Ah! —exclamó con gesto contrito.

—No me gusta nada que coquetee tanto —insistió —; nada. Es peligroso.

—Pero si yo no coqueteo...

Juan María indicó con visible repugnancia el ramito de orquídeas.

—Sé que me meto en lo que no me incumbe... Pero debe ser formal. Recuerde que me lo prometió.

Jacobo disimuló una sonrisa... ¿Estaría... celoso?

—No me riña, mi capitán. Si supiera lo triste que es carecer de afectos... A veces me siento cansada de la vida.

«Yo también dramatizaré, como la Nachtesca —se dijo—. Eso interesa a los hombres.» En voz alta agregó:

—El señor D'Izières es muy comprensivo y me consuela... Con mi otro amigo, el que acaba de telefonear, no salgo casi nunca. Es un vejete millonario y me horripila.

Juan María se inquietó aún más.

—Me apena que se sienta triste. Cuando necesite consuelo... ya sabe que puede recurrir a mí... —Puso su mano sobre la de ella, que reposaba en el mostrador—. Me llevaría un disgusto si algún día dejase de ser la chiquilla encantadora que es ahora...

Sus ojos se posaron en las manos, casualmente juntas. Ambos las retiraron a la vez.

—Tengo que marcharme —decidió, un tanto confuso—. ¿Se olvidará de dar mi recado?

—¡De ningún modo!

¡Cómo había de olvidarlo! Fue lo primero que hizo apenas él se alejó.

—Por favor —indicó a la doncella de la artista, que acudió a la llamada —, ¿no podría hablar con madame en persona?

Aguardó un rato larguísimo. Ya empezaba a impacientarse, cuando oyó su voz:

—*¡Alló!* ¿Quién llama...? ¡Quieto, *Minoux*!

—La empleada del vestíbulo. El señor conde de Lezea me ha encargado que le diga a madame lo mucho que lamenta no acompañarla esta tarde. Tiene algo más importante que hacer —explicó, dando el encargo a su manera.

Oyó una exclamación en francés, seguida de un silencio.

—¿Dijo eso? —preguntó con acento trémulo.

—Exactamente, madame. Con idénticas palabras.

—¡Es un estúpido!

—No, madame —saltó, impulsiva.

—¿Cómo?

—Digo... que no lo crea, madame.

—¿Con quién hablo?

—Con la empleada de la centralilla.

—¿Y qué ha dicho usted?

—He dicho que el conde de Lezea no es un estúpido.

—*Mais... vous êtes folle!*

—No entiendo el francés, madame.

—¿Se ha vuelto loca?

—No, madame. ¿Por qué?

—¡Es usted una impertinente!

—No, madame. Sólo me permito decirle respetuosamente que el conde de Lezea no es un estúpido.

—*Tais-toi, Minoux...!*

Oyóse un aullido del perrito, a quien su ama debió de lanzar lejos de mala manera.

—¡Qué empleada tan... extraordinaria...!

—Regular, madame.

—¿Se burla de mí?

—De ningún modo, madame.

—¡Oh, la, la..., *l'imbecile!*

Oyó colgar el aparato y se quedó un tanto aterrada. Su antipatía por la artista la había empujado demasiado lejos.

Apenas transcurridos dos minutos, la vio salir del ascensor y dirigirse como un relámpago hacia ella. Llevaba una de sus extravagantes batas, en

cuya cola estuvo a punto de enredarse.

—¿Es usted la impertinente que...? —Detúvose al reconocer a la muchacha a quien Robert acompañaba en el club de tenis. Sus ojos centellearon—. Ahora comprendo de qué se conocen.

—¿Quién? ¿El señor conde y yo?

—No hablo ahora del conde. Me refiero a Robert, a mi secretario.

—¡Ah! Sí. Me conoció aquí —repuso con el tono más inocente—. Es muy simpático y atento, madame. Por supuesto, como todos los que están a sus órdenes. Hoy ha tenido la delicadeza de regalarme este ramito. ¿Le gustan las orquídeas, madame?

La Nachtesca tiró el ramo al suelo con gesto iracundo. En voz baja, para no ser oída más que por la joven, la increpó:

—¡Cállese! Me está irritando los nervios con tanto «madame». Voy a dar queja de usted al director, por impertinente.

—No lo hará.

—¿No lo haré...?

—Creerán que madame está celosa. Y una artista como madame debe situarse siempre por encima de esas debilidades vulgares.

Repentinamente apabullada, Sonia la miró fijamente. Luego murmuró, con voz baja y tensa:

—¿Sabe que... creo que la odio?

—No me extraña. Yo la odio hace mucho tiempo.

—¿De veras? ¡Qué imprudente! Es malo atraerse mi enemistad...

—¿Sí? ¡Qué miedo!

—Voy a hacerle perder su empleo.

—Siempre habrá otros empleos. Yo también puedo fastidiarla a usted.

—¿A mí? ¡Pobre criatura! —Rió sarcástica—. ¿De qué manera?

—Quitándole varias de sus conquistas: al ridículo inglés, al conde de Lezea y al propio Robert.

—¿Ha dicho usted *quitarme?*

La Nachtesca no daba crédito a sus oídos. No sabía si reír o gritar.

—Eso he dicho. Todo es cuestión de proponérmelo...

En los ojos de Sonia brilló una ira salvaje.

—¡La desafío a que lo haga!

—Si se empeña...

—*La petite sotte!* ¡Quitarle un admirador a la Nachtesca!

De haberle sido posible, habría destrozado con sus propias manos aquella cara perfecta y aquel cabello rubio de su enemiga.

—¡Ahora mismo voy a ordenar que la echen de aquí!

—¿Me tiene miedo...?

—¿Miedo...? ¿Miedo, yo? ¡Puede quedarse donde está! Así se convencerá de que no la temo. ¡Atreverse a desafiarme a mí...! ¡A mí...! —rugió—. Sin duda, alguien le ha hecho creer, *petite imbecile*, que es usted bonita. En realidad, no está mal del todo... Pero le falta a usted algo..., algo...

Myriam, que también se iba excitando por momentos, la interrumpió:

—Sí. El *bluff* que a usted le sobra.

— *¿Bluff?*

—Las extravagancias, el dinero, la publicidad y todo eso... Querría yo verla tras este mostrador. Nadie le diría un solo piropo.

—¿No sabe que los mejores escritores del mundo me han dicho que soy la «mujer-tipo», la «única», la «super-mujer»?

—¿De veras? Los escritores se dejan engañar como criaturas...

Volvió a mirarla intensamente.

—¡La odio! —repitió—. Intente quitarme a uno solo de los hombres que me rodean. Deseo reírme de su fracaso.

—Creo que me reiré yo del suyo.

—Es usted ridícula. ¡Fracasar yo! *¡¡Yo!!* ¡La estúpida empleada! ¡Inténtelo!

Dio media vuelta y, sin aguardar el ascensor, subió por la escalera. En el primer rellano se volvió de nuevo para llamarla, entre dientes, *petite imbecile* y asaetearla con sus miradas preñadas de odio.

«Temo que me he metido en un difícil lío», se dijo Myriam tranquilamente, recogiendo las maltrechas orquídeas.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Poco antes de la hora de la cena, Celia pidió permiso al director para marcharse, pretextando tener un hermanito enfermo.

—Nunca he tenido hermanos —aseguró a Myriam guiñándole un ojo —; pero me ha invitado al cine un vecino mío y no quiero llegar tarde.

Myriam quedóse encargada de atender a la Sección de Flores, cuando se lo permitiera el trabajo. Y fue entonces cuando por casualidad se aproximó sir Cecil Rathbone, deseando adquirir un ramo para la Nachtesca.

Al verle, Myriam recordó sonriendo que se trataba de uno de los tres admiradores que jurara arrebatarle. Con su voz más dulce preguntó:

—¿Desea algo, señor?

—¿Le molestaría preparar un ramillete de rosas rojas?

—Con mucho gusto, caballero. No es molestia.

Sir Cecil posó su mirada distraída en el rostro de la muchacha, encontrándolo sumamente agraciado.

—¡Qué suerte tienen algunas mujeres! —suspiró ella mientras reunía las fragantes flores.

—¿Le gustan las rosas? —interrogó el ingenuo sobrino de lady Mónica.

—Mucho. Pero envidio a madame Nachtesca, que puede alternar con caballeros elegantes de la aristocracia, del gran mundo...

«¡Qué delicada alusión!», pensó el honorable, esponjándose y poniéndose colorado como un pavo.

—Haga dos ramos, por favor.

«Tiene razón Barba Azul cuando asegura que me estoy volviendo coqueta», pensó ella con remordimiento. En voz alta dijo:

—¿Dos...? En seguida, caballero.

—Uno es para usted, señorita. Ruego que lo acepte.

—¡Por Dios! Es demasiado honor.

—No faltaría más...

—No creo merecer...

—¡No diga eso...!

Deshacíanse en corteses protestas.

—Gracias. Bien decía yo que se notaba a la legua que era usted un verdadero aristócrata.

—No tiene importancia —murmuró el honorable mientras se alejaba.

«Esa conquista no sería muy difícil —pensó Myriam después —, ni la de Robert tampoco... Pero la de Juan María..., ¿cómo podría un grumete

pescar al capitán Barba Azul...?»

# XVI

Tumbados boca abajo sobre la arena de la playa, Myriam y Robert dejaban tostar sus cuerpos al sol. Dedicaban las mañanas libres a gozar del mar. Encantábales la playa, tan animada y hermosa, llena de colorido, con su incesante ir y venir de gente, los gritos bulliciosos de los niños, las risas de los bañistas, las voces de los vendedores de mariscos y golosinas pregonando sus mercancías, la música del altavoz de radio y el murmullo de las olas que rompían suavemente en la orilla.

—¿En qué está pensando, Myriam? —interrogó Robert, que gozaba de unas horas de libertad.

—En que esto parece un cuadro pintado al óleo con tonos vivos. El paisaje, tan luminoso. El mar, tan azul. Las montañas, tan verdes. La arena, tan dorada...

—...El cielo, tan claro..., y los labios de Myriam, tan rojos.

—¿Ya empezamos? ¿No puede hablar con formalidad ni un minuto siquiera?

—Sí. —Su rostro adquirió una expresión grave y exclamó —: ¿Qué opina de la ONU? ¿Cree que se decidirá a admitir en su seno a los esquimales?

Rieron.

—Es usted incorregible.

—Y usted también.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No encuentro nada que corregir en su personita. ¿Le apetece comer cangrejos?

—Me apetece.

Tras de comprar los sabrosos crustáceos, habló de nuevo:

—¿Sabe que estoy corriendo un riesgo inaudito?

Miróle, sorprendida.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Lanzó una risa burlona.

—Va a reírse, pero el caso es que madame Nachtesca me ha prohibido terminantemente que la acompañe.

Myriam no pareció sorprenderse en absoluto.

—Madame Nachtesca es una terrible acaparadora. ¿De modo que se está usted jugando el empleo?

—Algo por el estilo.

—No lo haga.

Los castaños ojos de Robert miráronla acariciadores.

—Nunca suelo contrariar mis deseos.

—¿Aunque le cueste quedarse en la calle?

—Estoy ya un poco cansado de esta colocación. Llevo un mes haciendo lo mismo, y jamás me ha durado tanto un cargo.

—¿Qué haría, en todo caso?

—¿Si la Nachtesca me enviase a paseo? No lo sé. Depende de usted.

—¿De mí?

Asintió, mientras le ofrecía la pata más grande de un cangrejo.

—Tenga. Mire qué hermosa. Estos sacrificios sólo los hago en su honor. Pues, sí. Depende de lo que decida esa cabecita. Aunque me tome a broma, vuelvo a repetirle que me gusta locamente. Si usted me quisiera, me convertiría en un hombre formal. Buscaría una colocación seria y...

—¿Vamos al agua? El sol calienta demasiado.

—Vamos, rica —respondió, sin molestarse por la brusca interrupción.

Se levantaron y juntos se sumergieron en la bahía.

—¡Deliciosa! —opinó Myriam, mientras nadaban hacia el gabarrón que, anclado a distancia, servía de límite a los nadadores prudentes.

—¿Sabe por qué está tan buena? Porque usted está dentro.

—El mar es lo que prefiero de toda la Naturaleza.

—Yo, de toda la Naturaleza, la prefiero a usted. ¿Se cansa?

—De ningún modo. Estoy acostumbrada a nadar.

—Lo siento. Me hubiera encantado remolcarla, para que luego me abrazase como a su salvador.

—¡Enemigo a la vista! —gruñó Myriam de pronto, sumergiéndose cabeza y todo.

—¿Qué dice?

Volvió a asomar su cara risueña.

—¡Enemigo a la vista! ¿No es Sonia Nachtesca la ocupante de ese balandro?

Robert, con la mano a guisa de visera, distinguió, en efecto, a la bailarina.

—Ella es...

—¡Márchese! ¡Pronto! Le va a ver a mi lado...

—No me voy.

—¿Por qué? No sea tonto.

—Porque el balandro que va detrás lo dirige ese guapo chico que a usted le gusta.

—¿Un guapo chico que a mí me gusta? —preguntó con el corazón latiendo de prisa.

—Sí. No lo niegue, rica. Recuerde que soy eso que las gentes formales llaman «un vividor». En cuestión de amores, jamás me equivoco.

—¿Por eso no quiere dejarme sola?

—Me da celos. ¡Maldición!

—¿Le ha picado un pez?

—Peor. La ha visto. Viene hacia acá.

—Y el balandro de madame también.

—¡Ánimo, Myriam...!

—¡Ánimo, Robert...!

Juan María arrió la vela de su *snipe* y se detuvo, saludándola alegremente:

—¡Buenos días...!

—A sus órdenes, mi capitán —dijo dando un par de brazadas y agarrándose a la borda de la embarcación con las dos manos.

—¿No quiere subir?

—No puedo. Voy acompañada.

—¡Ah! —La sonrisa se le heló en los labios divisando la rubia cabeza de Robert, que emergía a poca distancia—. ¡Ah! —repitió.

—¿Han estado haciendo regatas? —preguntó Myriam con fingida inocencia.

—¿Regatas?

—Veo el balandro de madame ahí detrás.

Volvióse Juan María y distinguió a la artista y a sir Cecil en otro *snipe*, que manejaba ella misma. Sonia le saludó y viró en su dirección.

—¡Cuidado!

Tres voces gritaron alarmadas: la de Juan María, la de Robert y la del propio sir Rathbone, viendo que el bote de Sonia casi atropellaba a Myriam. Ésta, advirtiendo a tiempo la maniobra, se sumergió hasta el fondo y volvió a salir sonriendo, agarrándose al otro costado del barco de Juan María.

Asustado y tan pálido como Robert, lanzó un grito:

—¡Creí que la había herido ese maldito bote!

—¡Cuánto lo siento! —se excusó Sonia. Y soportó impertérrita las furiosas miradas de los dos hombres.

—No se alarme, madame —respondió, burlona, la muchacha—. Hubiera sido un honor para mí. Y, a propósito, ¿me permite que aproveche esta ocasión para pedirle un autógrafo?

Sonia fingió no oírla y volvióse hacia Robert.

—¡Hola, Robert! No le había visto. Suba.

—Me estoy bañando —repuso secamente.

—¿No quiere pasear un poco?

—Me mareo —dijo con irónica sonrisa.

Sonia ocultó su despecho, poniéndose de pie sobre la proa, en estudiada actitud, mirando a Juan María.

Llevaba un elegante atuendo marinero. Pantalón blanco, que llegaba hasta el borde de la sandalia, y chaquetita azul marino, con botones de ancla. En la cabeza, un enorme sombrero de paja tosca, de alas amplísimas, que la favorecía extraordinariamente.

—Juan María, *mon petit*, ya sabes que te espero para tomar el vermut en el Club Náutico.

—Aún es pronto —replicó, no sabiendo cómo excusarse.

—No me lo parece. Tengo tantas cosas que decirte...

Sir Rathbone sintióse repentinamente molesto, creyéndose olvidado. Soltó a *Minoux* y a *Rigolo* en el fondo de la barca e intentó, en un alarde de equilibrio, ponerse también de pie. Odiaba los barcos. Tenían un balanceo horripilante y había instantes en que parecían ir a volcar. Además, resultaban sumamente inestables... Perdió de pronto el equilibrio e involuntariamente agarróse al timón, propinando a la barca un giro tan brusco que la Nachtesca salió como disparada por una catapulta y cayó al agua, con su elegante pijama y su sombrero de paja, que quedó flotando como un salvavidas extravagante pintado por Dalí.

—*Idiot! Stupide!*

Lanzóle estos insultos apenas salió a flote, con la cara roja de ira. Pero el honorable Rathbone no la oía, porque aún continuaba luchando con el equilibrio, hasta que optó, contra su voluntad, por seguir el camino de la bailarina y caer al agua de cabeza, igual que una pesada boya.

—*Imbecile! Maladroit...!*

La francesa continuaba insultándole entre dientes. ¡Hacer aquel espantoso ridículo delante de su rival!

Un grupo de bañistas acudió, atraídos por la curiosidad. Ninguno podía disimular la risa ante la cómica catástrofe.

Myriam soltó una carcajada, y el propio Juan María tuvo que morderse los labios para no imitarla.

Robert, ayudado por Sonia, subió al bote al honorable sir Cecil, que tenía un aspecto desolado, y por último subió también él mismo, llevando a las dos víctimas al club, donde cambiarían de ropa.

—Sonia no contaba con esta escena —dijo Myriam cuando el balandro se alejó.

—Eso creo —corroboró Juan María.

Ambos rieron de nuevo.

—¿Quiere subir ahora? —la invitó.

Por toda respuesta, ella izóse a bordo.

«Preciosa —opinó al verla con su bañador negro, sacudiendo el rubio cabello, que el gorrito de goma aprisionara—. Encantadora.»

—¿Quiere que demos una vuelta?

—Como mande, mi capitán. Ahora estamos otra vez en nuestro elemento.

—Es verdad, Jacobo. ¿Rodeamos la isla de Santa Clara?

—Antes no solía consultarme el rumbo, mi capitán.

—Tienes razón, Jacobo. Pero es que antes no llevabas ese bañador tan bonito.

Rió él suavemente, y ella no hizo el menor comentario. Callaron, contemplando el panorama de la bella ciudad vista desde el mar, con la mancha verde de los tamarindos sobre la playa y la gente apiñada en la arena, bajo los toldos de colores.

—*Si la lluvia te coge antes que el viento...* —tarareó Myriam.

—*... alista driza sin perder momento* —continuó Juan María—. Estás muy contento, Jacobo.

—Y usted también, mi capitán.

—Será quizá porque me encuentro en mi patria...

—Y yo... porque hace muy buen día.

Soplaba una fresca brisa, que hinchaba las velas y hacía inclinarse a babor el velero, que surcaba las aguas veloz.

«Me gustaría seguir así toda la vida —pensó —, navegando con él, sin rumbo fijo y sin pensar en nada.»

¡Cuánto amaba el mar! Era su mejor amigo desde que se metió una noche en un barco, en calidad de polizón. ¿Habríase curado Barba Azul de su amor por Sonia, o bien aquel despego que aparentaba era un ardid para interesarla más? Myriam sabía bien cómo la había querido. Todavía recordaba su delirio llamándola...

Por segunda vez, un hombre le preguntó aquella mañana:

—¿En qué piensa, Myriam?

Sonrió antes de responder:

—En Sonia Nachtesca. Es muy hermosa.

Juan María se encogió de hombros en silencio.

—Comprendo que sugestione a los hombres que son dados a admirar a las mujeres fatales... —siguió ella.

—¿Aunque éstas tomen un baño a la fuerza? —balbuceó Juan María, deseando variar la conversación.

—A pesar de ello.
Lanzó una mirada al gran reloj que se alzaba a lo lejos sobre la playa.
—¡La una! Tengo que marcharme.
—¿Se va?
—Debo estar a las dos en el hotel. Antes de almorzar.
Se colocó el gorrito de goma y se lanzó al agua con graciosa zambullida.
—¡Hasta la vista, mi capitán! —gritó—. ¡Buena singladura!
Contemplóla él mientras se alejaba nadando hacia la orilla y murmuró:
—Es adorable. ¿En qué estaría yo pensando, que no me di cuenta antes?

# XVII

Myriam no pudo hacer honor a los sabrosos guisos de doña Enriqueta, porque temía llegar tarde a su turno. Sin tiempo para tomar el postre, salió de casa velozmente, tomando el camino del hotel.

Sus pies, calzados con blancas sandalias, producían un agradable ruido al chocar con el asfalto. Llevaba un trajecito sencillo, de lino azul pálido, que le estaba muy bien, y las piernas morenas, libres de medias. Sentíase contenta mientras caminaba, recordando lo ocurrido a su enemiga unas horas antes.

No cabía duda de que la Nachtesca era su enemiga furibunda. Habíaselo demostrado cuando intentó atropellarla con el balandro.

«¡Pobre Robert! —pensó—. ¡Menudo día le espera, teniendo que aguantar el endiablado humor de su "ama"!»

Caminaba por el puerto, y repentinamente detúvose en seco, como si sus pies se hubiesen clavado en tierra. Acababa de ver un yate lujosísimo que le recordaba..., ¿sería posible? Con los nervios en tensión, volvió sobre sus pasos para leer el nombre escrito en la proa. Y al leerlo contuvo un grito de sorpresa, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

Aquel yate era... ¡el *Proserpina*!, propiedad de «la primera fortuna de Norteamérica», es decir..., el yate de Archibald Canfield.

Cuando la sorpresa le permitió volver a ser dueña de sus actos, su primer impulso fue echar a correr.

¿Qué hacía allí el barco de Archie? ¿Habrían conseguido dar con su pista? La idea la horrorizó de tal manera, que empezó a alejarse a toda velocidad. En el mismo instante oyó una voz familiar:

—¡Myriam! ¡Myriam!

Volvió a detenerse. Creyó que no había nadie en cubierta, pero advirtió una figura de mujer que le hacía señas, con el más vivo asombro pintado en

el rostro.

¿Soñaba o era... su hermana Alina? Antes de que tuviera tiempo de dudarlo, la muchacha bajó del yate y abrazó a Myriam fuertemente.

—¡Alina!

—¡Myriam!

Mezclaron abrazos y lágrimas de emoción.

—Pero... ¿eres tú, Myriam?

—Pero... ¿eres tú, Alina?

Otra vez se abrazaron, jubilosas, preguntándose, con la voz entrecortada:

—¿Cómo estás aquí...?

—¡Lo mismo digo yo!

Transcurrió un instante, hasta serenarse.

—¿Dónde podríamos hablar sin que nos molestaran? —propuso Myriam.

—En el yate. Todos duermen. Anoche pillamos un horrible temporal y nadie se acostó.

—¿En el yate? ¡De ningún modo! Confío en que no dirás a papá ni a nadie que me has visto. Yo te explicaré y...

—Pero, querida... ¡Si papá no está a bordo!

—¿No está? ¿Ni Marjorie...?

—Tampoco.

—¿Ni Archie?

Ruborizóse la muchacha y respondió:

—Archie, sí... Yo..., el caso es... que necesito yo también decirte algo. Puedes venir a bordo sin temor. Hablaremos en mi camarote. Nadie te verá.

Con recelo subió Myriam y ambas atravesaron la cubierta, en la que sólo se veían algunos marineros.

Una vez instaladas en un camarote lujoso, Alina cerró la puerta con pestillo.

—Cuéntame...

—Empieza tú primero.

—Empieza tú... ¿Cómo estás sola en el *Proserpina*, sin papá y sin nadie de la familia?

Alina pareció confusa.

—Pues... resulta que... te fuiste y se armó un revuelo terrible.

—Ya me lo figuro. ¿Cuándo advertisteis mi desaparición?

—A la mañana siguiente. Papá se puso furioso. Encontramos la carta de la «Imponente Abuelita» incitándote a huir, y en seguida lo comprendimos todo. Nadie se atrevía a decírselo a Archie.

—Se pondría hecho una fiera, ¿no? ¡Una burla así a Su Importante Persona...!

Alina volvió a enrojecer.

—Cuando Archie lo supo, opinó que, para salvaguardar su dignidad, era mejor llevar a cabo la ceremonia de todos modos.

Myriam creyó oír mal.

—¿Cómo dices? ¿Llevar a cabo la boda...?

Alina cerró los ojos para decir de un tirón:

—Sí... Archie decidió casarse conmigo.

Hubo un instante de embarazoso silencio.

—¡Alina! ¿Dices la verdad?

—¿Por qué había de engañarte? Éste es nuestro viaje de novios. Tú habías cometido aquella locura y yo no quise perder la oportunidad de casarme con el hombre más rico de América.

Myriam no podía creerlo.

—Pero... si no te gustaba...

Rió alegremente la casadita.

—Y eso qué importa. Tampoco me desagradaba. Recordarás que siempre te lo dije así. Tengo todo lo que soñé tener: alhajas únicas en el mundo, yates, millones, autoridad. ¡Es... maravilloso! No sabes lo que te has perdido. Me figuro que estarás arrepentida de tu insensatez. Pero ya no tiene remedio.

Myriam echóse a reír.

—¿Arrepentida? ¡Por nada del mundo!

¡Cómo iba a estar arrepentida de haber conocido a Juan María y de estar viviendo minutos inolvidables viéndole a diario! ¿Casada con Archie? ¡Ni por todo el oro de la tierra!

—Lee esto y entenderás mejor —dijo su hermana entregándole un montón de periódicos y revistas.

En la primera plana vio Myriam, impreso con gruesos caracteres:

*UNA BODA CON SORPRESA*

***CONFLICTO AMOROSO RESUELTO***

«Archibald Canfield, el opulento director de la. "Canfield Trust Corporation", que debía contraer matrimonio esta tarde con la bellísima Myriam Barlet, cambia de prometida en el último instante, casándose con una hermana de la novia, miss Alina Barlett.»

En la segunda página, dando toda clase de detalles hasta llenar la plana, vio como Archie había explicado su situación de modo que Su Importante Persona quedase libre del tremendo ridículo.

Según la prensa, el millonario habíase prometido imprudentemente con Myriam. Pero al conocer a la otra hermana la amó locamente, siendo correspondido. Jamás un Canfield habría faltado a su palabra, y estaba dispuesto a sacrificar su felicidad llevando al altar a Myriam. Pero, como en las películas, todo se resolvió de la mejor manera. Enterada a tiempo, Myriam decidió sacrificar las inclinaciones de su corazón y huyó horas antes de la ceremonia, dejando escritas estas palabras: «Sed felices.»

Tras de leer aquel cúmulo de mentiras, la ex prometida de Archie se echó a reír locamente. Seguía riendo hasta que su hermana la hizo callar.

—¿Qué te causa tanta risa?

—Que Archie siempre encuentra el medio de que su dignidad no salga mal parada. Es extraordinario. Creí que se quedaría apabullado. Y resulta que me devolvió el agravio, desairándome él a mí. Si tú eres realmente feliz, me alegra que las cosas ocurrieran así.

—Lo soy por completo. La ceremonia fue fastuosa. Hemos estado en Noruega, en Alemania, en Holanda, en Francia y en una porción de sitios más. Llevamos muchísimos invitados.

—¿En vuestro viaje de novios?

—¿Por qué no? ¡Es tan aburrido estar solos!

Volvió a reír Myriam.

—Puede que sí —corroboró—. ¿Y papá? ¿Qué dice papá?

—No alarmó a la policía, porque Archie no quiso escándalos. Nos asustamos un poco cuando supimos que no estabas con la «Imponente Abuelita». Pero yo me figuraba, de todos modos, que nada desagradable te habría ocurrido y que aparecerías cuando menos lo pensásemos. ¿Cómo conseguiste venir hasta aquí?

—Metiéndome en un barco que zarpaba para España. Ahora estoy colocada de telefonista. No pensaba volver hasta que todo fuese olvidado.

—Me figuro que vendrás con nosotros.

—De ningún modo, Alina —negó con energía—. Aún temo el justo rencor de Archie... Además... tengo un asunto entre manos que quiero dejar concluido.

—¿Qué clase de asunto? ¡Será correcto, eh!

—Completamente correcto. No temas.

—Pensamos salir esta tarde para Biarritz, donde recogeremos a otros invitados. Dentro de ocho días estaremos de regreso. Para esa época, ¿tendrás ya concluido el asunto de que hablas?

—Quizá —dijo Myriam con aire soñador.

—Entonces decidiremos lo que hayas de hacer, ¿no es así?

—Magnífico. Te permito que escribas a papá desde Biarritz diciendo que me has visto y que estoy bien, pero sin precisar dónde estoy, ¿comprendes? Eso le tranquilizará. Y también puedes ir preparando a Archie para que no me mire con mucha rabia en nuestra próxima entrevista.

—No irás a escaparte y a desaparecer de nuevo, ¿verdad? —interrogó su hermana, recelosa.

—Te prometo que no. Éstas son mis señas; puedes escribir o telefonearme cuando quieras.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas dinero...?

—¡Dinero!

Súbitamente recordó Myriam lo ardientemente que lo deseaba para realizar su plan.

—Ahora tengo dinero de sobra —añadió Alina con un tonillo de persona importante—. *Mi marido* no me niega nada.

—Entonces... ¿podrás darme unos miles de dólares, a guisa de préstamo?

—Pues claro, querida. Te daré lo que quieras. Gasta sin ningún escrúpulo. —Bajando la voz, agregó —: Archie es fastidioso a veces, ¿sabes? Pero tiene el enorme mérito de ser espléndido. Opina que cuanto más gaste, más brillo doy a su persona.

Myriam pensó que el maravilloso brillante que su hermana lucía en la mano derecha lo atestiguaba.

—Estoy contentísima de haberte encontrado, Alina, y de que todo se haya arreglado. Archie será muy feliz.

—Por supuesto. Él y tú no os comprendíais. ¿Te vas ya? —añadió, viendo que se levantaba.

—Ya te he dicho que estoy colocada. Si vieras qué agradable resulta ganarse la vida.

—¿Tú crees? Yo no cambiaría mi suerte por ninguna.

Abrazáronse de nuevo y volvieron a atravesar la cubierta con las mismas precauciones que al entrar.

—Adiós, Alina.

—Adiós, hermanita. ¡Que nos esperes!

—Sí. Hasta dentro de ocho días...

¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero!

Repetía la frase mientras caminaba maquinalmente en dirección a la playa. Alina era feliz con su dinero, y Myriam también, apretando los cheques dentro del bolsillo. Alina hacía de él el motivo de su vida, y Myriam necesitábalo en aquellos momentos, sólo como un complemento para conseguir al hombre que quería.

«Tengo ocho días de plazo. En ocho días seré feliz... o desgraciada para siempre...», pensó.

En lugar de tomar el camino del «Gala Imperial» dirigióse hacia la Avenida, deseosa de empezar a poner en práctica su plan.

# XVIII

Dos horas más tarde entraba en el fastuoso vestíbulo del hotel y, lo mismo que la primera vez, se detuvo buscando al director. En la centralilla telefónica vio instalado a un botones, supliendo su ausencia.

—¿A qué se debe esta retraso, señorita? —El director le hizo la anterior pregunta y en sus ojos había un resquicio de enfado.

Ella le detuvo con un gesto.

—Perdón. Deseaba decirle algo importante. ¿Puede escucharme en el saloncito?

Sus ojillos relucieron tras los cristales de las gafas y echó a andar sin pronunciar palabra, hasta que llegaron a la pequeña habitación, donde volvió a interrogarla con la mirada.

—Lo que voy a decirle quizá le extrañe y le cause una sorpresa —empezó Myriam, un poco aturdida.

—Bien. ¿Qué es ello?

—Yo... yo no soy una empleada corriente.

«Ya sé que no lo es —pensó el director, un tanto asombrado—. Lo vi desde el primer instante. Hay algo en ella que me hace esperar siempre cualquier sorpresa.» En alta voz respondió:

—¿Quiere explicarme eso?

Sonrió Myriam, tranquila.

—Yo le he mentido a usted.

Hubo una pequeña pausa. El director limpió sus gafas con la bayetita de franela.

—Mi nombre real es Myriam —continuó ella—. También es cierto que soy norteamericana. Pero no una muchacha pobre, como le hice creer. En Nueva York, mi padre maneja millones con la misma facilidad con que yo

he manejado aquí las clavijas telefónicas. Es uno de los magnates del... petróleo —explicó, exagerando las cosas.

Dejóse caer él en un sillón, demasiado aturdido por la sorpresa. Cierto que esperaba algo, pero no tanto.

—¿Y qué... qué más?

—Vine a España en viaje de recreo. Por broma, aposté con unas amigas a que sería capaz de ganarme la vida como una empleada cualquiera. Ahora, después de ganar la apuesta, mi broma ha concluido.

Por segunda vez en aquella temporada, Myriam fingió hacer apuestas absurdas.

—¡Asombroso! —pensó el director en voz alta—. He estado dando órdenes a la hija de un magnate...

—Sí.

Dirigióle otra de sus mejores sonrisas. A pesar suyo, él respondió de la misma manera. Aún no podía creerlo. Era inaudito.

—Este hotel me gusta. Espero que no habrá inconveniente en que me hospede aquí... —dijo con un tonillo presuntuoso.

—Claro que no —se precipitó el sorprendido director —; pero... temo que no habrá sitio libre hasta el mes próximo.

—Deseo precisamente esas habitaciones que los empleados llaman «las inalquilables».

El asombro no le permitió sonreír.

—¿Las *inal... qui... lables*...? —deletreó—. ¿La serie del piso principal?

—Sí. La que ocupó la princesa india el año pasado. Están libres, ¿no?

—Por supuesto..., pero...

—Pagaré dos semanas adelantadas.

—Bien, pero...

—Espero tenerlas dispuestas para mañana por la tarde. ¿Cuánto rentan diariamente?

El director, sin poder tragar saliva, citó una cantidad atroz.

—Aquí le dejo en garantía treinta mil pesetas. Ya me dará cuentas. Mañana vendré. Adiós. —Detúvose en la puerta recreándose en el efecto causado. El buen señor aún no podía dar crédito a sus oídos—. Perdone si le

he trastornado dejando el empleo tan repentinamente. Si lo desea, puedo quedarme un rato en la centralilla —añadió, burlona.

Púsose él en pie de un salto.

—¡De ningún modo, señorita! No faltaría más. Mañana encontrará sus habitaciones dispuestas. Puede venir a la hora que desee.

A punto estuvo de llamarla «Alteza», siempre obsesionado por la realeza petrolífera de su señor papá.

Myriam volvió a atravesar el vestíbulo, dirigiendo un amistoso saludo a Celia, fingiendo no ver sus gestos invitándola a aproximarse, ni las miradas curiosas de Ramoncho, el botones. Salió al jardín y encontróse en seguida en la calle. Tenía muchas cosas que hacer y poco tiempo disponible.

—¿Dónde va, monada?

Volvióse en redondo.

—¿Robert?

—Yo mismo. ¿No trabaja esta tarde?

—Ya no trabajaré más. He dejado el empleo.

Lanzó él una carcajada.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —interrogó Myriam.

—La coincidencia. Yo también he perdido el mío.

—¿La Nachtesca le ha... despedido?

—El inesperado baño de esta mañana la puso furiosa, y no estoy dispuesto a aguantar impertinencias. *Voilà tout!*

—¿Y lo dice tan contento?

—¿Por qué no? Tengo dinero en el bolsillo, treinta años y mucha vida por delante. —Tarareó su eterno estribillo —: *Nous sommes contents chacun avec son destin*…

—Óigame, Robert.

Al oír su tono grave, detúvose él en mitad de la avenida.

—¿Qué quiere, rica?

—Tengo algo que proponerle.

—¿A mí? ¿No irá a decirme que le encanto para marido?

—Sólo voy a ofrecerle un empleo.

Asombróse esta vez.

—¿Un empleo? ¿De conductor de taxi? ¿De bañero o de vendedor de pirulís?

—¿Es usted realmente mi amigo?

—¿Puede dudarlo?

En sus ojos leyó sinceridad. Se sentaron allí mismo, en un banco sombreado por una enorme acacia.

Myriam habló durante largo rato, y Robert, por vez primera en su vida, escuchó sin interrumpir. Cuando ella concluyó, miróla sin proferir palabra. Tras una pausa, murmuró:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente?

—Todo eso. Myriam la empleadita era más asequible para mí. —Por sus ojos pasó ligera tristeza—. En fin, me alegro por usted.

—¿Me ayudará o no..., Robert?

—¿Desea sinceramente que la ayude?

—¿Sí o no, Robert? —volvió a preguntar, impaciente.

Con una carcajada sarcástica, Robert exclamó, con su burlón tonillo de siempre:

—Sí, rica... *¡Sí!*

# XIX

Juan María se recostó en la silla. Con gesto preocupado dejó la minuta sobre la mesa, sin leerla.

El comedor del hotel se llenaba de gente. En su mesa, adornada aquella noche con claveles rosa, Sonia Nachtesca prodigaba sonrisas, en respuesta a los saludos de sus admiradores, teniendo frente a ella al honorable Rathbone, ajeno, en aquel instante, a todo lo que no fuese el exquisito pastelillo de *foiegras* que tenía en el plato. A su lado, sobre una silla, *Minoux* y *Rigolo* se alzaban en dos patitas para llegar a la mesa.

A pesar de la presencia, siempre interesante, de la bailarina, la gente dirigía sus curiosos ojos hacia otra mesa vacía, colocada en mitad de la terraza, iluminada. Por ser la única allí instalada y por estar tan adornada, atraía la atención. Ostentaba un mantel verde pálido, y verdes eran también las guirnaldas que lo adornaban, sin ninguna flor. En el suelo, macetas de pequeñas palmeras servíanle de marco.

Juan María, como todos, miraba aquella especie de... mesa real, preguntándose quién la ocuparía. Pero pronto sus pensamientos le hicieron olvidarla. Estaba angustiado por la ausencia de Myriam. Ni la tarde anterior, ni durante todo aquel día, había acudido a su trabajo. Ello le producía un desasosiego especial. Sería debido seguramente al sentimiento de responsabilidad que creía tener. ¿Dónde estaría? ¿Qué haría? De haber sabido su dirección, hubiera ido a buscarla. ¿Habría vuelto a marchar en busca de aventuras, metiéndose de polizón en otro barco cualquiera? La idea le causaba un intenso malestar. Saldría en su busca, hasta dar con ella, para... ¿para qué...? ¿Por qué tomarse tantas molestias por una muchacha desconocida? Al fin y al cabo, tendría que desaparecer de su vida tan de repente como entrara en ella.

Distraídamente oyó los comentarios que hacían sus vecinos de mesa sobre un nuevo huésped.

—Es hija del rey del petróleo. Todo fue una broma. Una apuesta.

—¿Entonces, aquella chica tan guapa...?

—La misma.

Risas y nuevos comentarios.

—Las norteamericanas son el demonio...

Juan María se sobresaltó. ¿De quién hablarían?

—Espero que se acordará de que fui yo quien le regaló el otro día dos cajas de bombones.

Juan María estaba sobre ascuas. Iba a volverse a pedir más detalles, cuando oyó anunciar:

—¡Ya está aquí!

La orquesta, que interpretaba *El cisne herido,* otra de las danzas de la Nachtesca, dejó ésta en suspenso y atacó los primeros compases de un *blue* americano, mientras uno de los músicos cantaba:

*— ¡Oh América, cómo te añoro...!*

Juan María miró hacia la puerta, con un inexplicable presentimiento.

En el umbral aparecieron primero dos enormes bultos blancos, dos hermosos galgos rusos, y tras ella, sujetándolos con una gruesa cadena dorada, la visión más radiante que los comensales del «Gala Imperial» contemplaran nunca. Era Myriam, maravillosamente vestida con un traje blanco, de forma griega, de tejido pesado y brillante, que moldeaba su esbelto cuerpo. No se adornaba con ninguna alhaja; llevaba, en cambio, una especie de collar extravagante hecho con menudas flores trenzadas. Parecía una juvenil diosa pagana. Los pies, apenas visibles por la largura de la falda, iban calzados con sandalias doradas, de altos tacones.

Era una visión deliciosa. La gente, electrizada, estuvo a punto de aplaudir.

Myriam avanzó por entre las mesas, dejando a su paso un intenso perfume. Tras ella avanzó también el guapo Robert, enfundado en un

esmoquin blanco, con una sonrisa desafiadora en los labios y un airecillo impertinente.

Al pasar ante la mesa de Sonia, que contemplaba la inaudita escena con los ojos abiertos hasta casi saltársele, Myriam saludó con graciosa sonrisa. Acariciando cariñosamente las cabezas de los galgos, a quienes *Minoux* y *Rigolo* ladraban con furia, se situó en la mesa de la terraza, con Robert enfrente y un galgo a cada lado.

Nadie comía. Todos dejaban la cena en suspenso, absortos ante aquel inusitado espectáculo. Juan María palideció. Se levantó y volvió a sentarse, para volver otra vez a levantarse y a sentarse de nuevo.

Era Myriam, Myriam, aquella criatura fascinadora que parecía la encarnación de la primavera. ¿De dónde habría sacado aquel lujo... y aquel...? Se volvió a levantar. Se sentó otra vez, no queriendo llamar la atención. La gente no apartaba los ojos de la terraza.

—Por favor, Robert. Háble me algo —suplicaba Myriam a su secretario, con encantadora sonrisa—. El comedor entero está pendiente de nosotros.

—Es natural. Está usted divina. ¿De qué quiere que le hable?

—De lo que prefiera. Por ejemplo, de aquel matrimonio viejecito que come al lado del balcón.

—No es un matrimonio. Son madre e hijo.

—¿En qué lo nota?

—En que ella tiene dos arrugas más.

Rió Myriam nerviosamente.

—Siga hablando, querido secretario.

—Bien. El tema de los ancianitos se ha agotado. Hablaremos de... los aspiradores de polvo. ¿No cree que son el invento más práctico del siglo? Veo que no me escucha. ¿Qué mira?

—A Juan María, que rabia por levantarse y venir. Está furioso.

—¿Y Sonia? Es un fastidio dar la espalda a todo el mundo.

—Sonia habla con el honorable Rathbone, gesticulando muchísimo y mirando para acá.

—Estará más furiosa aún que su conde por no ser el *clou* de la reunión.

—Y porque le he quitado ya uno de sus hombres.

—Cierto. Y el mejor de los tres, salvo mejor opinión.

—¡Oh!

—¿Qué pasa?

—Juan María ha estado a punto de levantarse otra vez. Ha variado de opinión.

—Mejor.

—Siga hablando.

—¿Quiere que interprete una especie de monólogo-conferencia? ¡No se ría «para el público», se lo suplico!

—¿Para el público?

—Sí. Sonríe usted para que la vean y no para responderme a mí. Atienda un poquito a su desgraciado secretario.

—Un secretario obstinado, que no admite sueldo.

—Aborrezco que entre usted y yo medie cuestión de dinero. La ayudo por el gusto de satisfacer su deseo y también por fastidiar a la Nachtesca. Y quizá por seguir alojándome a costa de otro en este «Gala Imperial», donde tan bien se come.

—Es usted... original. Creo que no he acabado aún de conocerle.

—No yo tampoco a usted. Siempre creo, la última vez que la veo, que ya no puede estar más bonita. Y al siguiente día me convenzo de que me he equivocado. A propósito, ¿quiere explicarme cómo ha conseguido adquirir tanta cosa rara en veinticuatro horas?

—¿A qué cosas raras se refiere?

—A su chófer japonés y al magnífico coche blanco, a las cuatro doncellas y a estos perrazos tan bien educados. Los vestidos habrá sido fácil adquirirlos.

—No lo crea. Tan sólo me han podido entregar éste y un par más. El resto me los irán trayendo en días consecutivos. Y respecto al servicio y todo eso, me lo ha proporcionado una agencia rapidísima. Todo es alquilado.

—¡Lo que puede el dinero de aquella vieja momia...! ¡Qué bien hizo usted en dejarle plantado, rica...! Hubiera sido un crimen de lesa belleza el casarse con él.

—Espero que agradecerá mi confianza, al relatarle toda la verdad, ayudándome discretamente.

—Es usted un diablillo, y yo tengo debilidad por las niñitas como usted.

—¡Ahí viene!

—¿Quién?

—El conde de Lezea.

Lanzó una carcajada fingida y simuló abstraerse en la contemplación de una copa, llena de *champagne frappé*. Juan María se detuvo ante su mesa, y Robert se levantó cortésmente.

—¡Myriam!

Dejó la bebida sobre el delicado mantel y alzó los ojos hacia el atractivo diplomático, que la miraba fijamente.

—¿Es usted, *mon ami*? —Imitó el modo de hablar de Sonia—. ¿Quiere sentarse con nosotros?

—No deseo sentarme, gracias —repuso secamente—. Sólo hacerle unas preguntas.

Robert alejóse discretamente hacia la balaustrada de mármol y contempló la sábana ondulada del agua, plateada por la luna. En sus ojos se apagó repentinamente toda animación.

—¿Hablarme? —interrogó Myriam con voz lánguida—. Puede hacerlo ahora mismo, Juan María.

—¿Quiere explicarme qué significan esta mesa, estos perros y ese vestido...?

Rió ella ligeramente.

—¡Qué pregunta, *chéri*...! Significan una mesa, unos perros y un vestido... ¿No le gusta mi traje? Robert dice que me sienta muy bien.

—¿Quién es Robert...?

—Mi secretario. El señor D'Izières.

—Myriam, por favor. Deje de una vez ese tono inaguantable, y dígame sinceramente qué historia es esa que corre por el comedor, de un rey del petróleo, de un empleo y de una apuesta...

—La historia que he hecho yo correr para que los curiosos se la crean.

—¡Ah! ¡Confiesa que es una fábula...! Entonces..., ¿de dónde ha sacado el dinero para esos lujos...?

Los ojos llameaban en el rostro enérgico y atormentado.

—Es usted un poquito indiscreto... Sepa que me lo han dado —replicó lentamente, sacando una larga boquilla de jade verde y encendiendo un cigarrillo.

—¡Se lo han dado! ¿Quién...?

—¡Qué curioso!

—¿Quién? —repitió, agarrándole la mano con brusquedad, a riesgo de estropear el fragante brazalete de jazmines blancos.

—No se exalte... Me lo ha dado Canfield.

—¿Quién es Canfield?

—Pues, sencillamente, Canfield. El del *trust* neoyorquino.

—¿El director de la «Canfield Trust Corporation»...?

—El mismo.

Complacíase en atormentarle, sintiéndose locamente feliz ante su mirada enfurecida.

—¿Y quién es Canfield para darle tal cantidad de dinero?

—Un buen amigo.

—¡Tiene usted unos amigos extraordinariamente desprendidos...!

La miró sintiendo deseos de... abofetearla... o de llevársela de allí con su traje fascinador y aquel perfume que embriagaba.

—En realidad, hubo un tiempo en que me adoraba —dijo, lanzando una bocanada de humo.

—¡Y lo confiesa con esa desfachatez...!

Dejóse caer en la silla vacía de Robert, aterrado.

—¡Myriam! Dígame... ¡Júreme que no ha hecho ninguna locura...!

—¿Locura...? No. Solamente he visto que las extravagancias de madame Nachtesca agradan a los hombres. Me he propuesto imitarla para divertirme un poco. ¿No valgo yo tanto como ella...?

—¡Infinitamente más! —contestó.

Arrepintiéndose en el acto, añadió:

—Me está dando el disgusto más grande de mi vida. ¿Qué le ha ofrecido a Canfield a cambio de su maldito dinero?

—Mi eterno agradecimiento.

—¡No se burle!

—Si lo que desea saber es si he hecho algo... incorrecto, le diré que *no*... He admitido su dinero sin dar nada a cambio.

—¿Me lo jura?

—Se lo juro.

Suspiró profundamente.

—Myriam. Aún está a tiempo. Suba a su cuarto, quítese esa ropa y devuelva el dinero a ese hombre. Yo repondré lo que haya gastado.

—¡De ningún modo!

—¿No?

—No. Quiero gozar de la vida.

Hubo una ligera pausa.

—Está bien. Tomaré entonces la determinación de denunciarla al cónsul para que la remita a su hogar.

—Es inútil que se tome tal molestia. Ayer cumplí mis veintiún años. En América se me considera mayor de edad.

Volvió a mirarla con ojos llameantes.

—Sigue un camino peligroso. Sea razonable. Es usted demasiado bella para jugar con los hombres.

—Le agradecería que no se preocupase por mí... ¿Quiere un cigarrillo?

—¡Me gustaría pegarle un cachete!

—¡Hágalo!

—Por última vez... Renuncie a esa locura...

—¿Me pide que renuncie y que vuelva a la pobreza? No quiero. A mí también me gusta tener coches, vestidos... y diplomáticos españoles enamorados de mí. —Juan María enrojeció ligeramente—. No insista, capitán.

—¡Ya no soy su capitán! —rechazó con cómica puerilidad.

—¿Ah, no?

—No. Entre Jacobo y usted no existe el menor parecido.

—Lo celebro. El pobre chico era una verdadera plaga —se burló ella.

—¿Sí...? ¡Pues entre aquel grumetillo y la Myriam frívola de este momento... me quedaría con Jacobo!

Y tras de llegar a esta conclusión, Juan María dio media vuelta y salió del comedor.

Le vio alejarse con mirada soñadora y llamó a su secretario alegremente:

—¡Robert...!

El aludido volvió a ocupar su puesto frente a ella.

—¿Victoria? —interrogó.

—¡Victoria...! ¡Está celoso!

… … … … … … … … … … … … …

Juan María no pudo precisar después dónde había pasado aquella velada. Recordaba vagamente que, tras de abandonar el hotel con una sensación amarguísima, echó a andar sin rumbo fijo. Se había sentado en varios cafés, pidiendo siempre coñac. Después entró en un teatro de revistas y, no pudiendo soportar el espectáculo, volvió a salir a la calle, deambulando por varios sitios, hasta volver a encontrarse ante la verja del «Gala Imperial». Eran las doce de la noche. Las luces de las múltiples ventanas agujereaban la sombra del edificio reproducida sobre el jardín. En el salón de fiestas bailábase. A sus oídos llegaba rumor de música.

Detúvose en seco al doblar un recodo del parque, contemplando el absurdo espectáculo que se celebraba en la piscina, iluminada por la luna.

Alguien estaba bañándose, y despertaba la curiosidad de muchos que contemplaban la escena. Acercóse y escuchó los nuevos comentarios:

—Dice que el bañarse a la luz de la luna conserva la belleza.

—¡Es una excentricidad!

—Sí. Pero una excentricidad agradable.

—Lo que está haciendo es burlarse de Sonia Nachtesca. Eso de bañarse con los perros, ¿qué es sino una burla? Por algo se ha ido la otra tan furiosa a su cuarto...

Juan María apretó los puños con ira. ¡Aquella chiquilla iba demasiado lejos!

—¡Mi ideal hecho carne! —oyó comentar a un chicuelo de catorce años que sorbía una naranjada en compañía de otro «caballero» de su misma edad.

Juan María miró de nuevo a la piscina. Dentro del agua distinguíanse tres sombras blancas. La de Myriam, con un *maillot* de aquel tono, y las de los gigantescos perros zambulléndose y nadando alegremente. La orquesta,

en la terraza, interpretaba *¡Oh América, cómo te añoro!* De pie, ante la piscina, estaba Robert, el secretario —¡odioso secretario! —, y una doncella sosteniendo su capa de terciopelo verde. Sin poder contenerse, se aproximó al agua y llamó a media voz:

—¡Myriam!

Acudió, como una graciosa ondina, seguida de los dos animales.

—¿Qué hay, *mon ami*? ¿No quiere bañarse? Baje conmigo. Se está muy bien. Soy Diana bañándome en un lago, entre bosques.

—Myriam, ¡salga de ahí!

Su voz sonaba como un torrente cuyos diques se han roto.

—Le aseguro que es delicioso. Siempre me ha gustado bañarme a la luz de la luna.

—¡Salga, he dicho!

—No me riña. No sea malo, malísimo —imitó a la Nachtesca. Una imitación tan exacta que el propio Juan María se hubiera reído, de no estar desesperado.

—¡Si no sale, la sacaré a la fuerza, aunque corramos el ridículo los dos!

Optó por obedecer y salió, envolviéndose en su extravagante capa.

—¡Es excesivo! ¡Excesivo! ¡No consentiré que dé más espectáculos!

Rió, burlona.

—¡Ven aquí, *Torbellino*...! ¡Quieto, *Terremoto!* ¿Le gustan mis perritos o los prefiere más grandes?

—No tengo gana de bromas. —La agarró de nuevo por la muñeca, apretándosela hasta hacerle daño—. Si vuelve a exhibirse y a hacer locuras...

—¿Qué...? ¡No veo qué puede haber de malo en que tome un baño a medianoche!

—¿Ah, no? ¿Le parece bien que los hombres no le quiten ojo? ¡Es una despreocupación inaudita!

Llegaban ante la escalinata del vestíbulo, seguidos por todo el séquito de secretario, doncella y perros.

—Yo sé lo que le pasa —dijo Myriam repentinamente.

—¿A mí? ¿Qué me pasa a mí?

—¡Que está celoso!

Juan María se detuvo en seco. Por su rostro pasó toda una serie de emociones: confusión, sorpresa, asombro...

—¿*Celoso*...? ¿Ha dicho que estoy *celoso*...?

—¡Eso he dicho! —le retó con la mirada.

Soltó una carcajada que sonó falsa.

—¡Celoso...! —murmuró—. ¡Celoso yo...!

Y con la sorprendente revelación de que otro acababa de dar el nombre justo a sus sentimientos, Juan María quedó en mitad del vestíbulo, como una estatua de piedra, viendo a Myriam subir en el ascensor.

# XX

— ¿Le preparo algún gargarismo, madame...?

Sonia negó con la cabeza, indicando con la mano a la doncella que se marchase y la dejara en paz.

¡En toda su existencia de... cuarenta y cinco años exactamente, no había tenido un humor tan endiablado! ¡Todo salía de la peor manera posible...! Según le había profetizado Guillermo Iradier, sentado frente a ella, en el «Drury Bar» de Nueva York, el «clima» de Europa le probaba mal. Creyó llegar con aire de triunfadora, con la seguridad de que Juan María volvería a caer a sus pies. Pero lo encontró frío e indiferente, sin prestarse a sus flirteos. Después... la rivalidad con aquella odiosa muchacha —¡con qué gusto la estrangularía! —, el *faux pas* dado la mañana que cayó al agua desde el balandro y el abandono de Robert, yéndose con la sorprendente criatura que resultó... millonaria. ¡Catastrófico...! Intentó inútilmente que Robert volviese a su antiguo empleo. Había respondido que se encontraba a gusto sirviendo a su nueva «ama». Volvió la espalda bonitamente.

Sonia lloró de rabia. Y aún no acabaron sus sinsabores. La fatalidad venía a aumentarlos enviándole aquella desesperada afonía que la había acometido repentinamente. La noche anterior se enfrió ensayando ante el balcón. Al intentar hablar por la mañana, encontróse con que su garganta sólo emitía un grotesco sonido exasperante.

Recluyóse en sus habitaciones haciendo gárgaras, sin querer recibir a nadie. La afonía continuaba, y tendría que pasarse la tarde sola y aburrida y, lo que era peor, dejando a Juan María y a sir Cecil bajo las garras de la estúpida rival, que aprovecharía su ausencia para cumplir lo prometido, arrebatándole sus admiradores. ¡Bastante desesperada estaba ya porque Robert hubiera tomado en serio lo de la despedida y la hubiese abandonado!

Salió a la terraza particular y acodóse en la balaustrada contemplando el maravilloso paisaje, cuya placidez poníale nerviosa. Por el jardín pasaban y repasaban jóvenes parejas que se encaminaban al cercano campo de tenis, pandillas alegres dispuestas a divertirse en el parque de atracciones de Igueldo. Excursionistas preparando sus coches, que les llevarían a Pasajes, a tomar mariscos, o a Biarritz a probar suerte en la ruleta. Niños que salían con sus ayas en dirección a los bellos jardines de «Alderdi-Eder» o a la playa, provistos de sus cubos y palas, y de redes para pescar cangrejos. ¡Vida! ¡Bullicio! ¡Distracción...! ¡Y ella allí, encerrada, sin poder ver a nadie!

Miró hacia la terraza perteneciente a la serie de habitaciones lujosas que había tomado «la Smith», encontrando un pequeño placer en recalcar la vulgaridad del apellido. La terraza de su rival, situada en el piso superior, se adornaba con arbustos y geranios. Hallábase vacía en aquel instante, y pronto divisó a lo lejos, en el jardín, al objeto de sus odios, exquisitamente ataviada con un traje malva pálido (¿qué modista la vestiría tan admirablemente?), acompañada de... ¡Cielos! ¿Quién era aquel caballero rechoncho y bajito, con la nariz diminuta y sonrosada que parecía una fresa madura...? Sí... ¡No había equivocación posible! ¡Era sir Rathbone...! ¡Había conseguido hablar con él, la muy ladina! Aprovechaba la circunstancia de que ella estuviera en baja forma.

Ganas le dieron de dejar caer una maceta sobre sus cabezas cuando ambos pasaron bajo la terraza y entraron en el hotel. No lo hizo por temor a su mala puntería. Podría producir una catástrofe hiriendo al inglés, cuya amistad le convenía. Que no se hiciese demasiadas ilusiones aquella estupida coqueta... El viejo estaba loco por ella. No habría mujer en el mundo capaz de arrebatárselo. Fue a retirarse, a desahogar su mal humor haciendo rabiar a *Minoux* y *Rigolo*, cuando oyó voces y risas en la terraza de su enemiga. Era «la Smith» con el inglés. Oía sus palabras perfectamente:

—Nada, querido sir Rathbone. No hay excusa posible. Tomará el té conmigo. Aún no sé cómo agradecerle su delicada atención al regalarme aquel ramo de rosas cuando sólo era una insignificante empleada.

¡Le había regalado flores el muy sinvergüenza! ¡Cualquiera se fiaba de las «mosquitas muertas»!

Oyóle responder, reventando de satisfacción:

—¿Aún se acuerda de aquella pequeñez...?

Ahora oía también el ruido de platos y tazas que los criados hacían preparando el servicio de té.

—Siempre he admirado la nobleza de la sangre. Quizá porque en América desconocemos otra aristocracia que la del dinero —hablaba ella—. Por eso, desde que le vi, deseé ardientemente su amistad.

El honorable se deshacía en cumplidos... ¡Cómo sabía halagarle, la muy fresca...!

—Ya sabe que puede contar con mi amistad, señorita Smith.

—Viéndole tan elegante, tan... gran señor, lamentaba de veras que se mezclara con personas sin... categoría social.

—¿Sin categoría? ¿A quién se refiere? —preguntó, alarmado.

—Pruebe estos pastelillos. Son deliciosos. Me refería a esa bailarina... Una mujer..., ¿cómo diré...?, poco... refinada. Espero que esto no le ofenda.

Vio Sonia al ingrato honorable negar rotundamente con la cabeza. ¡Oh, si ella pudiera gritarles algo, en lugar de emitir aquel pitido desafinado...!

—Un noble como usted debería acompañar solamente a personas escogidas. Al fin y al cabo, ella es sólo una cómica. Una mujer de las tablas. Y esto le denigra...

—¿Lo cree así de veras, señorita Smith?

Parecía realmente alarmado.

—He oído ciertos comentarios... «¡Qué pena que una personalidad tan ilustre como el honorable Rathbone acompañe a una mujer tan... ordinaria!» ¿No se ha fijado en lo ordinaria que es la Nachtesca? Siempre viste de rojo, de verde, de tonos fuertes. Puro teatro. Se ve a la legua su falta de refinamiento.

Sonia estaba a punto de cometer un asesinato. Si hubiera tenido a mano un revólver con seis balas, las habría descargado todas contra el techo de aquella terraza, donde su rival intentaba hacerle perder prestigio ante los ojos de su millonario admirador. No era que sir Cecil le gustase. Pero sería

un buen partido en el caso de que Juan María fallase. Sir Rathbone la haría su esposa.

—Ni como bailarina me ha agradado jamás —continuaba, implacable, «la Smith»—. No sabe danzar. Sólo da ridículos saltitos, como una grulla.

—¿Le parece a usted...?

Sir Cecil estaba realmente sorprendido. ¿Así veía la gente a Sonia? ¡Él que creía ganar prestigio acompañando a una mujer tan famosa...! Y se estaba desprestigiando...

—Está usted en su derecho, como es natural, de acompañar a quien desee. Pero es lamentable. ¡Lástima no habernos conocido durante su estancia en Nueva York! Yo le habría presentado a lo mejor de nuestra sociedad..., potentados y millonarios. Hubiera sido maravilloso ver reunidos el oro y la nobleza. Y aun podríamos haber proyectado algún negocio por todo lo alto. En América vamos siempre al negocio... ¡Algo que nos hubiera producido millones..., billones..., trillones...!

Sir Rathbone, que jamás se había preocupado del dinero, estaba mareándose ahora, ante aquel río de trillones que pasaba ante sus ojos.

—Sí —murmuró al fin—. Ha sido lástima. Una verdadera lástima, pero nunca es demasiado tarde...

Parecíale a Sonia que la voz sonaba alterada.

—Creo que tiene razón al decir que la compañía de madame Nachtesca no me favorece gran cosa —admitió—. Un diputado del Parlamento inglés como yo...

—¿Es usted diputado?

—Sí —afirmó modestamente.

—Entonces... procure no cometer imprudencias irremediables, que malograrían su carrera política.

—¡No me asuste, querida amiga...!

—Sería terrible que cuando pidiese la palabra en el salón de sesiones, alguien del partido contrario le gritara: «¡No tiene autoridad para hablar de este asunto! ¡Dedíquese a acompañar bailarinas, viejo licencioso...!»

Sonia ahogó un rugido de ira. De un puntapié destrozó el florido macizo de hortensias que adornaba la balaustrada... Iba a morir si seguía escuchando un minuto más...

—¡Espantoso! —corroboró el inglés, secándose el sudor de la frente. Estaba aplanado... Lo que acababa de insinuarle era catastrófico—. No sabe cuánto le agradezco su insinuación... La agradeceré eternamente... ¡Qué diría Mónica!

—¿Mónica...?

—No me haga caso... Pensaba en voz alta. Mónica es mi madrastra. Es decir, mi tía. Es decir, la hermana de mi madre, que era mujer también de mi padre...

—Comprendo. —Myriam salió en ayuda del aturdido caballero—. Será sin duda una noble dama que encontraría de muy mal tono que usted haya acompañado a esa mujer.

—¡Por supuesto! Creo que... se enfadaría horriblemente. Yo esperaba que no lo supiese nunca.

—¡Amigo mío! ¡No sea ingenuo! Los personajes ilustres jamás pasan inadvertidos... Será milagroso que no se sepa ya en Londres que el honorable Rathbone ha flirteado con la escandalosa Nachtesca.

Sir Cecil estaba a punto de llorar. Poniéndose rojo como un pimiento, exclamó amargamente:

—¡Oh Dios mío! ¿Por qué habré conocido a esa fatídica mujer...?

—¡¡No puedo más!! —rugió al fin Sonia—. ¡Estallaré de rabia...!

Entró en el salón y oprimió furiosamente el timbre.

—Jacqueline —dijo con un hilo de voz a la doncella —, temo que... voy a desmayarme... Sosténme...

Pero antes de que la camarera pudiera entenderla, se dejó caer pesadamente sobre el diván, presa de un ataque de nervios, aplastando a *Minoux* y a *Rigolo*, que salieron dando aullidos.

… … … … … … … … … … … … …

Cuando por la noche, un poco mejorada de su afonía, envió recado al inglés, dispuesta a decirle algo poco grato, enteróse, con la consiguiente desesperación, de que había tomado dos horas antes el avión, para reintegrarse al hogar y a la tutela de la honorable Mónica.

# XXI

Acababa Myriam de levantarse y de tomar su baño, cuando oyó una llamada telefónica.

—¡Soy Mari-Julia! —anunció una voz al otro extremo del hilo.

—¿Mari-Julia? ¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás?

—Perfectamente. Vengo a buscarte.

—¿A mí?

—Sí. Vamos de excursión, a comer en un caserío. Te necesitamos imprescindiblemente.

—¿Quiénes sois los que me necesitáis? —puntualizó.

—Pues mis hermanas y yo. Nos acompaña la *fräulein*, que está de vuelta.

—¿Y... *nadie* más?

—Nadie más, aparte el chófer, naturalmente. Abuelita se aburre en el campo, y papá y mamá han ido a San Juan de Luz; de modo que gozamos de libertad absoluta. No me digas que no vienes, porque lloraré aquí, delante de todo el mundo. Estoy abajo, en el vestíbulo de tu hotel. El coche nos espera a la puerta con toda mi colección de hermanitas, que de seguro están impacientándose. ¿Bajas?

—Bajaré en cinco minutos.

Colgó el teléfono y canturreó alegremente. Tentábale una excursión en compañía de las chiquillas. Oiría hablar de Juan María y descansaría un poco de tantos coqueteos agotadores.

Se vistió con un traje de hilo blanco y reunióse rápidamente en la puerta con el grupo alegre de las niñas y del aya alemana, que la acogieron con alborozo.

—¡¡Myriam!! ¡Llevamos una merienda muy rica! ¡Dulces y todo...! —gritó Rosa-Luisa echándole los bracitos al cuello.

—¡Veremos las vacas del caserío!

—¡Cogeremos manzanas de los árboles!

—¡Lo que nos vamos a divertir...!

El coche arrancó. Durante tres cuartos de hora atravesaron prados con todas las tonalidades del verde, sin perder de vista la cinta azulada del mar.

—¡Qué lástima que Juan María no estuviese en el hotel! Hubiera venido con nosotras. ¡Sabe jugar tan bien! —comentó Angelines.

—Juan María está hecho un hurón. La otra tarde le encontramos en San Juan de Luz, y no fue capaz de decirnos nada. ¿Contigo también está enfadado, Myriam...?

—Sí, también. Está un poco tonto. No hay que hacerle caso.

¡Y tan enfadado como estaba! Desde la noche en que la hizo salir de la piscina no había vuelto a dirigirle la palabra. Apenas entraba en el comedor, él se marchaba, como si le fuese imposible soportar su presencia. Los días pasaban, y Archie y Alina regresarían de un momento a otro, obligándola a tomar una determinación: marcharse o quedarse. ¿Y con qué pretexto iba a quedarse en España? Su padre no lo permitiría.

El caserío a donde se dirigieron llamábase «Ñaso-Enea». Estaba situado en lo alto de una montaña, desde la que contemplaron un paisaje hermosísimo. Las chiquillas se apearon, dando gritos de júbilo, y pasaron la mañana entera correteando, imitadas por Myriam y por la propia *fräulein*, que era una muchacha de poco más de veinticinco años, rubia y sonrosada.

Bañáronse en un arroyo que corría a poca distancia, cuyos guijarros se transparentaban desde el fondo y relucían al sol. Cogieron manzanas de los árboles, comiéndolas allí mismo, un poco verdes todavía, pero grandes y jugosas. Vieron ordeñar las vacas y bebieron leche caliente, que la casera les sirvió.

Tras la comida, tan justamente ponderada por Rosa-Luisa, tumbáronse sobre la hierba, fina como seda y cuajada de flores amarillas. Myriam sentíase rejuvenecida, creyendo haber vuelto a su cercana infancia, cuando vivían en la Argentina y pasaba los veranos en la estancia de la «Imponente Abuelita».

¿Qué pensaría la «Imponente Abuelita» de su desaparición? Estaría asombrada de que no hubiese acudido a refugiarse allí... Sonrió de sus

propios pensamientos. Si el velero *Barba Azul* hubiese ido a la Argentina, la aventura habría acabado antes. Y ella no tendría las deliciosas esperanzas que empezaban a forjarse en su corazón...

—¿A qué jugamos? —preguntó Lolín, una vez reposado el almuerzo.

—Al escondite.

—¡A la gallina ciega...!

Echaron pajitas, para ver quién se quedaba, y la suerte recayó en Myriam, que tuvo que vendarse los ojos.

—¡¡Ya vale!!

Corrían las niñas, y corría Myriam vacilante, tropezando a veces y cayendo de rodillas sobre el fresco musgo.

Oyó, lejano, el ruido del motor de un coche que pasaba por la carretera, y luego los gritos alborozados de las niñas, rápidamente contenidos para no delatar su situación.

—¡Rosa-Luisa! ¡Lolín...! ¡Gritad un poco para que yo me oriente! —dijo Myriam haciendo portavoz de las manos.

En una de sus vueltas agarró un trozo de tela áspera y la sujetó fuertemente.

—¡Ya te tengo! ¡Eres muy grande y debes de ser... Mari-Julia!

—No soy Mari-Julia —dijo una voz conocida.

Acto seguido, Myriam quitóse la venda de los ojos, encontrándose con Juan María, que la miraba con el ceño fruncido.

—¡Caramba! —murmuró, confusa—. ¡Qué agradable sorpresa...!

—Sí. No esperaba hallarla aquí... con mis primas.

Hablaba sin mirarla, como si entre los dos jamás hubiera existido la menor amistad.

—¿Sigue enfadado conmigo...?

—No me tomo la molestia de enfadarme con usted. No vale la pena.

—Yo juraría lo contrario. De seguro encuentra pecaminosa mi compañía para estas ingenuas criaturas.

—Puede que sí...

Miróle burlona.

—¿Nunca volverá a hablarme cariñosamente...?

—¿Devolvió el dinero a Canfield...? —dijo sin contestar a su pregunta.

—Ya le expliqué que no pensaba hacerlo.

—Entonces... no espere que sea amable.

—¡Primo Juan-Mari! ¡Qué risa! ¡Te ha cogido a ti creyendo que eras una de nosotras!

—¿Cómo has venido por fin? —interrogó Mari-Julia.

—Me dieron tu recado en el hotel.

—Juan-Mari, tienes que ver las vacas y los terneritos, que son los niños de las vacas. ¡Verás qué bonitos!

—También hay gallinas...

—Y un cordero con una campanita al cuello.

—Juan-Mari, ven a beber agua del arroyo. Está fresca. Myriam la coge con las manos. Sabe mejor que en el vaso. Verás como te gusta.

—De ningún modo —protestó ella.

—¡Primo Juan-Mari! —gritó Rosa-Luisa, consternada—. Myriam dice que no quiere que bebas en su mano. Dile que sí.

—No tengo sed —concluyó en tono terminante.

Myriam rió viéndolo tan enfadado... Cuando le afectaba tanto era porque... porque...

Agachó y arrancó una hoja del suelo.

—Un trébol de cuatro hojas. Dicen que da buena suerte. Si consigo lo que deseo...

—¿Qué deseas?

—Que Juan María recobre el buen humor —dijo maliciosamente.

Volvió éste a mirarla y replicó a media voz:

—En su mano está el conseguirlo.

Volvieron a sentarse sobre la hierba, formando un gran corro.

—¿A qué jugamos ahora?

—A las prendas.

—Yo no quiero estar sentada —rechazó Lolín—. ¡A justicias y ladrones...!

—Bueno, pero yo soy ladrón —repuso Nieves.

—Echaremos suertes. ¡Vamos, Juan-Mari!

—Dejad a Juan-Mari, que no tiene ganas de jugar. Jugaremos nosotras —dijo Mari-Julia sensatamente. Y agregó en voz baja —: Aún continúa con

el mismo humor insoportable.

Alejáronse las niñas con la *fräulein*, y Myriam se quedó con él.

—¿Usted no juega? —preguntó con tono desabrido.

—Yo no. ¿Y usted?

—Tampoco.

Rió ella alegremente.

—¿De qué se ríe, puedo saberlo...?

—De usted.

—¿De mí? Bueno. Siga riendo lo que guste.

—Es muy gracioso esto, mi capitán —dijo mordisqueando el tallo de una flor amarilla.

—¿Gracioso.....?

—Pretende que yo devuelva su dinero a Canfield y que acepte en cambio el suyo, para reponer lo que haya gastado. No veo por qué ha de estar mal que lo acepte de él y esté bien que admita el de usted.

Quedóse él un poco indeciso.

—En mí no hay la menor malicia —dijo.

—En Canfield tampoco.

—No lo creo. Usted misma confesó, en un momento de sinceridad, que la había querido hacía tiempo.

Encogióse de hombros, sin contestar.

—Además —añadió Juan María, iracundo —, he decidido desentenderme completamente del asunto.

Myriam desvió los ojos hacia la cima de los montes lejanos, que se distinguían a través de una bruma lechosa.

—¡Ah! ¿Sí? Lo dice de veras?

—En realidad, nada me importa lo que usted haga. Es una tontería preocuparme.

—Me parece una gran decisión.

La miró para ver si se burlaba, pero no pudo descubrir malicia en aquellos ojos acostumbrados a desafiar de frente a personas y cosas.

—Celebro que estemos de acuerdo —concluyó.

—Por lo tanto, ya no hay motivo para que siga enfadado, ¿no?

—¡Pretende que no esté enfadado cuando la veo hacer toda clase de extravagancias! —saltó, olvidando que acababa de asegurar que nada le interesaba. Diose cuenta, después, de su lapsus, y agregó con indiferencia —: Además..., no estoy enfadado por eso.

—¿Por qué, entonces...?

—Porque dijo usted la otra noche que yo estaba celoso. Eso es absurdo.

—¿Absurdo? ¿Sigue creyendo, como cuando estábamos a bordo, que no es posible que se enamore alguien de mí?

—Nunca dije tal necedad.

—¡La insinuó...!

—No recuerdo.

—Fue aquel infausto día en que le besé en la frente.

—¡Ah! Vamos. El día en que usted me comparó con un gato enfermo y juró que cualquier marinero le agradaría más que yo....

Aquella frase martilleaba noche y día sus oídos.

—Sí. Precisamente —afirmó con tranquilidad.

—Bueno. ¿Y qué más...?

—Pues que... —Echóse a reír—. La verdad, no me acuerdo por qué habíamos empezado la discusión.

—Porque me molestó que me creyese celoso —apuntó, no queriendo perder la ocasión de seguir regañando y desahogar su mal humor.

—Retiraré lo de celoso. Hagamos las paces. Comprendo que era inadecuado. Usted no está enamorado de mí.

—No. No lo estoy —repitió, deseando convencerse a sí mismo.

—Confiese, para desagraviarme al menos, que ve en mí suficientes encantos como para enamorar a otro hombre que no esté loco por la Nachtesca.

—¡¡Yo no estoy loco por la Nachtesca!! —atajó con energía—. Es una excéntrica ridícula. Mentira me parece haberme interesado por ella alguna vez.

Volvió Myriam la cara para otro lado, deseando que él no viera su sonrisa.

—¿No me cree? —preguntó de nuevo Juan María.

—¿Por qué no he de creerle? Además, me interesa poco, si he de serle franca.

—¡Claro! Yo soy un gato enfermo para usted, y cualquier marinero...

—No repita eso, por favor... Ya lo ha dicho antes.

Hubo una pausa tormentosa.

—Es usted... una criatura insoportable —la increpó.

—¡Y usted una fiera! Se pasa usted todo el tiempo regañándome.

—Lo merece. Pero nunca más lo haré, pierda cuidado. —Parecíale realmente ofendido, y Myriam contuvo los deseos de reír que la acometían —. Puede hacer las extravagancias que desee: casarse con su secretario, tirarse desde una montaña, dejarse ahogar en el mar... Jamás me interesaré...

—¡Ay...!

Dio ella un ligero grito, mirándose un dedo.

—¿Qué le ha pasado? —interrogó con inquietud.

—Me ha picado un bicho...

Cogió él su mano, mirando el minúsculo puntito rojo.

—Habrá sido uno de esos endiablados mosquitos verdes. En seguida se le pasará. ¿Le duele...?

—Creí que había usted jurado no inquietarse por mí...

El contacto de sus manos les produjo una inexplicable felicidad. Incapaces de separarlas, susurró él a su oído:

—Myriam... Myriam...

—Juan María —replicó, embriagada con la mutua contemplación.

—Yo...

—¿Qué, Juan María...?

—¡Hemos visto una rana! Una gran rana verde y fea, con los ojos saltones y la cabeza grande.

El grupo de niñas, que llegaba corriendo, rompió el encanto. Pusiéronse en pie, confusos.

—Es tarde. Tenemos que marchar.

Myriam se adelantó a recoger las cosas, tratando en vano de calmar los latidos de su corazón.

—¡Yo voy en el coche de Juan-Mari! —gritó Rosa-Luisa.

Distribuyéronse en los dos coches, y Myriam tuvo que subir en el otro, con Mari-Julia, Nieves y la *fräulein*. Sus ojos se rehuían. Juan María, conduciendo, aparecía inescrutable.

Cuando entró en el hotel, Myriam llevaba fuertemente apretado en la mano el trébol de cuatro hojas que recogió en el prado.

Subió a sus habitaciones canturreando y abrió la puerta del lindo salón particular, esperando ser recibida por la sonrisa amistosa de Robert, con sus infinitas preguntas. Pero quedó sorprendida, hallando, en lugar del joven, la bella e insolente figura de la Nachtesca.

—¿Qué hace aquí? —interrogó.

—Estaba esperándola. He venido a charlar con usted.

—No tengo nada que decirle.

—Yo sí. Deseo felicitarla.

—¿Por qué?

—Por su triunfo. Me ha quitado a dos de los hombres que me prometió. Indudablemente me quitará el tercero.

—¿Viene... sólo para decir eso...?

—Para que vea que sé perder.

—Tiene un gran espíritu deportivo.

Sonia encendió un cigarrillo y lo puso en su boquilla de marfil. Myriam cogió la suya y la imitó.

Las dos mujeres se miraron fijamente.

—Me imita muy bien.

—No es cosa difícil.

—Ya sé que me considera una mujer vulgar, cuya compañía denigra a un aristócrata, y que además bailo como una grulla —exclamó con sorda cólera.

—¿Sabe todo eso? —replicó tranquilamente.

—Oí la buena ausencia que le hizo de mí al imbécil del inglés.

—No creo lo que dije. Sobre todo, en lo que respecta a su arte. Mi opinión es que baila admirablemente.

—Le agradezco su bondad —comentó con sorna—. Un día le dije que la odiaba. Creo que es poco, para lo que siento hacia usted. Y respecto a la imitación que hace de mi persona, no me ofende en absoluto. Me divierte.

Myriam sentíase ahora tan contenta, recordando lo sucedido aquella tarde, que deseó ser amable.

—En realidad, no tengo el menor deseo de mortificarla. La fatalidad quiso que se cruzase en el camino del hombre a quien quiero...

—¿Se ha enamorado de él? —interrogó con ojos centelleantes.

—¿Le interesa?

—¡No hay nada en el mundo que me interese más! Creí que sólo sería un capricho pasajero y que luego se cansaría usted. Sé que, entonces, él volvería a mí. Estamos hechos el uno para el otro. Ha vuelto a mí infinidad de veces.

—Si he de serle franca, no veo la menor afinidad entre ustedes.

—¡Usted qué sabe! Lucharemos sin cuartel. Ese hombre es... mi único amor.

Sus labios temblaban.

—¡Y el mío también! —confesó Myriam.

—¡Yo le conocí antes!

—Eso, ¿qué importa?

—¡Nos hemos amado siempre!

—¡Mentira!

—¿Se atreve a dudarlo? —gritó la bailarina con los puños crispados de rabia.

—Juan María me ha confesado que nunca la quiso.

Sonia rió, aliviada.

—¿Juan María? ¿Habla usted de Juan María?

—¡Naturalmente! ¿De quién, si no?

Volvió a reír la Nachtesca. Pareció rejuvenecer, libre de un gran peso.

—¡De Robert! ¡Yo hablo de Robert! —aclaró.

Hubo un prolongado silencio, roto al fin por Myriam.

—¿De Robert? ¿Se refería a él al considerarlo el amor de su vida?

—¡Claro que sí, *petite sotte*! Mi Robert. Nos quisimos hace años, cuando empezamos juntos nuestra carrera artística. Es el hombre apropiado para mí. El único a quien yo soy capaz de suplicar, ¿comprende? Le dejé por temor a que perjudicase mi carrera artística. He vuelto a encontrarle al cabo de tanto tiempo, y usted me lo ha arrebatado. ¡La mataría por eso!

—No tengo el menor interés en retener al señor D'Izières.

—Quizá no. Pero él se interesa por cualquier chica bonita: Es su defecto.

En sus ojos leyó sincera amargura. Lamentó haberla hecho sufrir con el equívoco.

—Su Robert es un buen chico... Probablemente la hará sufrir toda la vida, pero nunca nos enamoramos de quien nos conviene... Esta misma noche le devolveré a su secretario.

—¿De veras lo hará?

—Se lo prometo.

—Está bien. Gracias.

Dirigióse hacia la puerta y volvióse en el umbral:

—No puedo simpatizar con usted, a pesar de esto.

—No necesito su simpatía.

Encogióse de hombros la francesa y añadió, antes de marcharse:

—Por si no lo sabe, le diré que el conde de Lezea la adora. Me he dado perfecta cuenta.

Y, cogiendo la cola de su bata, dio media vuelta y desapareció.

# XXII

En aquella misma noche, el «Gala Imperial» inauguraba la temporada de fiestas veraniegas con un baile y una verbena brillantísimos.

Juan María recorría el jardín lentamente, contemplando las fantásticas iluminaciones. Por todas partes luces entre el follaje, puestos de refrescos, pistas de baile, dos o tres orquestas, columpios en rincones apartados, propicios para el diálogo, y un intenso olor a flores mezclándose con el acre perfume salino del mar.

Invadía el jardín y los salones del hotel una multitud elegante y animada, por entre la cual veía pasar y repasar continuamente el maravilloso vestido de Myriam, que producía un ruido sedoso al andar. Sabía vestirse admirablemente, de acuerdo con su juventud. Cerca de ella aparecían el maldito secretario como un decorativo guardaespaldas y los dos galgos rusos, que no la dejaban ni a sol ni a sombra. La vio bailar con todos, porque todos se disputaban tal honor. Rabiando de ira, no se decidía a invitarla, aunque lo deseaba ardientemente. Aborrecía su lujo, que le constaba era pagado con dinero extraño. ¡Un préstamo desinteresado! Era difícil de creer. Al contemplar sus ingenuos ojos, volvía a dudar y a confiar.

La vio pasar bailando con un muchacho estúpido y elegante. No le constaba que fuese estúpido, pero lo calificó así.

No soportaría más aquel infierno. Había decidido marcharse. Se iría otra vez, aunque estaba seguro de que el yate, lleno de su encantador recuerdo, no podría hacerle olvidar.

Ajena a aquella decisión, Myriam se divertía, alegre por el recuerdo de la mirada que Juan María le había dirigido en el prado.

Descansó un instante, fatigada, y en seguida vio acercarse a Robert.

—¿No va a bailar con su pobrecito secretario?

—¿Cómo no? Precisamente tengo algo que decirle.

Dejóse enlazar por el talle y ambos se deslizaron por la iluminada pista. Bailar con Robert era un placer. Sabía hacerlo magistralmente. Durante un instante permaneció callada, siguiendo el ritmo de la música.

—¿Qué tenía que decirme, rica?

—La verdad... No sé cómo empezar —respondió sonriendo.

—¿Es difícil?

—Bastante.

—La ayudaré. Veamos. ¿Es agradable o desagradable?

—Un poco de todo.

—¿Trata de mí en particular?

—Sí.

—¿Y de usted?

—También.

—¿De alguien más?

—Sí.

—¿De «el maldito conde»?

—Si le llama «maldito» me enfadaré.

—¿De alguien más todavía? —continuó, sin hacerle caso.

—Sí.

—¿Sonia?

—La misma.

—¿Más personajes?

—No.

—Bien. Somos cuatro. Una especie de *partie carrée.* ¡Malo!

—¿Por qué malo?

—Cuatro personas son dos parejas. Y preveo que me ha emparejado con la Nachtesca.

—¡Admirable! ¿Cómo lo ha adivinado?

—Además de simpático, soy listo. ¿Por qué me aparta de su lado?

—Nuestra broma..., es decir, mi broma, está llegando a su término.

Hubo una pequeña pausa antes de que él preguntara:

—¿De veras? ¿Con éxito?

—Espero que sí. En seguida... me marcharé a Nueva York.

—Lo cual quiere decir que ya no necesitará secretario.

—Justo.

—Y lo cual quiere decir también que me está usted despidiendo.

—No lo tome así.

Rió él ligeramente y suspiró:

—Esperaba que concluyese de este modo. Pero lo siento.

Alzó ella los ojos para contemplarle. Vio que hablaba con sinceridad.

—¿Lo dice en serio?

—A todos los... granujas nos llega el momento de sufrir. Ríase todo lo que quiera, pero la deseo más que a ninguna cosa de la vida, Myriam.

Calló ella, confusa.

—Lo siento —murmuró al cabo—. ¿Por qué el amor se complacerá en jugar tan malas pasadas? Sonia le quiere a usted; yo, a Juan María...

Quedaron en silencio unos instantes. Oíase el chocar de las olas en la pleamar.

—¿Dice usted que Sonia me quiere? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Cómo lo sabe?

—Ella me lo ha dicho y yo lo he leído en sus ojos. Ninguna mujer puede engañarse en este sentido. Vuelva con ella, Robert. El amor puede hacer el milagro de convertirla en una mujer sensata. Los dos son artistas. Acabarán por entenderse.

Volvió a reír, y su risa sonaba amarga.

—¿Pretende que me dedique a consolar al triste?

—Es una acción filantrópica. Y puesto que a usted lo mismo le da una cosa que otra, ¿no le agradaría hacer feliz a un semejante?

Encogióse de hombros.

—Si eso tranquiliza su conciencia, seguiré de secretario de la Nachtesca, o de perrillo faldero, lo que usted prefiera. —Variando de tono, añadió —: Dígame una sola cosa. Pero míreme a los ojos, para que yo lea en los suyos si es usted sincera. Si no hubiese estado enamorada de Lezea, ¿me habría amado a mí?

Dudó ella un momento. Al fin respondió:

—Sinceramente..., creo que sí.

—¿A pesar de ser yo... tan poco recomendable?

—No se juzgue tan mal...

Callaron un momento. Él apretó su mano muy fuerte.

—Gracias, Myriam —dijo luchando con su emoción—. ¡Ea! —volvió otra vez a su tono despreocupado—. ¡No quiero entristecerla...! Cante conmigo aquello de *Nous sommes contents, chacun avec son destin...*

Alguien les interrumpió:

—¡Myriam!

Detuviéronse en seco. La interpelada lanzó un grito de sorpresa reconociendo a la figura femenina, elegantemente vestida de azul, que le hacía gestos por entre los árboles.

—¡Alina, estás elegantísima! ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace un par de horas. Nuestros invitados se empeñaron en venir a esta fiesta. Acepté, para que Archie y tú tuvieseis ocasión de veros. *Mi marido* está favorablemente dispuesto. Te recibirá a bordo con placer.

Myriam advirtió que sobre la blanca garganta de la casadita reposaba el fastuoso collar de perlas negras de la tía-abuela Catalina. Alina era digna, por su belleza, de lucirlo.

—¿Está aquí Archie? —dijo, sin poder evitar un estremecimiento de terror.

—Sí. Está esperando. Os he preparado una entrevista discreta en aquella terraza. Será menos violento que en el primer instante estéis solos. Luego nos reuniremos cerca de la piscina. Estamos sentados en aquellas mesas, con un montón de amigos que rabian por volver a verte. Los Morris, los Price, los Clybourne, los condes de Beaufort y muchos más. Ve en seguida con Archie. No le hagas esperar. Ya sabes que lo aborrece. Buena suerte, querida...

Completamente aturdida, Myriam subió por la escalinata, en dirección a la terraza, rimando sus pasos con los acordes de la orquesta.

Rumor de fiesta, aroma cálido de flores y su corazón latiendo desordenadamente ante el temor de encontrarse frente a los ojos chiquitines y agudos de... ¡«la primera fortuna de Norteamérica»!

En la semipenumbra adivinó su alta figura, un poco encorvada, y viole avanzar hacia ella, con un monóculo en el ojo derecho, centelleando al reflejo de un farolillo veneciano.

—¡Archie!

—¡Myriam!

No se tendieron la mano, completamente confusos.

—¿Qué tal estás?

—Bien... ¿Y tú?

—Perfectamente. Gracias.

Un largo silencio.

—Alina me ha advertido que estabas aquí.

—Sí. Estoy aquí, en efecto.

Otro silencio embarazoso.

—Es muy bonita la fiesta.

—Mucho, mucho.

—España es muy hermosa.

—Opino que sí.

—San Sebastián me encanta.

—Mucho, mucho...

—Y en el hotel se come admirablemente.

—Me alegro.

De nuevo el monóculo se le escurría del ojo, produciendo el familiar chasquido. Igual que antes. Parecía que nada hubiese ocurrido... Y sin embargo... Todo había cambiado para Myriam, menos sus sentimientos hacia Archie. ¡Cien veces que tuviera que casarse con él, cien veces huiría, dejándole plantado!

—Te sienta bien el aire del mar —le dijo—. Estás un poco más grueso. O será quizá la felicidad.

—Mucho, mucho —asintió como un estribillo.

—Alina me contó la grata nueva.

—Sí... Es una excelente muchacha. Digna de llamarse Canfield.

Myriam parpadeó.

—La ha embellecido la satisfacción del matrimonio. Está preciosa. Luce muy bien tus perlas.

Volvió él a afirmar con su frase predilecta:

—Opino que sí.

Myriam armóse de valor.

—Archie..., yo... me figuro que... no me guardarás rencor por lo que hice. Todo está mejor así..., ¿no crees?

—Por supuesto. La única que tiene motivos para lamentarlo eres tú...

Rió ella, sin prestar atención a sus palabras.

—En ese caso..., ¿somos amigos?

—Somos cuñados —rectificó él.

—Pero podemos ser cuñados y buenos amigos, ¿no?

—Opino que sí.

—Sellemos nuestro parentesco con un abrazo fraternal.

—¿Un abrazo? ¡De ningún modo!

—Aún me guardas rencor.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

Varió ella de tono y dijo, muy seria:

—Olvidaba decirte una cosa. Vas a recibir una agradable sorpresa. Está aquí un antiguo amigo tuyo.

Miróla interrogador.

—No sé quién pueda ser.

—¡Robert D'Izières! ¿No recuerdas?

Archibald Canfield, director de la «Canfield Trust Corporation», se puso pálido. Más que nunca semejó una momia.

—¿Has dicho...?

—Robert D'Izières —repitió.

—¡Ya! —comentó, dándose por enterado.

Hubo un largo silencio, que él rompió al fin:

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

—¿Quién? ¿Robert? Todo.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—¿A qué «todo» te refieres?

—Al mismo *todo* que tú.

—No le habrás creído.

—Claro que no. Ni siquiera considero importante hablarle a Alina de tus pasadas francachelas.

—Por supuesto que no —rogó él, alarmado.

—No temas. Somos buenos cuñados.

—Y buenos amigos —admitió al fin.

—En ese caso, nos daremos el abrazo fraternal que despreciaste antes.

Estrechóla él ligeramente. Y Myriam lanzó un grito de sorpresa. Porque en la puerta que ponía en comunicación el salón con la terraza, Juan María contemlpaba la escena.

—¿Qué te pasa? —preguntó «Míster Trust», sorprendido por el efecto de su abrazo.

—Nada... Es que... veo a un amigo al que tengo algo que decir.

—En ese caso, te dejo —murmuró Archie echando una desdeñosa mirada a la silueta masculina que se divisaba en la penumbra.

—Alina te espera junto a la piscina —advirtió.

Viole alejarse y volvióse a mirar a Juan María. Como si no la conociera, pasó ante ella y descendió rápidamente la escalera, perdiéndose por las alamedas del jardín.

Corrió tras él y lo alcanzó en un recodo.

—¡Juan María! ¡Necesito explicarle...!

Miróla amargamente.

—¡Ahora no lo negará!

—No niego nada —repuso tranquilamente.

Quedóse sorprendido. Esperaba, sin duda, excusas y negativas.

—¡Ah! ¿No lo niega? ¿Confiesa, entonces, que estaba abrazando a un desconocido?

—Lo confieso. Abrazaba a Canfield.

—¡A Canfield! ¡El hombre que le prestó dinero!

—El mismo.

Había tal decepción en su mirada, que Myriam sintió remordimientos por gozarse en torturarle.

—En realidad, no es lo que usted cree.

Pero él no escuchó más. En sus ojos había un furor que ni en los peores momentos Jacobo viera en los del capitán Barba Azul.

—¡Cállese...! ¿Me oye? ¡Cállese...! He sido tan necio que la quería locamente. Sí..., locamente... —Empezó a zarandearla cogiéndola por los

hombros—. Como no había querido nunca a nadie. ¡Pero ahora la desprecio! ¡La desprecio!

Y antes de que Myriam pudiera darse cuenta, Juan María habíase alejado, desapareciendo del hotel y de su vida.

# XXIII

Con todas las velas desplegadas, alejábase más y más del puerto el velero *Barba Azul.* Aún distinguía Juan María, apoyado en la borda, las casas de San Sebastián, los tejados de los cientos de hoteles y la redonda cúpula del Gran Casino entre la cinta verde de los árboles. Su marcha tenía caracteres de huida. Lo abandonaba todo y sentíase horriblemente desesperado. Comprendía que la pasión que creyó sentir por Sonia sólo fuera un capricho, comparado con esto. Estaba seguro de que jamás volvería a reaccionar y a ser dichoso.

Volvió a mirar en dirección al «Gala Imperial», señalado en la distancia por la mancha blanca de sus terrazas. Allí estaría ella nadando en la piscina o paseando con Canfield o con su secretario, recordando sin pena al estúpido capitán Barba Azul, que no supo hacer otra cosa que regañarla y enamorarse perdidamente.

Cuando todo vestigio de tierra desapareció de su vista, volvió lentamente al camarote.

A su paso sólo hallaba torturadores recuerdos. Había sido peor aún volver a bordo. Todo respiraba el perfume de Jacobo.

Se hundió en el sillón, donde una tarde había caído con él en brazos, cuando le dejó atontado un golpe. En aquellos minutos fue más suya que nunca.

Distraídamente vio un gran sobre, colocado encima de la mesa. Con visible temblor leyó los gruesos caracteres:

*Para mi Capitán*
*Historia de Myriam Barlett,*
*la enamorada de Barba Azul*

… … … … … … … … … … … … …

— ¡Blunt! ¡Capitán Blunt! Ponga rumbo en seguida a San Sebastián. Hemos de volver allí inmediatamente. ¡De prisa, por favor!

—Un momento, señor conde. Quizás haya aquí algo que le haga variar de opinión.

Apartóse ligeramente para dejar paso a una figura familiar, adorablemente familiar, a la cual Juan María levantó en sus brazos sin vacilar.

—¡Jacobo!

—¡A la orden, mi capitán!

—¡Jacobo, mi amor!

Blunt se retiró discretamente, guiñando un ojo a Sinatra, que sonreía a su paso picarescamente.

—¿Cómo has entrado aquí, mi vida? —interrogó Juan María llevándosela a un rincón desierto.

—¡De polizón! —dijo ella sonriendo.

Rió él, locamente feliz.

—¿Es tu especialidad?

—Solamente la he ensayado en el velero *Barba Azul.* ¿Has leído mi carta?

—Tesoro mío, si tardo un minuto más en encontrarte, ten por seguro que me habría tirado al mar, enloquecido, desesperado...

La estrechó fuertemente, temiendo que todo fuese un sueño y volviera otra vez a escapársele. La besó con pasión.

—Jacobo, explícame —dijo tras una pausa —, ¿te alistas otra vez a bordo?

—No sería correcto —murmuró, entre sus brazos—. La gente murmuraría.

—¿Por qué?

—Dos prometidos no deben viajar solos.

—¿Somos prometidos? —preguntó, inclinándose de nuevo sobre sus labios.

—Si tú aceptas... —le desafió.

—¡Te acepto...! ¿Volvemos a San Sebastián?

Alegremente agitó la cabeza.

—Ahora soy yo quien impone condiciones, mi capitán. Vamos a Nueva York.

Señaló la mancha blanca del *Proserpina,* que navegaba tras ellos levantando estrías de espuma.

—Nos trasladaremos allí... Te presentaré a Archie.

—No sé si podré contener la tentación de retorcerle el cuello...

—¡No tendrás celos de él!

—¡Claro que los tengo! ¿No ves que hubo un tiempo en que se consideró «tu prometido»? Tengo celos del universo entero.

Unieron de nuevo sus labios, felices, dichosos.

—¿Queda decidido que no quieres nada con este barco?

—No lo volveré a pisar hasta que...

—¿Qué?

Por un instante, Myriam quedó en suspenso, mirando alrededor. Y rápidamente recordó todas las escenas vividas sobre aquellas maderas, que le eran tan familiares. Recordó sus penas, sus alegrías, sus emociones y, con una sonrisa de triunfo, de un triunfo plenamente conseguido, respondió a Barba Azul:

—¡Hasta que haya ascendido a capitana!

FIN

1 «Estamos contentos, cada uno con nuestro destino.»

# Table of Contents


En poder de Barba Azul
Copyright
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
Notes